

# JAMES BOND

007<sup>F</sup>

**Al servicio secreto  
de Su Majestad**



**Ian Fleming**

Lectulandia

SEA cual fuere la opinión que se tenga de James Bond y de su creador Ian Fleming, es preciso haber leído a este autor si se quieren conocer las razones que explican el interés y el éxito popular de estas obras de ficción a las que a menudo se da el nombre de «leyendas contemporáneas». En esta ocasión se ha encomendado a James Bond una misión especialmente peligrosa: la de descubrir, desenmascarar y capturar a un escurridizo criminal, inteligente y sin escrúpulos, llamado Blofeld. Bajo un nombre falso, Bond logra introducirse en un supuesto «Instituto de Investigaciones Fisiológicas» de Suiza, en el que están internadas un grupo de muchachas, aparentemente para fines de investigación. Bond encuentra allí a Blofeld y descubre sus planes criminales, planes que tenían por finalidad sumir a Inglaterra en la catástrofe. El agente descubre, demasiado tarde, las siniestras intenciones de sus astutos adversarios. Por supuesto, él logra realizar con éxito su misión; pero sólo gracias a la ayuda de una muchacha guapa y audaz —Tracy— logra escapar a la muerte por un pelo después de sufrir una emocionante persecución en las nevadas montañas de Suiza.

Desde una mundana playa de moda hasta un elegante casino de juego, y desde éste hasta el solitario Instituto situado en un pico alpino, los escenarios van cambiando a lo largo del relato, pero la atmósfera es siempre la misma, la que infaliblemente envuelve a James Bond: una atmósfera vibrante, cargada de tensión e indiferente, en apariencia, a la realidad de los hechos que van ocurriendo. Esta nueva novela proporcionará a los amigos de James Bond un placer mayor que nunca; los demás lectores tendrán aquí oportunidad de decidir si este héroe de leyenda de nuestros días es o no de su agrado.

Lectulandia

Ian Fleming

# Al Servicio Secreto de su Majestad

ePUB v1.0

Kementxu 21.02.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *On Her Majesty's Secret Service*

Ian Fleming, 1963.

Editorial: Glidrose Productions

Editor original: Kementxu (v1.0)

ePub base v2.0

# Capítulo I

## MARINA CON FIGURAS

Era el mes de septiembre, uno de esos septiembreros maravillosos en que el verano parece que no va a terminar nunca. El Paseo de *Royale-les-Eaux*, de ocho kilómetros de largo, aparecía todo engalanado de banderas y gallardetes, y sobre esta playa, la más larga del norte de Francia, todavía seguían en pie los toldos de alegres colores, extendiéndose hasta la línea de la marea alta. Los altavoces hacían vibrar el aire con una música estruendosa, interrumpida de cuando en cuando por la voz de un locutor para anunciar que llamaban por teléfono a la señora Dufours o que el pequeño Phillippe Bertrand, de siete años, andaba buscando a su madre.

A James Bond, que en aquel momento se encontraba dentro de uno de los refugios de hormigón y cristal situados a lo largo del Paseo, todo esto le producía, sin saber por qué, una profunda emoción. Este espectáculo le recordaba su propia infancia casi hasta el punto de hacerle llorar: la finísima arena de la playa que, seca y caliente, le producía la sensación acariciadora del terciopelo, o que le lastimaba al crujir entre sus pies delicados cuando estaba mojada; aquellos preciosos montoncitos de conchas que siempre tenía que dejar en la playa sin poder llevárselos a casa; la delicia de nadar y nadar sin descanso sobre las danzantes olas, y también su enojo cuando le decían que ya era hora de salir del agua. Con un gesto de impaciencia, Bond encendió un cigarrillo y arrojó estos recuerdos sentimentales al archivo de las cosas muertas y enterradas hacia ya mucho tiempo en su memoria. Ahora ya era un hombre, con una experiencia de largos años llenos de peligros: ¡un espía! Y si en aquel momento se hallaba en semejante escondrijo de hormigón y cristal, era precisamente para espiar. O, mejor dicho, para vigilar a una mujer.

El sol se acercaba ya a la línea del horizonte. Uno tras otro, casi en tropel, se iban retirando rápidamente los numerosos bañistas. Y desde un extremo al otro de la playa, los vigilantes del servicio de salvamento daban su último toque de corneta anunciando el fin de su horario de servicio. La música e los altavoces enmudeció bruscamente en mitad de un compás, y el inmenso arenal de la playa quedó desierto en un abrir y cerrar de ojos.

¡Pero no desierto del todo! Allá, a unos cien metros de la caseta de Bond, seguía todavía la muchacha, tendida boca abajo sobre un albornoz de listas blancas y negras. Bond continuaba observándola ahora lo mismo que antes, pero ya con una atención un poco más vigilante y tensa. No sería exacto decir que la vigilaba simplemente: lo que él hacía en realidad era velar por ella. Su instinto le decía que la muchacha, por alguna razón desconocida, se encontraba en peligro. ¿O tal vez aquella sensación suya se debía a que en el aire flotaba algo así como un olor a peligro? En todo caso, él sabía que no debía dejarla sola, y menos en aquellos momentos en que todo el mundo, sin excepción, se había marchado ya.

Pero en esto se equivocaba. No todos se habían ido. A su espalda, y delante del Café de la Playa, situado al otro lado del Paseo, dos hombres enfundados en gabardinas y tocados con gorras de color oscuro estaban sentados a una mesa junto al borde de la acera. Repantigados frente a sendas tazas de café a medio consumir, observaban atentamente la luna de vidrio esmerilado de la caseta tras la cual se dibujaba borrosamente el contorno de la cabeza y los hombros de Bond. También vigilaban, aunque con menor atención, la lejana figura de la muchacha que aparecía como una mancha blanca en la arena. La actitud inmóvil y silenciosa de los dos hombres y su atuendo, tan absolutamente impropio de la estación, producían un efecto sospechoso y poco tranquilizador, y ya los camareros esperaban que se marchasen de una vez y siguieran su camino.

Por fin, cuando la anaranjada esfera del sol tocaba ya la superficie del mar, la muchacha se puso lentamente en pie y, después de peinarse la cabellera hacia atrás con ambas manos, echó a andar a paso vivo hacia la línea donde llegaban las aguas, a un kilómetro y medio de distancia. Antes de que ella alcanzara el límite de las olas, ya habría oscurecido. Cualquiera hubiera dicho que era aquél su último día de vacaciones, su última zambullida en el mar.

Pero James Bond pensaba de modo muy distinto. Saliendo de su escondite, bajó corriendo los escalones que conducían a la playa y, con paso rápido, empezó a seguir a la muchacha. Detrás de él, los dos hombres de la gabardina parecieron pensar lo mismo. Uno de ellos echó unas monedas a toda prisa sobre la mesa, y seguidamente los dos se levantaron de sus asientos, cruzaron el Paseo y, una vez en la playa, echaron a andar rápidamente en seguimiento de Bond, marchando los dos juntos al mismo paso, con una especie de tenaz e imperturbable precisión militar.

El extraño cuadro que ofrecían las cuatro figuras humanas, avanzando de aquella manera tan peculiar por el inmenso arenal desierto, tenía algo de fantasmagórico e incluso de siniestro. En el Café de la Playa, un camarero recogía las monedas de la mesa contemplando aquellas figuras que se alejaban: la muchacha en bañador blanco, el joven que caminaba tras ella con la cabeza descubierta y los dos tipos gordinflones que los perseguían. Aquello olía a persecución policíaca; pero también podría significar lo contrario: malhechores tras sus víctimas.

James Bond estaba ya a punto de alcanzar a la muchacha. De pronto se puso a recapacitar sobre a modo más propio de abordarla. No podía empezar por decirle: «Tuve la sospecha de que ibas a suicidarte, Tracy; por eso te he seguido hasta aquí, para impedir que hicieras semejante disparate». La joven iba acortando el paso a medida que se acercaba al agua; su espesa cabellera rubia le caía hasta los hombros. Ahora caminaba con la cabeza un poco baja, quizá absorta en sus cavilaciones, o tal vez por efecto del cansancio. Bond aceleró el paso.

—¡Eh, Tracy! ¡Espera!

La muchacha no dio la menor señal de susto o sobresalto. Avanzo unos metros más con paso ligeramente vacilante y, por fin, se detuvo. Y en el momento en que una pequeña ola se deshacía en espuma sobre sus pies, ella dio media vuelta y se encaró directamente con Bond. Sus ojos hinchados y empapados de lágrimas se encontraron con la mirada de él.

—¿Qué quieres? —dijo, apagada y triste.

—Me tenias muy preocupado. ¿Qué haces tú por aquí? ¿Qué ocurre?

La muchacha no miraba a Bond, sino a algo que había detrás de él. De pronto cerró la mano derecha y se la llevó a la boca, murmurando unas palabras que él no pudo entender. Y entonces, a espaldas del joven y muy cerca de él, una voz ordenó con amenazadora suavidad:

—¡No se mueva!

Bond giró en redondo, agachándose; ya había introducido su mano derecha en la chaqueta para empuñar la pistola. Pero los fijos ojos de plata de dos automáticas lo miraban con sarcástico desprecio.

Bond se enderezó lentamente, dejando caer la mano a lo largo del cuerpo. No obstante, lo que más impresión le producía no eran los ojos plateados de las dos pistolas, sino los rostros inexpresivos de los individuos. Ya antes de ahora había tenido ocasión muchas veces de ver semblantes como aquéllos. Bond no tenía la más remota idea de lo que ocurría ni de sus móviles, pero sí sabía que aquellos hombres eran asesinos, asesinos profesionales.

—Coloque las manos detrás de la nuca.

La voz suave y amenazadora que daba aquellas órdenes tenía un inconfundible acento del sur, de un país mediterráneo. ¿Si sería la Mafia? Aquellas caras lo mismo podrían pertenecer a hábiles agentes de la policía secreta que a matones desalmados e implacables. La mente de Bond trabajaba rápida y febrilmente, tictaqueando y zumbando como un cerebro electrónico. ¿Qué clase de enemigos podría tener él en aquella región de Europa? ¿Sería aquello, tal vez, obra de Blofeld? ¿Se habría convertido la liebre perseguida en lebre perseguidor?

Cuando las posibilidades de salvar una situación apurada son prácticamente nulas, lo mejor es no perder la serenidad, infundir una sensación de poder y autoridad o, cuando menos, de indiferencia. Sonriendo, Bond clavó una mirada penetrante en los ojos del hombre que había hablado un momento antes.

—Me figuro —dijo— que tu madre preferiría no saber lo que estás haciendo aquí esta noche.

Los ojos del bandido brillaron con una luz nueva: las palabras del joven habían dado en el blanco. Obedeciendo dócilmente, James Bond cruzó las manos detrás de la nuca.

El primer hombre se alejó un poco para poder disponer de un «campo de tiro» más amplio y libre de estorbos; al mismo tiempo, el segundo bandido procedió a despojar a Bond de la pistola Walther que llevaba en una flexible funda de cuero sujeta al cinturón y a tantear sus ropas por ambos costados con manos de experto. Luego, este segundo hombre se apartó también a un lado, guardándose la Walther en el bolsillo y volviendo a sacar su propia pistola.

Bond miró hacia atrás por encima del hombro. La muchacha no demostraba sorpresa ni temor. En aquel momento se hallaba de espaldas al grupo, contemplando el mar. Parecía tranquila, distraída e indiferente a cuanto la rodeaba. ¿La habrían utilizado como anzuelo? ¿En beneficio de quién? Bien, y ¿qué ocurriría ahora? ¿Lo liquidarían tranquilamente, dejando allí su cadáver para que luego la marea lo arrastrara y lo arrojara a tierra? Sí, parecía que iba a ser aquél el punto final de su vida. O... ¿tal vez no? De la parte del norte, a través del crepúsculo añil oscuro, llegó a sus oídos el vibrante ronroneo de un motor fuera borda que se acercaba rápidamente, y al mirar en aquella dirección, vio dibujarse el chato perfil de uno de los botes neumáticos tipo Bombard y con motor Johnson a popa, utilizados en aquella región para operaciones de salvamento. ¡Conque había sido descubierta su presencia! ¿Tal vez por el Servicio de Guardacostas? ¡Al fin estaba allí su salvación! ¡Vive el cielo que iba a hacer sudar tinta a los dos bandidos en cuanto llegaran al cuartelillo de policía del Puerto Viejo! Pero ¿qué historia contar a la policía respecto a la muchacha?

Bond se volvió de nuevo hacia los dos hombres e inmediatamente se dio cuenta de la amarga realidad: se habían arremangado los pantalones hasta la rodilla y estaban esperando con los zapatos en una mano y la pistola en la otra. No, no había tal salvación: aquella treta formaba parte del plan criminal. ¡Pues bien, adelante! Bond se agachó, se arremangó los pantalones y, mientras se quitaba los zapatos y los calcetines, escondió en el hueco de la mano una de las navajas que llevaba ocultas en el talón. Luego, volviéndose a medias hacia el bote, que ya estaba encallado en la arena, deslizó la navaja en el bolsillo derecho del pantalón.

Nadie pronunció una sola palabra. Subieron al bote, primero la muchacha, luego Bond y a continuación los dos hombres, los cuales empujaron la embarcación por la popa para que el motor pudiera hacerla avanzar. El barquero hizo girar rápidamente la redonda proa del Bombard e inmediatamente se encontraron navegando de nuevo hacia el norte entre el chapoteo de las olas que zarandeaban el bote. La dorada cabellera de la muchacha flameaba como una bandera al viento, azotando suavemente las mejillas de Bond.

—Tracy, te vas a resfriar. ¡Ponte esto!

James Bond se quitó la chaqueta. Al ayudar a ponérsela, la mano de ella tropezó con la suya y se la estrechó con fuerza. «¡Diablos!, ¿qué significa esto?», exclamó él en su fuero interno. Luego, al arrimarse más a la muchacha, notó que ella respondía. Bond miró de reojo a los dos hombres: iban sentados de espaldas al viento, en actitud vigilante, pero al mismo tiempo con una extraña expresión de indiferencia. La mano derecha de James Bond, metida en el bolsillo del pantalón, tanteó la confortadora navaja pasando el pulgar por la afiladísima hoja. Después se dedicó a repasar los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, tamizando finamente la arena de sus recuerdos a fin de obtener el polvillo de oro de la verdad.

## Capítulo II

### GRAN TURISMO

Casi exactamente veinticuatro horas antes, James Bond avanzaba por la Carretera Nacional número 1 en su Continental Bentley —el seis cilindros de chasis «R» con diferencial de relación 13/40— recorriendo el rápido pero aburrido trayecto que va desde Abbeville a Montreuil. El piloto automático que todos los automóviles de la clase rally llevan incorporado le permitía correr tranquilamente y sin riesgo alguno a una velocidad de 130 a 150 kilómetros por hora, y así pudo ir pensando durante el viaje en cómo redactaría la carta de dimisión como agente del Servicio Secreto británico. Del escrito que pensaba dirigir a su jefe con la indicación «Particular. Para entregar a M», ya había hecho mentalmente un primer borrador, concebido en los siguientes términos:

Ilustrísimo Señor:

Tengo el honor de dirigirme a Vd con el ruego de que se digne aceptar, a la mayor brevedad posible, mi cese en el Servicio. Me permito exponer a continuación las razones que me impulsan —con gran sentimiento por mi parte— a tomar esta decisión.

1. Hasta hace aproximadamente un año, vine prestando mis servicios encuadrado dentro de la Sección 00, y Vd tuvo la amabilidad de manifestarme, repetidas veces, que estaba muy satisfecho de mi actuación. Pero no puedo ocultar la decepción tan humillante que sentí (a Bond esta frase le parecía admirable) cuando, después de haber llevado a cabo con pleno éxito la Operación «Trueno», recibí de Vd la orden de que me dedicara exclusivamente a la búsqueda y captura de Ernst Stavro Blofeld y de todos los posibles miembros de su organización *ESPECTRA*<sup>[1]</sup>, en el caso de que esta, después de haber sido aniquilada en la fase culminante de la Operación «Trueno», hubiera vuelto a resucitar y a reorganizarse.

2. Yo sostenía la opinión —y así se lo comuniqué a Vd entonces— de que esta empresa era una pura tarea de investigación, tarea que podía ser realizada perfectamente por otras secciones del Servicio mediante los procedimientos policíacos ordinarios, es decir: por los puestos locales del extranjero, los servicios secretos extranjeros aliados y la Interpol. Pero las objeciones que entonces formulé fueron rechazadas, y así, desde hace ya casi un año, vengo realizando por todas las regiones del globo una rutinaria labor de detective, sin el menor resultado en ninguna de las pistas que he seguido. No he podido descubrir el menor rastro de Blofeld ni tampoco de esa supuestamente renacida organización *ESPECTRA*.

3. Mis numerosas peticiones para que se me relevara de esta infructífera misión sólo han obtenido por respuesta el silencio o bien la más rotunda negativa; del mismo modo, mi bien fundada y reiteradamente expresada sospecha (otra frase acertadísima,

a juicio de Bond) de que Blofeld había muerto fue siempre acogida con una cortesía que no puedo menos de estimar un tanto seca. (¡Qué expresión más elegante y rotunda, aunque quizá demasiado rotunda!).

4. En atención a todo lo expuesto y especialmente al mal uso que estoy haciendo de mis cualidades y aptitudes, que, aunque modestas, me han capacitado oficialmente para realizar misiones de la Sección 00 más difíciles y también más satisfactorias para mí, me permito presentar a Vd mi renuncia, rogándole curse las órdenes oportunas para que se me dé de baja en el Servicio.

Siempre a sus órdenes, le saluda respetuosamente su afectísimo 007

«Desde luego», reflexionó Bond, enfilando una curva en S, «desde luego, hay en esta carta algunas frasecitas demasiado pomposas y retóricas. Pero, en lo esencial, es esto lo que le voy a dictar a mi secretaria tan pronto como regrese pasado mañana a mi oficina. Estoy más que harto de andar a la caza de ese fantasma de Blofeld. Y lo mismo puedo decir de la organización ESPECTRA. Pues, si ésta ha sido definitivamente triturada, ¿a qué viene el seguir insistiendo en...?». Y, entonces, de pronto, ¡ocurrió aquello! Fue exactamente en el momento en que Bond avanzaba por una recta de quince kilómetros a través de un bosque.

Hirió sus oídos el estruendo de un claxon musical de tres notas, y casi al mismo tiempo le adelantó a toda velocidad un coche deportivo de color blanco, un Lancia Flaminia Zagato Spyder descapotable. Lo conducía una muchacha tocada con un llamativo pañuelo rosa. Si había una cosa, aparte el estampido de los disparos, capaz de soliviantar a Bond y ponerlo inmediatamente en acción, era que una muchacha bonita le adelantara como un bólido. Y, según propia experiencia, las muchachas dadas, como aquélla, a competir en velocidad, eran siempre guapas y... provocativas.

Medio sonriendo con los labios apretados, Bond pisó el acelerador a fondo, empuñó el volante con ambas manos en la posición «tres menos cuarto» y se lanzó en persecución del otro coche. 160, 175, 180 kilómetros por hora, y... nada: no conseguía alcanzarlo.

Alargando la mano hacia el tablero de instrumentos, manipuló un mando rojo, y entonces el Bentley dio un salto hacia delante. Ahora, sí: ahora iba acortando rápidamente la distancia... ¡Ya estaba a 50 metros! ¡A 40! ¡A 30! Ahora podía ver los ojos de ella reflejados en el espejo retrovisor del coche deportivo. Lo malo era que estaba llegando al término de la carretera buena. A su derecha vio pasar Bond como un relámpago una de esas señales de tráfico, con una raya vertical en el centro, utilizadas para indicar «peligro».

Se encendieron un instante las luces de freno del otro coche y Bond vio inclinarse a la joven para maniobrar la palanca de cambio casi al mismo tiempo que él, reduciendo la velocidad de marcha. Momentos después entraban en un pueblecito con calles pavimentadas de guijarros, y Bond tuvo que frenar. Observó con envidia cómo el eje

De Dion del auto de la joven hacía adaptarse constantemente las ruedas traseras a la escabrosa superficie. Y a la salida del pueblo, se dio cuenta de que la chica se había escabullido como un murciélago, mientras que él iba unos 50 metros rezagado.

Y así continuó aquella carrera de competición. En las rectas, Bond acertaba la distancia, pero al atravesar un pueblo o aldea, volvía a perder todo el terreno ganado a causa de la maravillosa capacidad de adaptación a la carretera de los coches Lancia y también —se vio obligado a reconocerlo— a causa de la maravillosa e impávida manera de conducir de aquella muchacha. Ante sus ojos surgió un cartel-anuncio Michelin con la indicación «A Montreuil, 15 Km. A *Royale-les-Eaux*, 10 Km. A Le Touquet Paris-Plage, 15 Km.», y entonces hubo de luchar consigo mismo para decidirse definitivamente por una de estas dos alternativas: o bien seguir su propia ruta hasta *Royale-les-Eaux*, en cuyo famoso Casino se había propuesto disfrutar de una noche divertidísima, o bien renunciar a este plan y seguir a aquella endiablada muchacha, no parando hasta averiguar quién era.

Pero la verdad es que al fin no le hizo falta tomar tal decisión: no le quedó más que un camino. Montreuil es una ciudad peligrosa para el tránsito rodado, debido a sus calles tortuosas y empedradas de guijarros y al denso tráfico de los vehículos que abastecen su mercado. Aquí ya no le fue posible seguir a la muchacha con su voluminoso automóvil. La joven conductora se había lanzado a una verdadera carrera de slalom, sorteando las dificultades y peligros del tráfico, de modo que, cuando Bond llegó a las afueras de la ciudad, ya el Lancia blanco se había perdido de vista. Ante él apareció la bifurcación de la carretera que se desviaba, hacia la izquierda, en dirección a Royale.

Allá, en la curva, divisó una leve nube de polvo flotando en el aire. Bond tomó esta curva, y en aquel mismo instante tuvo el presentimiento de que volvería a ver a la muchacha. Al llegar a las cercanías de Royale, Bond aminoró la marcha, rodando perezosamente a través del bello paisaje, entre hayas jóvenes y olorosos pinos que embalsamaban el aire con su penetrante aroma. Disfrutaba pensando en la magnífica velada que le esperaba en el Casino y evocando el recuerdo de sus pasadas excursiones anuales a esta ciudad.

¿Qué le tendría reservado Royale en aquella hermosa noche de setiembre? ¿Una considerable ganancia de dinero en la sala de juego? ¿Una sensible pérdida? ¿Una linda muchacha? ¿Tal vez aquella linda muchacha del coche deportivo? Aquella noche era, precisamente, la última de la temporada en que el Casino abría sus puertas al público. Esta fiesta de clausura constituía siempre un gran acontecimiento: nunca como entonces se apiñaba tanta gente alrededor de las mesas de Juego. Bond hizo un viraje, y entró en la Promenade des Anglais: ante sus ojos apareció la fachada del hotel Splendide, de falso estilo imperio, y —jasombroso pero cierto!— allí, en la pista de grava que se extiende a lo largo de la escalinata del edificio, estaba el pequeño Lancia blanco. Justo en aquel momento, un mozo del hotel subía hacia la puerta principal cargado con dos maletas.

¡Qué coincidencia! James Bond metió su coche entre la hilera de lujosísimos vehículos estacionados en la zona de aparcamiento, y después de entregar su equipaje a otro mozo del hotel, se acercó al vestíbulo de recepción del Splendide. Le atendió el gerente en persona, saludándole con una efusiva y radiante sonrisa que hizo brillar su dentadura de oro.

—Monsieur Maurice —preguntó Bond—, ¿puede usted decirme quién es esa dama que acaba de llegar en un Lancia blanco?

—Es la Comtesse Teresa de Vicenzo, mon Comandant, un cliente asiduo de este hotel. Su padre es un gran industrial del Sur de mucha fama. Seguro que Monsieur ha visto más de una vez el nombre de ella en periódicos y revistas. Madame la Comtesse es una dama... ¿cómo diría yo? —se detuvo, y luego, con una sonrisa maliciosa, añadió—: ...Una dama, digamos, que disfruta de la vida plenamente, hasta exprimirla la última gota.

—Ah, sí. Ya entiendo. Bien, bien, y, ¿qué tal ha sido aquí la temporada veraniega?

Siguieron hablando de cosas insustanciales mientras el gerente acompañaba a Bond en el ascensor y lo conducía a una de las elegantes habitaciones que daban al Paseo. Luego, tras un intercambio de cumplidos y frases de cortesía, James Bond se quedó solo en su habitación. Con toda calma deshizo las maletas, tomó una ducha helada, se vistió y se puso a reflexionar para decidir adónde iría a cenar aquella noche. En Inglaterra, solía cenar casi siempre a base de lenguado a la parrilla, oeufs cocotte y rosbif frío acompañado de una ensaladilla de patatas: con este menú se daba por satisfecho. Pero cuando viajaba por un país extranjero, después de un día entero al volante, las comidas tenían para él un aliciente especial y esperaba con impaciencia y placer el momento de sentarse a la mesa. Después de pensarlo detenidamente, optó por uno de sus restaurantes favoritos, un establecimiento de apariencia modesta, situado frente a la estación ferroviaria de Etaples; pidió por teléfono a su viejo amigo Monsieur Bécaud que le reservara una mesa, y dos horas después regresaba en su coche al Casino, llevando entre pecho y espalda la mejor perdiz asada que había comido en su vida. Entonado, además, por media botella de Mouton Rothschild 53 y una copa de Calvados de diez años como complemento del café, Bond estaba seguro de que aquella iba a ser para él una noche de las que se recuerdan toda la vida. Y así, contento y de un humor excelente, subió la concurrida escalinata del Casino, penetró en el edificio y atravesó la espaciosa sala de entrada; siguió adelante, pasó frente a la larga mesa destinada al servicio de identificación y al despacho de tarjetas de entrada, y por último se encontró en el elegante y perfumado santuario de los juegos de azar. Bond se detuvo un momento al lado de la Caja, contemplando aquel espectáculo lleno de tensión dramática; luego echó a andar con paso lento en dirección a la principal mesa de *chemin de fer* <sup>[2]</sup>, atrayendo la atención de Monsieur Pol, Jefe de Juego de las posturas fuertes. Monsieur Pol murmuró unas palabras a un ujier, y un instante después le asignaban a Bond el asiento Número Siete en la mesa de juego. El cambista le canjeó su billete de cien mil francos antiguos por diez fichas de diez mil

francos cada una. La apuesta mínima era de diez mil francos antiguos o cien nuevos. Pero Bond observó que cada banquero iniciaba el juego con posturas hasta cinco veces mayores. Los jugadores allí presentes formaban esa mescolanza internacional corriente en tales lugares: había tres magnates de la industria textil, de Lila; un par de señoronas gordas, belgas quizá, cubiertas de brillantes; una inglesa bajita, tranquila e impasible, y dos americanos de mediana edad con trajes oscuros. Alrededor de la mesa se apretujaban también, en una doble fila, mirones y apuntadores ocasionales. Pero no se veía ninguna muchacha joven. Y Bond estaba seguro de que, de haberse encontrado allí la conductora del Lancia, la habría reconocido sin vacilar. Al principio el juego se presentó más bien soso y aburrido. El sabot portanaipes iba haciendo la ronda lentamente alrededor de la mesa y los banqueros de turno fallaban uno tras otro sin que les sonriera la suerte una sola vez. Luego James Bond, lleno de confianza y optimismo, jugó contra el magnate de Lila, que estaba a su izquierda. Ganó. Puso en el platillo la parte que usualmente se destina a los croupiers y dobló la postura, elevándola a 200.000 francos antiguos. Ganó, no sólo esta apuesta, sino también las dos siguientes. Ahora Bond iba ya lanzado. ¡800.000 francos en la banca! El corrillo de jugadores y espectadores había empezado a ponerse en guardia. Les inquietaba aquel inglés moreno con su flemática y despreocupada manera de jugar, y sobre todo aquella casi sonrisita altiva que fruncía su boca dándole una expresión un tanto cruel. Bond volvió a ganar. Y entonces tomó la decisión de reservarse un poco de capital. Del 1.600.000 francos que valía el montón de fichas que tenía delante, apartó 600.000, pidiendo al croupier que se las pusiera en *garage*<sup>[3]</sup>. Aún consiguió tener la banca otras cuatro veces consecutivas, pero añadiendo ahora, cada vez, un millón de francos a su garage. A continuación, la anciana señora inglesa apostó contra él. Bond la miró sonriente. Sabía que esta vez iba a ganar ella. ¡Y, en efecto, ganó! Alrededor de la mesa se oyó algo así como un suspiro de alivio general. Pero inmediatamente pudo percibirse también una especie de cuchicheo de envidia cuando el croupier empujó hacia Bond, con la pala, las pesadas fichas nacaradas que aquél tenía en garage, fichas que valían más de... ¡3000 libras esterlinas! Por su parte, Bond envió a través de la mesa una ficha de 1000 francos nuevos en dirección al croupier, que la recogió agradecido, pronunciando la consabida frase: «¡Merci, Monsieur! Pour le personnel». Luego el juego siguió su curso. Y entonces, de repente... ¡la vio! Como surgida de la nada, la muchacha apareció junto al croupier en el preciso momento en que éste decía «¡Faites vos jeux, Messieurs!». Bond apenas tuvo tiempo de captar más que unos cuantos detalles de la joven —unos brazos bronceados por el sol, un lindo rostro trigueño con ojos azules muy brillantes y labios pintados en un rosa intenso, un vestido blanco de corte sencillo, una cabellera dorada que le caía hasta los hombros...— cuando ya ella anunciaba: «¡Banco!». Todas las miradas se concentraron ahora en la muchacha, pues los jugadores habían vuelto a su actitud cautelosa. El magnate de Lila que Bond tenía inmediatamente a su izquierda, jugador de modales bruscos y groseros, iba ahora por su sexto coup. Su banca estaba a 200.000 francos nuevos, equivalentes a... ¡dos millones de francos antiguos! Durante un momento reinó en la mesa un profundo silencio. Luego el croupier anunció: ¡Le banco est fait!, y entonces el monstruo de Lila (pues así lo veía Bond ahora: como un monstruo) arrebató con furia sus cartas del sabot, mientras la

muchacha recogía las suyas de la pala del croupier. Ella se inclinó hacia adelante para contar los tantos, y pidió:

—*Une carte.*

A Bond se le cayó el alma a los pies. Si ella pedía ahora una carta, era seguro que no tenía más que cinco puntos. El monstruo enseñó sus cartas: ¡siete!; sacó una carta del sabot para ella y se la alargó, con gesto desdeñoso, a través de la mesa: la carta era una mísera dama, figura que no tiene ningún valor en el juego del chemin de fer. Delicadamente, con la punta de su pala, el croupier dio la vuelta a las otras dos cartas de la muchacha... ¡Cuatro! ¡La chica había perdido! Bond gimíó para sus adentros y la miró para ver cómo reaccionaba ante aquella derrota. Y lo que vio no le gustó nada. La muchacha se puso a hablar en voz baja con el Jefe de Juego. El tono de su voz era apremiante, lleno de ansiedad. El Jefe de Juego denegó con repetidos movimientos de cabeza, y, en medio del silencio que se había producido en torno a la mesa, Bond oyó decir al hombre en tono categórico:

—¡Mais c'est impossible! ¡Je regrette, Madame!

«¡Dios santo», pensó Bond, «esta mujer no tiene un céntimo! Y, por alguna razón, la Caja se niega a concederle crédito». El monstruo de Lila se aprovechaba de la situación, pensando sacarle el mayor partido posible. Sabía que, en caso de que su contrincante fuera insolvente, el Casino le pagaría todo lo que ella le adeudara. Recostado en su asiento, con la mirada baja, echaba grandes bocanadas de humo de su cigarro, adoptando ese aire de dignidad ofendida del jugador a quien han hecho víctima de un engaño. Y entonces se produjo entre los espectadores un murmullo tremendo. Inclinandose ligeramente hacia delante, James Bond lanzó al centro de la mesa dos de sus preciosas fichas de nácar y, mitad con tono de aburrimiento, mitad con acento de fingida sorpresa, dijo:

—Madame olvidaba que ella y yo habíamos convenido en jugar juntos esta noche como compañeros de juego. —Y, sin mirar a la muchacha, dirigiéndose en tono autoritario al Jefe de Juego, añadió:— Le ruego me disculpe. No me había dado cuenta. Estaba pensando en otras cosas. ¡Qué siga el juego!

La atmósfera de tensión que reinaba en torno de la mesa se disipó inmediatamente. La muchacha no demostró la menor emoción. Miró a Bond una sola vez. Luego se levantó con toda calma de la mesa y se dirigió al bar a pasos lentos. Bond continuó junto a la mesa unos instantes; luego, mirando al corrillo con una leve sonrisa, como pidiendo disculpa, se guardó en el bolsillo el resto de sus fichas y se escabulló sin hacer ruido. La muchacha estaba sola en el bar, frente a media botella de Bollinger, con ojos pensativos y tristes y la mirada perdida en el vacío. Al sentarse Bond a su lado en un taburete, ella lo miró de soslayo, curiosa, como estudiándolo.

—¿Por qué ha acudido usted en mi ayuda y me ha salvado?

Bond se encogió de hombros.

—Pues... porque vi a una chica guapa que estaba en apuros. Además, los dos hemos trabado amistad esta misma tarde, en el trayecto de Abbeville a Montreuil. Conduce usted como un ángel —sonrió—. Pero creo que no me habría adelantado si yo hubiera puesto más atención.

El anzuelo dio resultado. El rostro y la voz de la muchacha se animaron de pronto.

—¡Oh, ya lo creo que sí! Le hubiera ganado a usted de todos modos. Siempre sería capaz de dejarle atrás. Y es que usted anhela seguir viviendo; tiene apego a la vida...

«Dios mío», pensó Bond, «esta muchacha está completamente desmoralizada, tal vez a punto de derrumbarse...». Decidió que era mejor cambiar de tema, sin hacer caso de aquella observación.

—Me llamo Bond. James Bond. Y, por favor: siga usted viviendo, al menos por esta noche.

Ella lo miró con semblante serio y pensativo, como tratando de adivinar los sentimientos de él. Luego dijo:

—Mi nombre es Tracy. Es un diminutivo familiar en el que se compendian el nombre, el apellido y el título que le han dicho a usted, refiriéndose a mí, en la sala de recepción del hotel. Tracy es lo mismo que Teresa. Teresa fue una Santa. Yo no soy ninguna santa. El gerente quizá tiene un espíritu romántico. Me dijo que usted le había pedido datos referentes a mí... Así que será mejor que nos marchemos ya, ¿no cree? Ahora no tengo ganas de conversación.

La joven se levantó bruscamente. Bond hizo lo mismo... Estaba aturdido, desconcertado.

—No, no, por favor —dijo la muchacha—. Me iré sola. Usted puede venir más tarde. Mi número es el 45.

Cuando llegó a la habitación de la muchacha, observó que la puerta no estaba cerrada: ella esperaba su visita. Sus ojos azules ardían como brasas, y Bond se dio cuenta en el acto de que aquella mujer maravillosa que conducía como una candidata al suicidio y acudía a la mesa de juego sin un céntimo estaba pasando por una crisis de desesperación y de angustia, cuyas causas él no podía siquiera sospechar. Pero cuando trató de interrogarla, la joven le tapó la boca con la mano.

—No perdamos el tiempo —dijo—; quiero guardar el recuerdo de este momento...

Cuando, una hora más tarde, Bond se despidió de la muchacha, ella quedaba llorando. «Ha sido algo divino», había dicho aquella mujer. Fue todo lo que Bond pudo

recordar antes de quedarse dormido. A la mañana siguiente, volvió a la habitación de la muchacha con intención de despertarla y hacer planes para aquel día. Y es que tenía la inequívoca impresión de que ella lo había besado con sincero y apasionado cariño. Pero cuando llegó el momento de decidir el lugar del almuerzo y la hora del baño, ella empezó a poner peros, y al insistir Bond en sus ruegos, adoptó una actitud agresiva de niña rebelde:

—¡Fuera de aquí! ¡Vete y déjame en paz!

Bond comprendió que aquello obedecía a un estado de desesperación. La muchacha había llegado al límite de su resistencia. Bond sintió de repente un deseo irresistible de protegerla, de hacerla feliz. Con la mano en el picaporte de la puerta, le dijo en voz queda:

—Tracy, deja que te ayude. Estás en una situación apurada en este momento, por la razón que sea. Pero escúchame: no por eso se va a hundir el mundo. También yo lo he pasado mal. A todos nos ocurre tarde o temprano.

—¡Vete al diablo!

Bond cerró la puerta con suavidad. Sabía que con aquella chica hubiera sido un error salir dando un portazo. Por algún motivo y en algún momento de su vida, aquella muchacha debió de sufrir un golpe muy duro o pasar por trances muy amargos. Según se alejaba por el pasillo, Bond se sintió —por primera vez en su vida— incapaz de hacer frente a la situación. Apenas sabía nada de aquella muchacha. Ciertamente su nombre indicaba que era oriunda de algún país mediterráneo; no obstante, estaba casi seguro de que no era ni italiana ni española. Aquella joven hablaba un inglés impecable; sus ropas y su estilo de vestir eran el producto de un ambiente social de lujo, tal vez el de uno de esos caros y prestigiosos colegios suizos para señoritas en los que éstas reciben una educación social refinada. No fumaba; al parecer bebía sólo muy moderadamente, y por otra parte no se descubría tampoco en ella el menor indicio de toxicomanía. Tendría a lo sumo veinticinco años. No la había visto reírse ni una sola vez; apenas si había sonreído siquiera. Parecía presa de una profunda melancolía, y había confesado, en efecto, su convicción de que no valía la pena vivir. Tenía que permanecer a su lado y velar por ella, al menos hasta convencerse a sí mismo de que sus fatídicas conclusiones eran falsas. Después de esta entrevista, Bond había permanecido en su habitación, junto a la ventana, hasta las cuatro y media de la tarde, vigilando constantemente la entrada del hotel y el pequeño coche deportivo de color blanco. A esa hora vio aparecer por fin a la muchacha, enfundada en un albornoz listado a rayas blancas y negras, y entonces Bond salió de la habitación y echó a correr por el pasillo en dirección al ascensor. No le resultó difícil seguir a Tracy mientras ésta conducía a lo largo del Paseo hasta detener su coche en uno de los aparcamientos; pero tampoco se quedó atrás el pequeño y anónimo Citroën 2 CV que seguía al coche de Bond. Fue precisamente entonces cuando se inició aquella extraña carrera de vigilantes y vigilados que ahora, al remontar el pequeño Bombard

el curso del río Royale bajo las estrellas, llegaba al colmo del misterio. ¿Qué pensar de todo aquello? ¿Tal vez Tracy había estado sirviendo de anzuelo sin saberlo? ¿O a sabiendas? ¿Era un secuestro? Y si lo era, ¿a quién querían secuestrar? ¿A Tracy? ¿A Bond? ¿O a los dos? Aún seguía Bond estrujándose el cerebro en sus esfuerzos por descubrir más pistas o indicios cuando de pronto el timonel del Bombard desvió el bote hacia un ruinoso desembarcadero de emergencia. La embarcación atracó por la banda de sotavento; una potente linterna brilló en las tinieblas, enfocándolos; inmediatamente, alguien lanzó una cuerda desde la orilla y amarraron el bote al pie de unos sucios peldaños de madera. El primero en desembarcar fue uno de los bandidos; tras él salieron la muchacha, Bond y el otro bandido. Luego soltaron la amarra y el Bombard prosiguió su marcha río arriba; «probablemente», pensó Bond, «rumbo a su legítimo atracadero, en el Puerto Viejo». En el embarcadero se encontraban ya otros dos tipos rechonchos de la misma ralea. Los cuatro hombres rodearon a Bond y a Tracy y los escoltaron a lo largo de un sendero que avanzaba por un terreno cubierto de dunas. En una hondonada, a unos cien metros del río, asomaba el débil resplandor de una luz vacilante. Al acercarse en aquella dirección, Bond se dio cuenta —de que aquella luz procedía de uno de esos enormes camiones revestidos de chapa de aluminio ondulada que circulan tronando por las grandes carreteras de Francia. El hombre de la linterna eléctrica hizo con ella una señal en el aire y acto seguido se abrió bruscamente la puerta trasera de aquel mastodonte. Bond palpó la navaja que llevaba en el bolsillo. ¿Le quedaba todavía alguna probabilidad de librarse de sus enemigos? No, por supuesto que no. Antes de subir los escalones para entrar en el vehículo, Bond echó una ojeada a la matrícula. En el rótulo indicador de la casa comercial se leía esta inscripción: Marseille-Rhône. M. DRACO. Appareils électriques. 397694. Afortunadamente, en el interior del coche reinaba un calorcillo agradable. Entre las filas de cajas amontonadas quedaba un angosto pasillo. Bond se fijó en las cajas y vio que llevaban estampados nombres de casas fabricantes de aparatos de televisión. Luego, a ambos lados, dos puertas daban acceso a las cabinas. Delante de una de ellas esperaba Tracy de pie. La muchacha devolvió a Bond la chaqueta, le dio las gracias con voz inexpresiva y cerró la puerta; pero, antes de que lo hiciera, Bond había tenido tiempo de entrever un lujoso interior. Detrás de él, el hombre que empuñaba el revólver dijo con impaciencia:

—¡Allez!

Bond avanzó hacia la puerta de aluminio que, según sospechaba, conducía a un departamento situado en el extremo delantero de aquel extraño vehículo. Detrás de aquella puerta estaba la respuesta a todas sus preguntas, y la respuesta era probablemente un hombre: el jefe. Esta era quizá su única oportunidad. La mano derecha de Bond aferró el mango de la navaja que llevaba en el bolsillo del pantalón. Luego extendió la izquierda y, de un salto rápido, franqueó la entrada al mismo tiempo que giraba el cuerpo, cerraba la puerta con el pie y se agachaba, empuñando la navaja en posición de lanzarla. Sintió al guardián detrás de él abalanzarse contra la puerta, pero ésta no cedió, pues Bond tenía la espalda firmemente apoyada contra ella. El personaje que estaba frente a él, a unos tres metros de distancia, sentado

detrás de una mesa escritorio, dio inmediatamente una orden en un idioma que Bond jamás había oído: su voz tenía un tono jovial, alegre, casi guasón. La presión ejercida contra la puerta cesó instantáneamente. El hombre sentado a la mesa miró a Bond con una sonrisa encantadora. Era una sonrisa tan amplia y cordial que parecía partir en dos, de oreja a oreja, su rostro arrugado como una nuez. El hombre se puso en pie y, lentamente, levantó las manos.

—Me rindo. Ahora que estoy de pie, constituyo un blanco todavía mayor para su arma. No me mate usted; por lo menos no lo haga mientras no hayamos tomado un whisky doble con soda y hayamos charlado un poco. ¿Okay?

Bond se irguió cuan largo era y sonrió a su vez: no pudo evitarlo... Aquel hombre tenía un semblante irresistiblemente simpático, una cara bronceada y surcada de arrugas, con expresión de buen humor, de picardía juguetona y atracción magnética. De pronto salió de detrás de la mesa y Bond pudo ver que se trataba de un hombre más bien bajo y de mediana edad. Llevaba el mismo atuendo que Bond: un traje cómodo de color azul oscuro. Se advertía claramente la recia y abultada musculatura de su pecho y sus brazos. El hombre tendió la mano a Bond: una mano cálida, firme, de piel seca.

—Me llamo Marc-Ange Draco. ¿Le suena este nombre? ¿No lo ha oído nunca?

—No.

—¡Ah! En cambio, su nombre me es muy conocido... ¡Comandante James Bond! Ostenta usted una alta condecoración británica y es miembro muy importante del Servicio Secreto de Su Majestad. Lo han relevado de sus funciones normales para encomendarle una misión especial en el extranjero —su rostro pícaro y malicioso se arrugó completamente de puro placer y satisfacción—. ¿No estoy en lo cierto?

—¿Qué le hace suponerlo? —preguntó James Bond.

—Pues... ¡Bueno, acérquese y tome asiento! —repuso el hombre—. Tengo que hablar con usted de muchas cosas. Pero antes, el whisky con soda. ¿Conforme?

Le indicó una cómoda butaca que había junto a la mesa, frente a la suya. Depositó delante de Bond una gran caja de plata llena de cigarrillos de diferentes marcas y se dirigió a un archivador metálico que resultó ser un bar completo. Luego colocó sobre la mesa una botella de Haigh & Haigh y otra de bourbon, así como dos vasos de medio litro, un cubo con cuadrillos de hielo, un sifón y un frasco de cristal tallado lleno de agua. Mientras Bond se servía una buena cantidad de bourbon, él echó mano a la botella de Haigh & Haigh. Miró a Bond directamente a los ojos y dijo:

—Me he enterado de quién es usted por un buen amigo mío que pertenece al Deuxième Bureau, de París. Tiene acceso a los archivos y ficheros en dicha capital y yo le pago bien para que me facilite informaciones de este tipo cuando las necesito.

Estoy dentro de un campo opuesto al de usted, pero... no diametralmente opuesto, sino en el punto tangencial, digámoslo así, donde se tocan ambos campos.

Se interrumpió. Luego, alzando su vaso, dijo muy serio:

—Ahora voy a demostrarle la confianza que tengo en usted. Voy a poner de nuevo mi vida en sus manos.

Bebió. Bond hizo lo mismo. El hombre de la cara de nuez levantó la cabeza y clavó sus ojos en los de Bond, como perforándolos:

—Yo soy el jefe de la Union Corse. El Capu.

## Capítulo III

### EL CAPU

Conque... ¡la Union Corse! Ahora quedaba explicada, por lo menos, una parte del misterio. Toda aquella operación del secuestro, incluso la apropiación indebida del Bombard, constituía un juego de niños para una organización tan poderosa como aquella. La Union Corse era aún más peligrosa que la Mafia, y tal vez incluso más antigua que ésta. Bond sabía que tal organización controlaba, en Francia entera y sus colonias, casi todo el consorcio del crimen: gangs de protección, contrabando y eliminación de bandas rivales. Hacía sólo unos meses un tal Rossi había sido asesinado a balazos en un bar de Niza. Se sabía que la víctima había pretendido usurpar el trono del Capu, este hombre jovial y rebosante de vida que ahora estaba tan apaciblemente sentado a la mesa, frente a Bond. Y no dejaba de ser curioso y significativo el hecho de que este confortable vehículo de transporte para largas distancias fuera el cuartel general móvil de Marc-Ange.

Marc-Ange Draco hablaba el inglés a la perfección.

—Mi querido comandante —dijo—: quiero pedirle a usted que todo lo que estamos hablando aquí se quede detrás de su herkos odonton. Conoce usted el significado de esta expresión, ¿no?

Volvió a sonreír con aquella sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, añadiendo:

—Entonces, querido amigo, permítame que le diga que su educación no ha sido completa. Sepa usted que esta expresión se remonta a los clásicos griegos y significa literalmente «La valla de los dientes». Y fíjese: es exactamente equivalente a lo que ustedes llaman *Top secret*<sup>[4]</sup>. Bien, ¿accede usted?

Bond se encogió de hombros.

—Si usted me revela secretos que afecten a mi profesión, entonces, sintiéndolo mucho, tendré que ponerlos en conocimiento de mis superiores.

—Lo comprendo perfectamente. Pero lo que voy a decirle ahora es algo muy personal y privado. En resumen: se trata de mi hija, de mi Teresa.

«¡Atiza!», exclamó Bond para sus adentros, pero sin dejar traslucir su sorpresa.

—¡Convenido! —contestó, sonriendo—. Okay. ¡Herkos odonton!

—Muchas gracias —prosiguió Draco, encendiendo un Caporal y recostándose en su butaca—. Pues bien, escuche usted. Yo estuve casado sólo una vez... con una inglesa. Para ser más exacto: con una institutriz inglesa. Ella tenía un temperamento romántico, una inclinación natural a la aventura, y esto la determinó a trasladarse a

Córcega para comprobar por sí misma si todavía había auténticos bandidos en la isla, tal como había oído contar. Y allí, entre las montañas, me encontró a mí. Por aquella época la policía me buscaba. Bueno, en realidad me había andado buscando toda mi vida. Pero esto a la chica no le importó ni poco ni mucho. Se empeñó en no separarse de mí. Había en ella algo de montaraz y de indomable: amaba la vida libre y despreocupada y (el diablo sabe por qué) encontró divertido aquel juego de andar siempre huyendo, perseguida, de cueva en cueva, y ganarse la vida robando en asaltos nocturnos. Bueno, el caso es que yo terminé por enamorarme de la muchacha. Me la llevé secretamente desde la isla hasta Marsella, y allí nos casamos —hizo una pausa y miró a Bond—. El fruto de esta unión, mi querido comandante, fue Teresa, mi única hija.

«¡Conque era eso!», pensó Bond. Así se explicaba aquella extraña mezcla de elementos que formaban el carácter y el modo de ser de Tracy. Era una muchacha enigmática, pero al mismo tiempo una dama distinguida, justamente mitad corsa y mitad inglesa. ¡Claro! No era extraño que él no hubiera sido capaz de definir su nacionalidad.

—Hace unos diez años, falleció mi mujer —siguió diciendo Marc-Ange—. Y entonces ingresé a mi hija en uno de los más renombrados colegios suizos para señoritas. Tenga en cuenta que yo era ya rico por aquella época y ella era para mí... ¿cómo dicen ustedes? Tienen una frase muy hermosa para expresarlo... Ah, sí: «La niña de mis ojos». Yo le di todo cuanto ella deseaba, satisfaciendo sus menores caprichos. Pero era una fierecilla de las que no se dejan domar. Era literalmente un pájaro en libertad, sin un hogar verdadero, sin madre y, prácticamente, sin nadie que la cuidara y se ocupara de ella, puesto que yo andaba viajando continuamente de un lugar a otro. En su colegio de Suiza trabó conocimiento con esas malditas pandillas internacionales de la «dolce vita» que tanto dan que hablar a la prensa en nuestros días. Siempre andaba mezclada en escándalos y «affaires». Cuando la recriminaba por su conducta y le reducía la pensión que le tenía asignada, ella casi siempre reaccionaba cometiendo locuras aún mayores, creo que sólo por llevarme la contraria y hacerme rabiar.

Se interrumpió de nuevo, y de pronto en aquel rostro, que un momento antes parecía el de un hombre plenamente feliz, se reflejó un hondo sufrimiento.

—Pero aun cuando, para el mundo exterior, ella era una auténtica *playgirl*<sup>[5]</sup>, no pudo jamás desmentir la sangre de su madre que corría por sus venas, y esto la hacía desprenderse en secreto a sí misma: el gusano de la autodestrucción iba royendo... ¿cómo diría yo?... las raíces de su alma —el hombre miró de nuevo a Bond—. Bueno, como usted sabe perfectamente, esto les puede ocurrir lo mismo a los hombres que a las mujeres: se queman y consumen en una especie de «furia de vivir», hasta que un día, al hacer el balance de su vida, se dan cuenta, de pronto, de que su existencia no tiene ya razón de ser. Reconozco ahora que ella hizo un gran esfuerzo, que yo calificaría de tentativa desesperada, para encarrilar de nuevo su vida

y sentar la cabeza: desapareció, sin decirme nada, ¡y se casó! Se caso con un tal Conde Giulio de Vincenzo. Pero este hombre, que resultó ser un bribón y un sinvergüenza, le sacó todo el dinero que pudo y luego la abandonó, dejándola con una hija de corta edad. Yo me las arreglé para obtener el divorcio, le compré a ella un castillito en la Dordoña y la instalé allí. Durante algún tiempo pareció que, con la niña y con el lindo jardín, cuyo cuidado le proporcionaba una agradable distracción, había encontrado por fin la paz y el sosiego. Pero luego, de esto hace seis meses, la niñita murió de una meningitis...

Dentro del pequeño departamento de acero y aluminio se hizo un silencio absoluto. Bond tenía el pensamiento puesto en Tracy, que tan cerca de él se encontraba en aquel momento. En sus anteriores sospechas, él se había aproximado mucho a la trágica verdad. Tracy había llegado realmente al final de un terrible callejón sin salida.

—¿Ha pensado usted en el psicoanálisis? —le preguntó a Marc-Ange—. ¿Y en los auxilios de la religión? ¿Es católica su hija?

—No. Su madre no quiso que lo fuera. Es presbiteriana. Pero aguarde; todavía no he terminado de contarle toda la historia. Después de la desgracia de la muerte de la niña, ella desapareció. Recogió todas sus joyas y se marchó con ellas en ese pequeño automóvil de su propiedad, viajando a lo largo y a lo ancho de Europa. Luego me enteré de que andaba vendiendo sus alhajas y que llevaba una vida desenfadada, en compañía de sus antiguos compañeros de pandilla. Naturalmente, hice que la vigilaran y la seguí hasta donde me fue posible, pero ella siempre esquivó todo encuentro conmigo. Ahora, por fin, enterado de que ella había reservado una habitación en el hotel Splendide para ayer noche, salí a toda velocidad de París en este vehículo, pues tenía el presentimiento de que iba a ocurrir una tragedia. Y es que... Verá usted, cuando ella era niña, solíamos veranear aquí. Ella era feliz en esta ciudad, y se había enamorado verdaderamente del mar. Cuando supe que ahora venía hacia acá, recordé de pronto un hecho pasado: un día en que ella se había portado mal, se le impuso el castigo de quedarse encerrada en su cuarto, en vez de ir a bañarse. Pues bien; aquella noche, al irse a la cama, le dijo a su madre: «Me has hecho muy desgraciada, ¡no me has dejado ir al mar! Si alguna vez llegara a sentirme tan desgraciada como hoy, me echaría al agua y me alejaría mar adentro, siguiendo la estela luminosa del sol o de la luna, nadando, nadando y nadando, hasta hundirme en el fondo del mar... ¡Así que ya lo sabes!» Cuando su madre me refirió esta anécdota, los dos nos reímos mucho de aquella rabieta infantil. Ahora, al recordar aquel episodio, se me ocurrió de pronto que aquella fantástica idea seguía latente en ella, arraigada en lo más profundo de su ser y que ahora, al decidir acabar con todo de una vez, habría revivido aquella idea dormida en su subconsciente y la pondría en práctica. En consecuencia, di orden de que se vigilara estrechamente a Teresa tan pronto como ella llegara aquí. De este modo he podido enterarme, mi querido amigo, de la ayuda que usted le ha prestado en un momento crítico... Es un gesto que yo le agradezco en el alma. También sé perfectamente lo que hizo usted después... Oh, no

tiene por qué pedir disculpas —añadió precipitadamente, al ver que Bond se revolvía en su asiento con aire azorado—. Lo que usted hizo anoche, y su modo general de comportarse, podría ser el principio de una especie de tratamiento terapéutico capaz de curar a mi hija. Este pensamiento me impulsó a tomar una decisión: esta mañana muy temprano, me puse en comunicación con mi amigo del Deuxième Bureau para pedirle datos acerca de usted, y, para las nueve, ya él me había facilitado los informes. Sepa usted (y esto dijo, volviendo a sonreír por fin— es otro secreto que le confío) que en este vehículo tengo una estación emisora-receptora muy potente. El informe de mi amigo era favorable a usted en un cien por cien: un informe que le honraba no sólo como funcionario sino como... hombre, por lo menos tal como yo entiendo que debe ser un hombre. En consecuencia di, hace sólo unas horas, la orden de que me trajeran aquí a mi hija y a usted. Ya sé qué esto le habrá causado grandes molestias. ¡Perdóneme, mi querido amigo! Créame que, en este caso, era absolutamente necesario adoptar medidas drásticas».

Introdujo la mano en el cajón superior de la mesa y, sacando una hoja de papel, se la alargó a Bond.

—Lea usted esto y me dará la razón. Esta carta se la entregó hoy Tracy, a las cuatro y media de la tarde, al conserje del Splendide, para que él me la remitiera a Marsella.

Bond tomó la carta. Sólo contenía unas breves líneas, trazadas con una letra muy clara, firme y resuelta.

Querido papá:

Siento tomar esta decisión, pero he llegado al límite de lo que puedo soportar. Sólo una cosa me apena: el haberme tropezado esta noche con un hombre que hubiera podido hacerme cambiar de idea y salvarme. Ese hombre es un inglés llamado James Bond. Por favor trata de encontrarlo y págale la suma de 20.000 francos nuevos que le adeudo. Y dale las gracias de mi parte.

Nadie tiene la culpa de esto. Yo soy la única responsable.

Adiós, y perdóname.

Tracy.

Bond no quiso mirar la cara del hombre que había recibido esta carta. Tomó un gran trago de su vaso y a continuación alargó de nuevo la mano hacia la botella de bourbon. Luego dijo:

—Sí. Comprendo perfectamente...

—Comandante Bond —en la voz de su interlocutor había ahora un acento terriblemente apremiante—. ¿Quiere usted ayudarme a salvar a mi hija? ¡Es ésta mi

última oportunidad de devolverle la esperanza, la ilusión de vivir! ¿Lo hará usted?

Bond se quedó mirando fijamente a la mesa. La sola idea de dejarse enredar en un lío de familia le asustaba. El no estaba allí para hacer el papel del Buen Samaritano ni el de un médico dedicado a curar pajaritos heridos.

—La verdad es que no veo el modo de ayudarle en un asunto como éste —dijo por último—. ¿Cuáles son sus planes, exactamente?

Echó otro trago para tener el valor de mirar a Marc-Ange cara a cara.

Los plácidos ojos castaños de aquel hombre centellearon con una luz que denotaba gran tensión.

—Deseo que haga la corte a mi hija y... se case con ella. El día de la boda yo le daría, como dote personal, un millón de libras oro.

Bond estalló, furioso:

—¡Lo que usted me pide es absolutamente imposible! Su hija está enferma. Necesita un siquiatra, no a mí. Y, además, sepa usted una cosa: no tengo la menor intención de casarme. ¡Con nadie! Tampoco necesito ni acepto un millón de libras esterlinas. Tengo dinero suficiente para atender a mis necesidades.

Pero al observar en el rostro de aquel hombre que sus palabras le habían herido en lo más hondo, prosiguió ya en un tono más suave y condescendiente:

—Teresa es una criatura maravillosa. Haré por ella cuanto me sea humanamente posible. Pero antes es preciso que ella misma se cure por su propia voluntad. Es la única solución. Cualquier médico le dirá a usted lo mismo. Debe ingresar en una clínica, la mejor que se pueda encontrar, tal vez en un sanatorio suizo. Tiene que enterrar su pasado y recobrar la ilusión de vivir. Entonces, y sólo entonces, nuestro encuentro tendrá razón de ser. Mire usted: yo soy un hombre duro. Lo reconozco. Y no tengo paciencia para hacer el papel de enfermera de nadie. Tiene usted que comprender que yo no puedo asumir esa responsabilidad, a pesar de la irresistible atracción que siento hacia su hija.

Draco dijo con acento resignado:

—Le comprendo perfectamente, amigo mío. Voy a tratar de actuar de acuerdo con su sugerencia. Ahora bien, ¿podría al menos hacerme otro favor? Son ya las nueve. ¿Tendría inconveniente en salir a cenar con ella esta noche? Por favor, hágale ver que la necesita, que siente cariño y ternura hacia ella. El coche y la ropa de Tracy los han traído aquí. Si es usted capaz de convencerla de que siente realmente deseos de volverla a ver, tenga la completa seguridad de que yo haré el resto. ¿Quiere hacer esto por mí?

Bond sonrió del modo más cordial y amistoso de que fue capaz.

—Naturalmente. Ahora bien; he de advertirle que tengo ya reservado el pasaje para el avión que sale de Le Touquet mañana a primera hora. ¿Está usted dispuesto, a partir de ese momento, a asumir la responsabilidad de velar por ella?

—¡Pues claro que sí, amigo mío! —Marc-Ange se pasó de repente la mano por los ojos, como para enjugarlos—. Usted ha hecho renacer en mí la esperanza. Pero no quiero demostrarle mi gratitud con un simple y protocolario «muchas gracias»: eso no va con mi carácter. Prefiero que me conteste, a esto: ¿hay algo que yo pueda hacer por usted ahora, en este mismo instante, sea lo que sea? Dispongo de muchos y grandes recursos: todos ellos están a su disposición.

De pronto se le ocurrió a Bond una idea luminosa.

—¡Aguarde un momento! Tengo en la memoria un nombre... Un hombre apellidado Blofeld: Ernst Stavro Blofeld. Quisiera saber si ese hombre vive aún y dónde se encuentra actualmente.

En el rostro de Marc-Ange se produjo un cambio sorprendente. Sus ojos adquirieron de repente el fulgor sombrío del ópalo.

—¡Ajajá! —exclamó—. ¡El Blofeld de la ESPECTRA! Sí. ¡Claro que vive todavía! No hace mucho compró a tres de mis hombres, los sobornó para que abandonaran la Union Corse. Todo lo que sabemos es que se encuentra en Suiza, pero desconocemos su dirección exacta. Los agentes de su organización podrán, con toda seguridad, localizar su paradero si la Sécúrité suiza quiere ayudarles. Hay que tener en cuenta que siempre pone trabas y dificultades cuando se trata de cuestiones que afectan a la vida privada de los ciudadanos.

A Bond se le había acelerado el pulso de emoción. «¡Al fin he dado contigo, perro!», pensó. Luego dijo en voz alta, entusiasmado:

—¡Esto es maravilloso, Marc-Ange! El resto del problema no presentará dificultades. Sepa usted que tenemos buenos amigos en Suiza.

Marc-Ange sonrió. Era evidente que la reacción de Bond le produjo un verdadero placer. Luego dijo muy serio:

—Pero si las cosas le fueran mal, no dudaría en acudir inmediatamente a mí, ¿verdad?

Abrió un cajón, sacó una hoja de papel con membrete y se la alargó a Bond.

—Aquí tiene mi dirección comercial. Le bastará con telefonarme o telegrafarme, pero poniendo siempre mucho cuidado en redactar el texto de su mensaje de forma

que, en todos sus detalles, se refiera única y exclusivamente a cuestiones relacionadas con aparatos electrodomésticos. Por ejemplo: «Un envío de aparatos de radio no concuerda con el pedido. Entrevístese con mi representante tal día y en tal sitio». ¿De acuerdo? Ya conocerá estos trucos sin duda, ¿eh? Después de todo —añadió con una sonrisa maliciosa—, usted, si no me equivoco, tiene algo que ver con una sociedad internacional de exportación..., la Universal Export. ¿Cierto?

Bond sonrió. ¡Conque aquel viejo diablo también estaba enterado de eso!

Marc-Ange dijo tímidamente:

—Y ahora, ¿puedo llamar a Teresa? Ella no sabe de qué hemos hablado.

Se levantó y, acercándose a Bond, le puso la mano en el hombro.

—Gracias. ¡Gracias por todo!

Y dicho esto, desapareció por la puerta.

## Capítulo IV

### UN CEBO INFALIBLE

Dos meses después, rodaba James Bond en su coche por las calles de Londres camino de su cuartel general. Era un hermoso día más de los muchos que en aquel año había lucido el sol, aunque ya en Hyde Park el olor a hojas quemadas anunciaba la inminente llegada del invierno. Aquella mañana, sentado al volante, un tema había vuelto a acaparar los pensamientos de Bond: el tiempo que llevaba esperando inútilmente noticias de Zurich, aguardando a que el puesto Z del Servicio Secreto lograra vencer los escrúpulos de la Sécúrité suiza y obtuviera de ésta la dirección exacta de Blofeld. Realmente sus «amigos» de Zurich estaban demostrando ser bastante lerdos o (y esto era lo más probable) irreductiblemente testarudos. En efecto, era indudable que la Sécúrité estaba perfectamente enterada de que, en una ocasión, Blofeld, gracias a su posesión ilegal de armas atómicas, había hecho objeto de un humillante chantaje a Inglaterra y los Estados Unidos; pero oficialmente, no se sabía nada de ese asunto: no se conocía en toda Suiza a ningún hombre apellidado Blofeld; tampoco se había encontrado en territorio suizo ninguna prueba de la existencia de una organización resucitada bajo el nombre de ESPECTRA ni bajo ningún otro nombre.

Bond reflexionó si le convendría ponerse de nuevo en contacto con Marc-Ange. Pero, después de pensarlo un instante, desechó la idea. Quería mantenerse alejado de todo cuanto afectara a su relación con Tracy y dejarla tranquila durante algún tiempo.

La última noche que habían pasado juntos, habían vivido unas horas de paz y serena alegría, como dos viejos amigos o dos antiguos amantes. Bond había explicado entonces a Tracy que la Universal Export iba a enviarlo por algún tiempo al extranjero, y que volverían a reunirse tan pronto como él regresara a Europa. La joven se había mostrado totalmente conforme con este plan; declaró que había resuelto trasladarse a algún lugar donde reponerse y descansar, pues había estado a punto de sucumbir a una espantosa crisis de desesperación. Le prometió que lo esperaría. Bond se mostró satisfecho al comprobar que la cura de la muchacha había comenzado ya. Sintió una auténtica necesidad de protegerla. Se había dado perfecta cuenta de que las relaciones entre los dos, y sobre todo el equilibrio síquico y moral de la muchacha, pendían de un hilo, y había que evitar toda posible acción perturbadora.

Había llegado a este punto en sus reflexiones cuando comenzó a vibrar el sincráfono que Bond llevaba siempre en el bolsillo del pantalón. Aceleró la marcha y poco después detenía su coche junto a una cabina telefónica pública de Marble Arch. El sincráfono —aparato radiorreceptor del tamaño de un reloj de bolsillo— era una novedad adoptada por el Servicio Secreto hacía muy poco tiempo. Todo agente que se encontrara en cualquier punto de Londres dentro de un radio máximo de quince kilómetros de distancia del Cuartel General, podría recibir una llamada a través de su

receptor de bolsillo. Una vez oída esta llamada, debería dirigirse inmediatamente al teléfono más próximo y ponerse en comunicación con su oficina.

Ya en la cabina, Bond llamó a su central telefónica, marcando el único número exterior que le estaba permitido utilizar, y dijo:

—007 al habla.

Inmediatamente le pusieron en comunicación con *Miss Mary Goodnight*<sup>[6]</sup>, su nueva secretaria. Era ésta lo que se dice una preciosidad de chiquilla, de ojos azules y pelo negro como ala de cuervo. Dentro de la Sección se había organizado una especie de quiniela particular, por valor de cinco libras esterlinas, apostando a quién sería el primero en conquistar a la chica. Bond había figurado hasta entonces como el «caballo favorito» de esta «carrera»; pero, desde el día en que conoció a Tracy, se había retirado de la competición, considerándose ya como un puro *outsider*<sup>[7]</sup>, aunque todavía seguía flirteando con Mary. A través del hilo telefónico le dijo humorísticamente:

—¡Buenos días, Goodnight! ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Es la guerra o es la paz?

Ella lanzó una risita nada acorde con su profesión.

—El asunto parece tener un carácter bastante pacífico, tan pacífico como puede serlo un mensaje urgente llegado de «arriba». Dicen que se dirija usted inmediatamente al College of Arms y pregunte por Sable Basilisk. Él es allí una especie de faraute. Parece que han descubierto algo relacionado con «Bedlam».

«Bedlam» era la denominación adoptada en el código cifrado para designar la búsqueda y localización de Blofeld.

Con la respetuosa seriedad que reclamaban las circunstancias, Bond dijo:

—¿Ah, sí? Entonces tengo que salir disparado... Adiós, Goodnight.

Pero... ¿qué diablos pasaba ahora? ¿Qué significaba todo esto? Bond montó de nuevo en el coche y atravesó, a la mayor velocidad posible, el centro de la capital londinense. «¡Qué cosa más rara!», pensó. ¿Qué tendría que ver en este asunto el College of Arms, una respetable institución de cinco siglos de antigüedad, sin otra misión que estudiar los linajes, establecer árboles genealógicos, expedir títulos nobiliarios y blasones y organizar diversas ceremonias reales?

El College of Arms tiene su sede en la calle de la Reina Victoria, junto a la línea periférica de la City, en un encantador palacete de la época de la Reina Ana, construido de ladrillos rojos al estilo antiguo, con un hermoso patio interior adoquinado en el que Bond estacionó su coche. Una escalinata de piedra en forma de herradura conduce hasta un imponente portón, sobre el cual ondeaba aquel día una

bandera con un espléndido animal heráldico. Bond penetró en el sombrío vestíbulo en cuyas paredes revestidas de madera se veían antiguos retratos de orgullosos señores con gorgueras. A lo largo de un húmedo y frío pasadizo, todo adornado con escudos de armas, siguió Bond al conserje mientras pensaba: «¿Qué clase de vejestorio será ese Sable Basilisk?».

Pero, un instante después, Bond era introducido en una habitación luminosa, acogedora y alegremente amueblada, en cuyo ambiente flotaba un leve aroma de tabaco turco. Un hombre todavía joven, más joven incluso que Bond, se levantó y salió a su encuentro. Era delgado como una vara de mimbre, apuesto y con un aire de hombre culto e inteligente. En sus ojos francos brillaba una luz irónica que quitaba a su rostro toda expresión de gravedad.

—¿El comandante Bond? —dijo, tendiendo la mano y dándole un fuerte y rápido apretón—. Le estaba esperando.

Se sentó a la mesa escritorio. Con un leve gesto, indicó a Bond que hiciera lo mismo y alargó la mano hacia un expediente.

—Bueno, ante todo, supongo (o, mejor dicho, creo adivinar) que éste es un asunto del Intelligence Service o algo por el estilo. Sepa usted que yo he servido en el Ejército Británico del Rhin; por lo tanto no tiene usted por qué preocuparse en lo tocante al mantenimiento de secretos relacionados con la seguridad del Estado. Por otra parte, en este Colegio probablemente tenemos tantos asuntos secretos y reservadísimos como pueda haberlos en cualquier departamento gubernamental.

—¡Magnífico! —repuso Bond—. Entonces podemos ir directamente al grano. Tenemos fundados motivos para suponer que ese Blofeld es el mayor criminal que existe sobre la tierra. ¿Recuerda usted el asunto «Trueno», mencionado por la Prensa hace cosa de un año? Sí, ¿verdad? Pues bien, ese Blofeld era el que dirigía todo el cotarro. Pero dígame, ¿cómo ha llegado usted a tener noticias de él?

Sable Basilisk volvió la primera hoja de su legajo.

—Pensé que podría tratarse del mismo individuo al recibir ayer una serie de llamadas telefónicas urgentes de los Ministerios de Asuntos Exteriores y Defensa. Antes no se me había ocurrido nunca idea semejante, francamente, ni siquiera cuando en junio del año pasado (concretamente el día diez) recibimos esta comunicación confidencial de una acreditada firma de abogados de Zurich, fechada el día anterior. Voy a leérsela. Escuche:

Muy señores nuestros:

Tenemos un cliente muy apreciado, llamado Ernst Blofeld. Este señor se da a sí mismo el título de Monsieur le Comte Balthazar de Bleuville, convencido de que él es el heredero legítimo de este título, que nosotros suponemos extinguido. Esta

creencia se basa en relatos que oyó de labios de sus padres siendo niño, relatos según los cuales su familia huyó de Francia en la época de la Revolución y se estableció en Alemania, adoptando allí el apellido Blofeld para sustraerse a las represalias de las autoridades de la Revolución, y al mismo tiempo para poner a salvo su capital, que había sido retirado y depositado en Augsburgo. Más tarde, en el año mil ochocientos cincuenta y tantos, dicha familia emigró a Polonia.

Nuestro cliente persigue ahora con gran interés la confirmación oficial de estos hechos, a fin de obtener legalmente el derecho al título de Conde de Bleuville, sancionado por un Acte de Notoriété en el que luego se estamparía el sello de legalización del Ministerio de Justicia, en París.

Mientras tanto nuestro cliente se propone —y así nos lo ha declarado formalmente— seguir adoptando, aunque sólo sea provisionalmente, el título de Conde de Bleuville, así como el escudo de armas de su familia. Según nuestros informes, la organización de ustedes es la única en el mundo que está en condiciones de poder realizar una investigación de esta índole, y nuestro cliente nos ha pedido que nos pusiéramos en contacto con ustedes y que todas las gestiones relacionadas con este asunto se realizaran sobre una base estrictamente confidencial.

La situación financiera de nuestro cliente es irreprochable, y los gastos que puedan ocasionar estas investigaciones no constituyen para él ningún problema. Caso de que ustedes acepten este encargo, les proponemos como honorarios provisionales la suma de mil libras esterlinas, que serían enviadas a su cuenta en el banco que ustedes designaran.

En espera de sus gratas noticias, quedamos de ustedes, etcétera, etcétera.

Firmado: GUMPOLD-MOOS BRUGGER, Hnos.

Abogados

Bahnhofstrasse, 16—bis

ZURICH

A Bond le chispeaban los ojos de pura animación. Sable Basilisk sonrió.

—Nosotros estábamos más interesados aún por este asunto de lo que parece estar usted. Comprenda: nuestros honorarios son extraordinariamente modestos. Por dicha razón, todos dependemos de ingresos particulares procedentes de trabajos como éste. La proposición de marras era un cebo realmente tentador para nuestra casa, y como el día en que se recibió esta carta dio la casualidad de que yo estaba de servicio, haciendo algo así como de «oficial de guardia», consideré aquello como un maná caído del cielo.

Bond preguntó excitado:

—Y desde entonces, ¿mantuvieron ustedes contacto con ellos?

—Sí, aunque no muy asiduo por cierto. Ni que decir tiene que yo les escribí inmediatamente, comunicándoles que aceptábamos este encargo y nos comprometíamos a guardar el mayor secreto sobre el asunto. Y ahora —añadió sonriendo— viene usted y me obliga a quebrantar esta promesa de guardar secreto... invocando la Ley sobre el Mantenimiento de Secretos Oficiales. Es así, ¿no es cierto? Lo cual quiere decir que, si obro de este modo, es por causas de fuerza mayor, ¿eh?

—Así es, en efecto —contestó Bond, recalcando las palabras.

Sable Basilisk hizo una breve anotación en el papel y prosiguió.

—Naturalmente, lo primero que tenía que hacer era pedir que me enviaran una copia de la partida de nacimiento. Así lo hice, y al cabo de algún tiempo, los abogados de Zurich me escribieron comunicándome lo siguiente: que esta partida de nacimiento se había perdido, pero que no me preocupara por ello; que el Conde había nacido en la ciudad polaca de Gdynia, el 28 de mayo de 1908; que su padre era polaco, y su madre, griega. Me preguntaban, de paso, si podría iniciar mis investigaciones partiendo de atrás, de la época de extinción del título de Bleuville. Contesté dando largas, aunque por entonces ya había descubierto en nuestra biblioteca la existencia de una familia apellidada De Bleuville, oriunda de la localidad de Blonville-sur-Mer, del departamento de Calvados. Su escudo de armas y su divisa eran exactamente los mismos que Blofeld había descrito a sus abogados —Sable Basilisk hizo una pausa—. Más tarde les escribí comunicándoles este descubrimiento, y aproveché mis vacaciones de verano para ir a Francia y hacer indagaciones.

»Había escrito entretanto a nuestro embajador en Varsovia, pidiéndole se pusiera en contacto con nuestro cónsul en Gdynia y le rogara encargase a un abogado las consabidas y rutinarias averiguaciones en el Registro Civil y en los libros de bautizos de las parroquias de aquella ciudad. A principios de setiembre recibí la respuesta, pero una respuesta verdaderamente sorprendente. Imagínese: las páginas en que debía estar registrado el nacimiento de Blofeld ¡habían sido cuidadosamente arrancadas! Por supuesto, no transmití esta información a los abogados suizos, ya que me habían dado la orden expresa de no hacer pesquisas en Polonia. Al mismo tiempo, había encargado a un abogado la realización de investigaciones similares en Augsburgo, y en esta ciudad sí se encontraron datos referentes a un buen número de *Blofelds* (tenga en cuenta que éste es un apellido bastante corriente en Alemania), pero no hemos podido hallar pruebas de que ninguno de ellos tuviera nada que ver con los De Bleuville de Calvados. En consecuencia, decidí enviar a los abogados suizos un informe anodino, haciendo constar al mismo tiempo que proseguiría mis investigaciones. Y con aquello —Sable Basilisk cerró de golpe la carpeta del expediente— se dio carpetazo al asunto, hasta que ayer recibí una llamada telefónica,

probablemente porque alguien en el Ministerio de Asuntos Exteriores, al revisar las copias de los documentos remitidos desde Varsovia, creyó que el nombre de Blofeld le recordaba algo.

Bond se rascó la cabeza.

—Pero ¿aún sigue latente la cuestión?

—Oh, sí, por supuesto.

—Y ¿puede usted proseguir cuando quiera las gestiones? Supongo que no habrá conseguido averiguar la dirección actual de Blofeld...

Sable Basilisk denegó con la cabeza.

—Vamos a ver, ¿y no podría encontrarse algún pretexto para enviar allá un mensajero que se pusiera en contacto con él? —Bond sonrió—. ¿A mí, por ejemplo? El College of Arms podría encomendarme sin duda la misión de entrevistarme con Blofeld..., por ejemplo, para aclarar algún punto delicado que no puede dilucidarse por correspondencia y que, por tanto, hace necesario interrogar personalmente a Blofeld.

—Pues sí, no deja de haber posibilidades por ese lado. Como usted sabe, en muchas familias se dan ciertos rasgos físicos muy acusados que se transmiten de generación en generación. Tenemos, por ejemplo, el caso típico del labio inferior de los Habsburgos o la tendencia a la transmisión hereditaria de la hemofilia en la familia dinástica de los Borbones. Y podría citar infinidad de casos más. Por cierto que cuando me dediqué a rebuscar datos en la cripta de la Capilla de Blonville, descubrí una circunstancia muy curiosa: ninguno de los Bleuville tenía lóbulos en las orejas...

Por un instante, Bond evocó los detalles de la fotografía antropométrica de Blofeld que se guardaba en los archivos policiales.

—¡Lástima! —exclamó con desilusión—. Blofeld tiene lóbulos en las orejas, y bastante pronunciados, por cierto... Y ahora, otra cosa: aun en el caso de que Blofeld acceda a recibirme, ¿cómo demonios voy a mantenerme en mi papel de entrevistador? ¡Todas esas cuestiones de heráldica son chino para mí! —sonrió con una expresión de perplejidad—. Esta es la fecha en que no he logrado saber siquiera lo que es un baronet. ¿Qué cuento le voy a contar? ¿A quién diablos voy a personificar ante Blofeld?

Sable Basilisk había empezado a animarse.

—Oh, eso es fácil de arreglar —repuso con optimismo—. No es preciso, de momento, que Blofeld sepa lo que en realidad andamos buscando. Y en cuanto a los conocimientos profesionales de usted, yo le iniciaré en todo ese asunto de los Bleuville. Ya vera como se pone en seguida al corriente en cuestiones de heráldica.

Por otra parte, tenga en cuenta que son muy pocas las personas que poseen conocimientos de esta ciencia.

—No digo que no; pero no hay que olvidar que ese Blofeld es un tipo muy astuto y desconfiado. Exigirá un montón de pruebas documentales que acrediten mi personalidad.

—Usted cree que Blofeld es muy astuto porque sólo le conoce desde el ángulo de la astucia —contestó Sable Basilisk con sagacidad—. Verá usted: yo he conocido personalmente a cientos de personas astutas..., personajes famosos cuya sola presencia me intimidaba cuando me encontraba con ellos en mi despacho. Pero tan pronto llega el momento de elegir un título de nobleza una vez que les ha sido otorgado, o simplemente de elegir escudo de armas que colgar encima de su chimenea, estos personajes se desinflan por completo y quedan enteramente a merced de usted. Si examinara todos nuestros archivos y expedientes, los encontraría usted literalmente plagados de esnobismo y vanidad. No se preocupe en el caso de Blofeld. Aunque sea un supergángster (y yo no digo que no lo sea), si trata de probar que él es Conde de Bleuville, puede estar seguro de que ya lo tiene medio enganchado en el anzuelo. Ese hombre necesita adquirir una personalidad nueva, respetable: de eso no cabe la menor duda. Desea, por encima de todo, hacerse Conde. Y esto, señor Bond, es tremendamente significativo. Puedo garantizarle que le recibirá si sabemos jugar correctamente nuestras cartas. Sabemos cuál es su talón de Aquiles; a nosotros nos toca ahora conseguir que le nazca pelo en ese talón de Aquiles y que ese mechón de pelo crezca y crezca hasta que Aquiles se enrede en él y caiga de narices.

Unas horas más tarde, M repetía, casi con las mismas palabras, la pregunta que Bond formulara a Sable Basilisk.

—Pero, bueno, ¿y a quién demonios va a representar usted en su fingido papel? —preguntó, levantando la vista de la última página del informe que Bond había dictado, aquel mismo mediodía, a Mary Goodnight.

—Pues... seré un emisario enviado por el College of Arms. Sable Basilisk me habló de la conveniencia de ir armado de algún título aristocrático capaz de causar impresión a gentes obsesionadas por la manía de poseer un timbre de Nobleza. Y es evidente que ese Blofeld está dominado por esa fachendosa idea de convertirse en aristócrata; de lo contrario jamás hubiera revelado a nadie que todavía sigue vivo... ¡ni siquiera a una organización tan famosa por su discreción como el College of Arms!

—Si quiere que le diga la verdad, todo eso me parece una farsa descabellada —repuso M con un tono ligeramente irritado—. ¿Y cuál es ese ridículo título que va a adoptar usted?

Si Bond hubiera sido capaz de ruborizarse, habría sido éste precisamente el momento indicado. Dijo rápidamente:

—Verá usted: parece que hay un caballero llamado Sir Hilary Bray, amigo de Sable Basilisk. Tiene aproximadamente mi misma edad, y además, por lo visto, se parece bastante a mí. Su árbol genealógico es tan largo como mi brazo: figura en él nada menos que Guillermo el Conquistador y qué sé yo cuántos personajes más. Y un escudo de armas más complicado que un rompecabezas. Sable Basilisk me aseguró que él puede arreglar el plan poniéndose de acuerdo con ese caballero. Durante la guerra, Bray se distinguió por su valor... Es un hombre de la más absoluta confianza. Reside en un valle remoto de Escocia, en los Highlands, y su única ocupación consiste en estudiar la vida de los pájaros y escalar las montañas con los pies descalzos. Vive completamente aislado del mundo, sin ver jamás a un alma viviente. El plan consiste precisamente en que yo adopte la personalidad de Sir Hilary. Un plan en apariencia bastante fantástico, pero que yo considero muy acertado.

—Y luego ¿qué? ¿Qué piensa usted hacer? ¿Dedicarse a corretear de un lado a otro por los Alpes, enarbolando su famosa bandera?

Bond se armó de paciencia y dijo:

—Lo primero será conseguir un pasaporte en regla, debidamente usado y manoseado, extendido a nombre de Bray. Luego me dedicaré a estudiar el árbol genealógico de su familia hasta dominar por completo el tema. A continuación, me empollaré bien en Heráldica. Después, si Blofeld muerde el anzuelo y accede a tener conmigo una entrevista personal, entrevista que yo propondré como absolutamente indispensable, me voy a Suiza con todos los libros apropiados al caso y le insinúo la conveniencia de quedarme allí algún tiempo para determinar, con su ayuda, el estudio del árbol genealógico de los Bleuville.

—¿Y después...?

—Después trataré de hallar un pretexto convincente para hacerle salir de Suiza por un determinado punto de la frontera y llevarlo a un lugar donde podamos secuestrarlo, como hicieron los israelíes con Eichmann. Pero todavía no he elaborado este plan en todos sus detalles. Antes necesito contar con la aprobación de usted.

—¿Y por qué no ejercer un poco de presión sobre los abogados de Suiza y sonsacarles la dirección de Blofeld? Una vez conseguido esto, podríamos planear una operación tipo comando.

—Dios sabe la cantidad de dinero que esos abogados habrán recibido ya de Blofeld a título de anticipo por sus servicios. Es posible que acabáramos por sonsacarles su dirección; pero, en tal caso, no dejarían de informar a Blofeld del asunto, aunque sólo fuera para cobrarle el resto de los honorarios antes de que el pájaro levantase el vuelo.

Con un gesto de cansancio, M alargó el expediente a Bond por encima de la mesa.

—Llévese eso —dijo—. Es un plan embrollado que no tiene ni pies ni cabeza. Pero, de todos modos, hemos de seguir adelante como sea. —Volvió a mover la cabeza con escepticismo y añadió:— Dígale al Jefe de Personal que apruebo el plan, aunque a contrapelo. Dígale también que yo le prestaré a usted todo el apoyo necesario. Y téngame al corriente de lo que pase. Eso es todo, 007.

Y Así, en el mes de diciembre, Bond se vio convertido de nuevo en estudiante: sentado a la mesa de su despacho, se puso a trabajar a toda máquina... En vez de elaborar informes ultrasecretos se empollaba en Heráldica: adquirió a toda prisa unos cuantos conocimientos fragmentarios del habla francesa e inglesa de la época medieval y se aprendió al dedillo polvorientas historias y tradiciones populares de antaño. Cuando un día Mary Goodnight, en respuesta a una broma de él, le llamó «Sir Hilary», Bond se puso con ella como un ogro.

Entretanto, las relaciones epistolares entre Sable Basilisk y los Hermanos Moosbrugger marchaban a paso de tortuga. Los abogados, al dictado de Blofeld, por supuesto, formulaban un sinfín de preguntas verdaderamente exasperantes, aunque —Sable Basilisk se vio obligado a reconocerlo— eruditas y propias de un experto en la materia. Después le pidieron informes muy detallados sobre el futuro emisario, el caballero Sir Hilary Bray: se solicitaba el envío de su fotografía y los más minuciosos detalles de su historial desde sus tiempos de estudiante. El verdadero Sir Hilary remitió desde Escocia todos los datos y documentación solicitados, acompañados de una divertidísima nota explicativa para Sable Basilisk. Para tantear el terreno desde el ángulo económico, Sable Basilisk rogó le enviaran una nueva remesa de dinero que agregar a la cuenta de sus honorarios. Tan pronto como recibió el cheque —el día 15 de diciembre—, Basilisk se apresuró a telefonar a Bond.

—¡Ya está en el bote! —dijo con acento triunfal—. ¡El pez se ha tragado el anzuelo!

Al día siguiente llegaba de Zurich una carta firmada por los abogados, comunicándole que su cliente accedía a la celebración de una entrevista y que esperaba que Sir Hilary pudiera ir en el avión de la Swissair, vuelo 105, el día 22 de diciembre, para tomar tierra en Zurich, en cuyo Aeropuerto Central estarían esperándole a las 13 horas.

Durante los últimos días que precedieron al viaje, se desarrolló en el Cuartel General una serie ininterrumpida de reuniones y consultas presididas por el Jefe de Personal. Las principales decisiones adoptadas fueron que Bond no debería llevar consigo armas ni instrumentos secretos de ninguna clase, ni podía contar tampoco con vigilancia y protección por parte del Servicio. Sólo se comunicaría con Sable Basilisk, transmitiéndole todas las informaciones necesarias en forma de mensajes de doble sentido exclusivamente referidas en apariencia a cuestiones heráldicas. Su principal misión consistiría en mantenerse lo más cerca posible de Blofeld por espacio de unos días. Era esencial descubrir a qué actividades se dedicaba Blofeld y quién o quiénes eran sus cómplices, a fin de poder preparar a conciencia el plan para

sacarlo de Suiza. Tal vez no habría necesidad de emplear métodos materiales de persuasión. Probablemente Bond sería capaz de vencer en astucia a Blofeld, convenciéndolo de la necesidad de hacer una visita a Alemania, a cuyo fin utilizaría como argumento un informe de Basilisk sobre diversos documentos genealógicos existentes en el Archivo Provincial de Augsburgo. Estos documentos harían necesaria la presencia de Blofeld, que se encargaría de identificarlos. Entre las oportunas medidas de seguridad figuraban dos muy importantes: se mantendría al Puesto Z del Servicio Secreto Exterior de Zurich en la más completa ignorancia respecto a la misión de Bond en Suiza, y se daría oficialmente por archivado el asunto de la Operación «Bedlam» en el Cuartel General, designándola en lo sucesivo con el nombre clave de «Corona», como si se tratara de una operación completamente distinta.

Por último, se discutió la cuestión de los riesgos a que iba a exponerse Bond. Nadie ponía en duda su talento fértil en recursos, su fortaleza física ni su condición de hombre duro e implacable. Se consideraron dos posibilidades. Primera: si Blofeld llegara a descubrir la verdadera identidad de Bond, éste, por supuesto, sería inmediatamente liquidado. Segunda, que era la más probable: una vez concluidas las investigaciones genealógicas, tanto si demostraban que Blofeld era el Conde de Bleuville como si probaban lo contrario, Sir Hilary Bray moriría *víctima de un accidente*.

Con tan halagüeñas perspectivas, abandonó Bond el Cuartel General del Servicio Secreto en la tarde del 21 de diciembre.

Llevaba en su equipaje cuatro obras de consulta sobre Heráldica, amén de toda una colección de documentos que Mary Goodnight le entregó, con ojos brillantes, por la ventanilla del taxi. ¡Realmente Mary era una chica magnífica!

Pero ahora era Tracy la que ocupaba sus pensamientos. En Suiza estaría cerca de ella. Consideró llegado el momento de entrar de nuevo en contacto con la muchacha. Durante las últimas semanas la había echado mucho de menos, recordándola con cierta preocupación. Había recibido tres tarjetas alegres e insustanciales que ella le había enviado desde la Clínica de L'Aube, de Davos (Suiza). Él, por su parte, le había escrito cartas cariñosas y alentadoras que había mandado expedir desde América... En ellas anunciaba a Tracy que pronto regresaría a Europa y se pondría en contacto con ella. Pero ¿podría cumplir semejante promesa?

Eran las siete. Bond se trazó un plan para aquella noche. Primero prepararía su equipaje con minuciosidad, sin olvidar ningún detalle; luego se tomaría un gran plato de huevos revueltos aux fines herbes y por último se bebería dos vodkas con agua tónica, para meterse en la cama ligeramente achispado.

## Capítulo V

IRMA, PERO NO «LA DULCE»

El Caravelle de la Swissair volaba ya sobre las suaves colinas de los Vosgos, y Bond iba pensando, con creciente excitación e impaciencia, en su primer encuentro con el «Conde».

¿Cómo sería Blofeld físicamente? ¿Habría alterado o desfigurado mucho su aspecto exterior? Era lo más probable, pues, de no ser así, el viejo zorro no habría podido mantener a los mastines alejados de su pista durante tanto tiempo.

Al llegar al aeropuerto de Kloten, una mujer esperaba de pie junto al mostrador de recepción de la Swissair. Apenas entró Bond en el vestíbulo —con su sombrero hongo, su paraguas enrollado, su cartera y su maleta—, aquella mujer se dirigió derechamente a su encuentro.

—¿Sir Hilary Bray?

—Sí —contestó Bond, haciendo un gran esfuerzo para sobreponerse a un momentáneo acceso de pánico. De pronto recordó que ahora él era, y tenía que seguir siendo, nada más que «Sir Hilary Bray».

—Me llamo Irma Bunt. Soy la secretaria particular del Conde. Espero que haya tenido usted un feliz viaje.

La mujer tenía una cara cuadrada, de expresión brutal. Sus ojos amarillos brillaban con una mirada dura y su sonrisa no delataba el menor sentido del humor ni tenía nada de acogedora. Su cabello castaño, ya entrecano, recogido sobre la nuca en un moño pulcro y apretado en forma de madeja, quedaba medio oculto por un gorro de esquiar con visera amarilla que llevaba sujeto al cuello mediante unas correas. Era una mujer baja y de constitución recia y fuerte. Vestía traje alpino: unos pantalones de esquí demasiado ceñidos y un anorak gris que tenía bordada, a la altura del corazón, una gran G de color rojo debajo de una corona nobiliaria.

«Serás Irma, pero no La Dulce», pensó Bond. Luego contestó:

—Sí, ha sido un viaje muy agradable.

—¿Habla usted alemán?

—No; desgraciadamente, no.

Bond echó a andar detrás de la mujer, y ambos se dirigieron a la oficina de control de pasaportes y luego al despacho de la aduana. Bond observó que ella hacía disimuladamente una seña con la cabeza. Un hombre que vagaba por allí se dirigió

rápidamente a una cabina telefónica.

Un instante después, un empleado de la aduana puso su marca con tiza en la maleta de Bond; un mozo cargó con ella, y se dirigieron a la salida. Frente a la puerta les esperaba un Mercedes 300 SE de color negro. Al lado del chófer estaba ya sentado el hombre que había ido a telefonar. Una vez colocada la maleta de Bond en el portaequipajes trasero del coche, salieron rápidamente con dirección a Zurich. Pero apenas recorridos unos centenares de metros por la ancha carretera, el vehículo viró hacia la derecha, tomando por una vía lateral en cuya entrada se leía este aviso: *¡Zutritt verboten ausser für Eigentümer und Personal von Privatflugzeugen!*<sup>[8]</sup>. El coche, al llegar al nivel de los hangares situados a la izquierda del edificio principal del aeropuerto, se detuvo finalmente al lado de un helicóptero Alouette, de color naranja vivo, en cuyo fuselaje aparecía también dibujada la G roja debajo de una corona condal. Bond, al subir por la escalera de aluminio del helicóptero, iba tomando nota mentalmente de todas aquellas minuciosas medidas de precaución. Era evidente que lo tenían a prueba, que todos sus movimientos iban a ser rigurosamente observados.

El helicóptero era un aparato de seis plazas, lujoso, tapizado de cuero rojo. El piloto levantó el dedo pulgar, e inmediatamente el personal de tierra retiró los calzos de bloqueo y las grandes palas del helicóptero comenzaron a girar. El aparato se elevó rápidamente.

Irma Bunt iba sentada al otro lado del pasillo central, pero a la misma altura de Bond. El silencioso acompañante, el que había ido al teléfono, iba sentado con las piernas encogidas en la parte trasera, agazapado detrás del diario *Zürcher Zeitung*. Bond se inclinó hacia *Fräulein Irma Bunt* y, elevando la voz para dominar el ruido del motor, le preguntó:

—¿Adónde nos dirigimos, por favor?

Ella fingió no oírlo. Bond repitió su pregunta, casi gritando.

—A los Alpes... a los altos Alpes —contestó la mujer. Luego, con un ademán, señaló la ventana—. ¡Magnífico paisaje! —exclamó. A usted le gusta la montaña, ¿no es verdad?

—Me gusta muchísimo —respondió Bond con potente voz—. Esto me recuerda a Escocia.

Encendió un cigarrillo y miró a través de la ventanilla. A su izquierda se divisaba el Lago de Zurich, lo cual significaba que, en aquel momento, el aparato llevaba el rumbo este-sudeste. Luego apareció ante su vista el Lago Walensee. La gran cordillera que se dibujaba a su izquierda debían de ser los Alpes Réticos. Al llegar a Klosters ¿seguirían el mismo rumbo o virarían a la derecha? Viraron a la derecha. Bond pensó que, al cabo de unos minutos, volarían sobre Davos, la ciudad donde se

encontraba ahora Tracy. Sí, allí estaba Davos, bajo su tenue dosel de bruma vespertina. Luego divisó otra zona rodeada de montañas: debía de ser Engadina... Aquel mar de luces que se divisaba a lo lejos, a la derecha, tenía que ser St. Moritz, y más lejos aún, se distinguía un nuevo resplandor, más intenso: Pontresina, probablemente. De pronto, la radio de a bordo comenzó a vibrar y se encendió la señal que indicaba a los pasajeros que debían sujetarse los cinturones de seguridad. El suelo, debajo de ellos, estaba sumido casi por completo en la oscuridad; pero hacia delante, frente al morro del aparato, las cumbres de las montañas gigantescas aparecían todavía iluminadas por el resplandor dorado del sol poniente. El helicóptero se dirigía ahora en línea recta hacia un rellano próximo a la cúspide de una de aquellas montañas. En él pudo distinguir Bond un grupo de edificios; unos cables eléctricos dorados partían de la zona edificada y descendían hasta perderse en la oscuridad del valle. Un teleférico, bañado por la luz del sol, descendía lentamente por encima de la cuesta: sin duda era su último viaje del día. El aparato se encontraba ya sólo a unos treinta metros de altura sobre el rellano. Las aspas del helicóptero empezaron a girar más lentamente, pero volvieron a adquirir velocidad cuando el aparato empezó a balancearse en el aire antes de posarse en el suelo, y dio un ligero bote al chocar los inflados flotadores de goma contra la nieve. Cesó el zumbido de los rotores... ¡Habían llegado a su destino! ¿Dónde se encontraban? Bond estaba casi seguro de poder contestar a esta pregunta. Sin duda se encontraban en algún punto de la cordillera de Languard: debían de hallarse en un paraje situado por encima de Pontresina, a una altitud de 3000 metros aproximadamente.

Irma Bunt descendió por la escalerilla. Tras ella bajó James Bond. Aquel aire de las alturas, glacial y enrarecido, casi le cortaba la respiración. Junto al helicóptero esperaban dos hombres, vestidos de monitores de esquí. Miraron a Bond con ojos llenos de curiosidad, pero no le dirigieron el menor saludo. Fräulein Bunt echó a andar por la pista de nieve apisonada; detrás de ella iba Bond, y el taciturno acompañante cerraba la marcha, con la maleta en la mano. El motor volvió a arrancar, produciendo un ruido atronador, y un instante después el saltamontes metálico se elevaba en el aire para desaparecer rugiendo en la oscuridad del cielo.

Desde el punto de aterrizaje del aparato hasta el grupo de edificios habría una distancia de unos cincuenta metros. Delante de Bond se alzaba un edificio largo y bajo con todas las ventanas brillantemente iluminadas; a la derecha de éste, y a otros cincuenta metros de distancia, se dibujaban los contornos de una moderna estación de teleférico. Más a la derecha, se veía un gran chalet con una espaciosa veranda escasamente iluminada, reservado tal vez para los numerosos turistas que se detenían allí durante el día. A la izquierda, y en un terreno situado a un nivel más bajo, se veían brillar las luces de un cuarto edificio, pero desde allí no se distinguía más que la azotea, pues el resto quedaba oculto por el borde del rellano.

Bond se encontraba ahora sólo a unos metros del largo edificio brillantemente iluminado que, sin duda, era su punto de destino. Cuando Fräulein Bunt abrió la puerta de entrada, sujetándola para que él pasara, mostróse a sus ojos un haz de luz

amarilla procedente del acogedor vestíbulo. La mirada de Bond tropezó, una vez más, con una G roja acompañada de la corona nobiliaria; encima había un rótulo con esta inscripción: *GLORIA KLUB-PIZ GLORIA-3205 METER-PRIVAT NUR FÜR MITGLIEDER*<sup>[9]</sup>.

¡Vaya! ¡Conque aquello era el Piz Gloria! Bond entró, y Fräulein Bunt soltó la puerta, que se cerró automáticamente con un ruido silbante como el de un freno neumático.

Dentro reinaba una temperatura deliciosamente cálida, quizás un calor algo excesivo. Estaban en un pequeño recibimiento; un hombre bastante joven en apariencia, de pelo rubio claro, muy corto, y ojos astutos, se levantó de detrás de una mesa y, haciendo una ligera reverencia, dijo:

—A Sir Hilary le corresponde la número dos.

—Weiss schon (Ya lo sé) —replicó secamente la mujer. Luego, en un tono apenas más cortés, dijo a Bond:

—Venga conmigo, por favor.

Y echó a andar a lo largo de un pasillo cubierto por una gruesa alfombra de color rojo. En la pared de la izquierda había una hilera de ventanas; en todos los entrepaños, hermosas fotografías de campos de esquí o paisajes alpinos. Al lado derecho se encontraban, en primer término, las puertas de los locales y dependencias del Club. Sobre ellas se leían las indicaciones: «Bar», «Restaurante», «Lavabos». A continuación estaban las puertas de los dormitorios. La número dos era una habitación de lo más confortable, con tapicería de chintz y cuarto de baño adyacente. Bond arrojó sobre la mesa su cartera repleta de documentos y, con una sensación de alivio, se desembarazó de su sombrero hongo y su paraguas. Luego se presentó con la maleta el hombre taciturno que los había acompañado y, sin dignarse dirigir siquiera una mirada a Bond, la depositó en el maletero y se retiró, cerrando la puerta.

—¿Le gusta a usted esto? —preguntó Fräulein Bunt.

Sus ojos amarillos, sin embargo, acogieron con fría indiferencia la entusiástica respuesta afirmativa de Bond.

—Está bien —dijo, y no se movió, pues por lo visto tenía algo más que decirle—. Y ahora —prosiguió—, si me lo permite, quisiera explicarle ciertas cosas y, de paso, darle a conocer algunas de las normas por las que se rige el Club, ¿no le parece?

Bond encendió un cigarrillo.

—¡Pues claro, eso me será muy útil! —contestó cortésmente, fingiendo un vivo interés—. Y para empezar, ¿puede usted decirme dónde estamos?

—En los Alpes\1... en los Alpes altos —repuso Fräulein Bunt evasivamente, sin concretar más—. Esta altura, el Piz Gloria, es propiedad del Conde. Él ha construido este teleférico, con la colaboración de las autoridades municipales, y aunque se ha inaugurado este mismo año, está rindiendo ya cuantiosos beneficios. Hay aquí unas pistas de esquí magníficas. La *Gloria Abfahrt*<sup>[10]</sup> se ha hecho ya muy famosa. Y tenemos también una pista de *bob*<sup>[11]</sup> más larga que la Cresta de St. Moritz. ¿Practica usted el esquí? ¿O acaso el bob?

Los ojos amarillos de la mujer estaban alerta, vigilantes. Bond decidió contestar con un «no» a todas las preguntas de este tipo. Como si necesitara disculparse, respondió con aire afligido:

—No, y lo siento de verdad.

—¡Qué lástima! Es una verdadera pena.

Pero los ojos de Irma Bunt no pudieron disimular un sentimiento de satisfacción.

—Estas instalaciones —prosiguió— le producen al Conde pingües beneficios; es importante que sigan funcionando, ya que le proporcionan los recursos económicos necesarios para poder llevar adelante la gran obra de su vida: el Instituto.

Bond arqueó ligeramente las cejas, en un gesto breve y cortés de interrogación.

El Institut für physiologische Forschung. Este es un centro de investigaciones científicas. El Conde es una verdadera eminencia en el ramo científico de la lucha contra la alergia... ¿comprende usted? Casos como los de la fiebre del heno o la reacción producida por la ingestión de mariscos, ¿sabe? En un edificio especialmente construido para este fin se encuentran los laboratorios y allí vive también el Conde. En el edificio donde ahora nos encontramos se alojan los pacientes. A propósito, el Conde le ruega que no moleste a los pacientes haciéndoles demasiadas preguntas. Estos tratamientos son muy delicados, ¿comprende usted?

—Sí, sí, ya me hago cargo. Y bien, ¿cuándo puedo ver al Conde? Por desgracia soy un hombre muy ocupado, señorita Bunt. En Londres me espera una gran cantidad de asuntos que debo despachar y, por otra parte, en el College disponemos de muy poco personal. Espero que el Conde comprenderá que su problema particular, aunque muy interesante e importante sin duda, debe ceder la preferencia a los asuntos de gobierno.

Irma Bunt cambió de actitud, mostrando un vivo afán de complacerlo y tranquilizarlo.

—Pues claro, mi querido Sir Hilary. El Conde le pide que le disculpe por esta noche, pero mañana a las once le recibirá con mucho gusto. ¿Le parece bien así?

—Sí, sí, de acuerdo. Así tendré tiempo de poner en orden mis documentos y mis

libros. Y ahora —añadió, señalando con un gesto una pequeña mesa escritorio colocada junto a la ventana cubierta por una cortina— quisiera pedirle un favor: ¿podrían traerme una mesa suplementaria para trabajar más cómodamente?

—No faltaría más, Sir Hilary. En seguida doy la orden —se acercó, diligente, a la puerta y pulsó un timbre. Ligeramente turbada y perpleja, señaló la puerta y dijo:— Habrá usted observado que no tiene picaporte por la parte de dentro.

Bond ya lo había notado, por supuesto; pero dijo que no se había fiado en tal detalle.

—Si desea salir de la habitación —prosiguió Irma—, no tiene más que llamar al timbre. No le importará, ¿verdad? Esto se ha hecho por el bien de los pacientes. Es necesario que nada perturbe su tranquilidad. Si no fuera así, sería muy difícil evitar que se visitaran unos a otros para charlar, ¿comprende? Y, naturalmente, las puertas no se cierran con llave. Usted puede volver a entrar en su habitación en el momento en que lo desee. ¿Entendido? A las seis nos reunimos todos en el bar para tomar una copa. Es la hora del esparcimiento. —En su rostro se dibujó una sonrisa estereotipada, de maniquí—. Mis chicas tienen muchas ganas de conocerlo.

De pronto se abrió la puerta y apareció uno de los hombres vestidos de monitores de esquí, un tipo bajo y rechoncho, de cuello de toro y ojos castaños, lo que indicaba su procedencia de algún país mediterráneo. ¿Acaso uno de los corsos que habían desertado de la organización de Marc-Ange? Hablando rápidamente en un mal francés, Irma Bunt le explicó que hacía falta otra mesa. El hombre se retiró al momento, pero ella sujetó la puerta antes de que él tuviera tiempo de cerrarla.

—¿Desea alguna cosa más, Sir Hilary? La hora de acostarse es a las diez de la noche. La recogida del correo, al mediodía. También tenemos un servicio de comunicación por radioteléfono. Si desea utilizarlo, está a su disposición... Bien, quedamos en que a las seis nos veremos en el bar. Hasta luego.

La puerta se cerró tras ella, con un chasquido del pestillo.

Bond permaneció unos momentos inmóvil en el centro de la habitación. Lanzó un tenue y prolongado silbido. «¡En menudo lío me he metido!», pensó. Le entraron unas ganas feroces de romper a patadas uno de aquellos muebles primorosos, para desahogarse a gusto. Pero se contuvo, pues había observado que uno de los cuatro prismas de alumbrado eléctrico que había en el techo era simulado y más saliente que los otros. ¿Se trataba acaso de una cámara minúscula de televisión en circuito cerrado? Y, suponiendo que así fuera, ¿cuánto abarcaría su campo de visión? Probablemente no mucho más que un amplio círculo del centro de la estancia. ¿Habría algún micrófono oculto? Era muy posible que el techo entero hiciese las veces de micrófono. De todo aquello sólo pudo sacar una conclusión: que iba a estar sometido a una vigilancia y observación continuas.

Pensando activamente en todos estos problemas, James Bond deshizo su equipaje,

tomó una ducha y se atildó lo mejor que pudo para presentarse ante las damas que Irma Bunt llamaba «mis chicas».

## Capítulo VI

### DIEZ MUCHACHAS MAGNIFICAS

El bar estaba construido y amueblado al estilo tirolés. Tan pronto como Bond cerró tras sí la puerta adornada con artísticos herrajes de bronce, se hizo un silencio absoluto, al que siguió casi en seguida una creciente marea de ruidos y de voces. Con esta algazara intentaban disimular las miradas furtivas que de todas partes se dirigían hacia él. Apenas había tenido tiempo Bond de abarcar de una ojeada todo un conjunto de muchachas jóvenes y atractivas, cuando —¡tremendo contraste!— Irma Bunt, vestida con una especie de après-ski color negro y naranja, se separó del grupo y salió a su encuentro:

—Sir Hilary, permítame que le presente a mis chicas.

Lo condujo de mesa en mesa, haciendo las presentaciones: diez apretones de manos, manos cálidas, frías, lánguidas, fuertes... En sus oídos resonaron los más diversos nombres femeninos: Ruby, Violet, Pearl, Elizabeth, Beryl... Pero todo fue tan rápido que no tuvo tiempo de ver más que una sucesión de caras hermosas y bronceadas por el sol, de jóvenes y magníficos bustos cubiertos por sendas chaquetas de punto. Por último, se instaló en el asiento que le habían reservado, entre Irma Bunt y una rubia escultural de grandes ojos azules. Bond se dejó caer en su silla, aplanado, casi aturdido por la impresión. A su lado apareció el barman, y Bond se recobró de su aturdimiento.

—Whisky con soda, por favor.

Se tomó un poco de tiempo para encender un cigarrillo. ¡Diez chicas, además de Irma! Todas ellas inglesas y todas aproximadamente de la misma edad: alrededor de los veinte años. Empleadas, probablemente. Azafatas o algo por el estilo. Sin duda estaban excitadas por el hecho de tener entre ellas a un hombre, un hombre bien parecido, y baronet por añadidura.

Bond se volvió hacia la rubia.

—Perdone. Me da apuro decírselo, pero no he oído bien su nombre... ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Ruby —su voz tenía un acento amable, y al mismo tiempo un sello distinguido y de esmerada educación—. Seguro que aquí se encuentra usted como el pez fuera del agua, ¿verdad? Quiero decir que un hombre solo entre tantas mujeres...

—Al contrario. Esto constituye para mí una sorpresa, una sorpresa muy agradable. Pero me resulta difícil aprenderme los nombres de todas ustedes... —se inclinó hacia ella, bajando la voz con aire de conspirador—. Sea usted buena chica y desígneme a cada una de sus compañeras por sus nombres respectivos.

La joven parecía contenta de poder complacerle.

—Con mucho gusto. Empezaré por la derecha. La que tiene a su lado es la señorita Irma Bunt, la «madre superiora», como si dijéramos. Ya la conoce. La que está frente a usted, ésa del jersey violeta, se llama precisamente Violet. Ahora pasemos a la mesa siguiente: la chica de la blusa Pucci verde y oro es Anne, y la que está a su lado, la de verde, es Pearl...

Mientras Ruby iba pasando lista a sus compañeras, Bond cazo al vuelo algunas frases sueltas de las conversaciones de las muchachas:

—... Fritz dice que no estoy aún bastante entrenada. Siempre Se me van los esquís hacia delante.

—A mí me ocurre tres cuartos de lo mismo —repuso otra, y añadió con una risita ahogada—: Tengo el trasero lleno de cardenales...

—¿Cómo estará Polly? Hace ya un mes que se ha marchado...

—El Conde dice que voy progresando mucho. ¡Qué pena nos va a dar tener que marcharnos de aquí! No quiero ni pensarlo...

La conversación siguió por estos derroteros en animado diálogo: el diálogo típico de un grupo de alegres y divertidas jóvenes que están aprendiendo a esquiar. Bond observó que hablaban con acentos distintos, acentos que correspondían a casi todos los dialectos y regiones de Inglaterra. Ruby terminó su explicación, diciendo:

—Y aquella de las perlas y el twin-set es Beryl. Bien, ¿cree usted que ahora nos distinguirá perfectamente sin equivocarse?

Bond clavó su mirada en los grandes ojos azules de la muchacha, que de pronto habían cobrado animación y viveza.

—Sinceramente, no. Tengo la misma sensación que uno de esos protagonistas de películas cómicas que se cuelan, sin darse cuenta, en un colegio de señoritas.

¡Terrible perspectiva! Se preguntaba cómo se las iba a arreglar aquella tarde y las siguientes con aquel inocente grupo de muchachas ingenuas y bien educadas. De repente se le ocurrió una idea; ¡un truco para romper el hielo! Pidió al barman un vaso con el borde mojado previamente en agua. Luego cogió una servilleta de papel y, después de esperar unos momentos para captar la atención general, dijo:

—Supongamos que uno de nosotros tuviera que pagar la cuenta de todas estas bebidas. Pues bien, voy a enseñarles a ustedes la forma de decidir quién debe pagar las consumiciones. Lo aprendí en el ejército.

Colocó el vaso en el centro de la mesa, desdobló la servilleta de papel y la puso bien tirante sobre la boca del vaso, de modo que quedara fuertemente adherida a los bordes del mismo. Luego sacó una moneda de cinco céntimos y la dejó caer con suavidad en el centro del papel estirado.

—¿Alguna de ustedes fuma, además de Violet? Necesitamos otras dos fumadoras.

Irma Bunt dio unas palmadas, llamando:

—¡Elizabeth, Beryl, venid! Y las demás, venid también, venid a ver un juego que va a hacer Sir Hilary.

—Y ahora —anunció Bond— empecemos. Ustedes tres van a hacer, una tras otra, lo siguiente dar una chupada al cigarrillo, sacudirlo para que caiga la ceniza en el cenicero... ¡así!, y, con la punta encendida, tocar la superficie de papel justo lo imprescindible para formar un minúsculo agujero... ¡así! ¿Lo ven? —El papel se chamuscó una pizca—. El quid está en ir haciendo agujeros hasta que el papel quede convertido en una especie de telaraña que aguante el peso de la moneda colocada en el centro. La persona que haga el último agujero, es decir, el decisivo, el que rompa una malla de la telaraña y haga caer la moneda en el vaso, ésa será la que pague las consumiciones. ¿Comprendido? Pues empiece usted, Violet.

Las muchachas encontraron emocionante aquel juego. Se apretujaron alrededor de la mesa, inclinando tanto las cabezas sobre Bond que sus sedosas y perfumadas melenas le cosquilleaban las mejillas. Las tres muchachas —Violet, Elizabeth y Beryl— habían comprendido rápidamente el truco: fueron chamuscando el papel con tal habilidad que la red así formada seguía aguantando sin romperse, hasta que al fin Bond, en un gesto de galantería, quemó deliberadamente una malla vital de la red. La moneda cayó tintineando en el fondo del vaso, entre una salva de carcajadas y aplausos entusiastas.

—¿Os habéis dado cuenta, chicas? —preguntó Irma Bunt, como si fuera ella quien hubiese inventado el juego—. Le toca pagar a Sir Hilary, ¿no es cierto? Realmente es un entretenimiento de lo más divertido... Bueno, y ahora —añadió, consultando su gran reloj de pulsera masculino— debemos terminar ya. Faltan sólo cinco minutos para la hora de la cena.

Se levantó un coro de protestas y voces suplicantes:

—¡Oh, por favor, señorita Bunt! ¡Otra vez!

Pero Bond, con diplomático tacto, se levantó de la mesa empuñando su vaso de whisky.

—Dejaremos esto para la próxima ocasión, ¿eh? Espero que no será motivo para que todas ustedes se habitúen a fumar. Yo creo que el inventor de este juego fue algún

fabricante de cigarrillos.

Las muchachas se echaron a reír, pero permanecieron un momento a su alrededor con una expresión admirativa. «¡Qué hombre tan simpático y divertido!», pensaron. Aquello resultó para ellas una sorpresa, pues habían esperado encontrarse con un caballero pomposo y aburrido. Bond se sentía, con toda razón, satisfecho de sí mismo. Ahora todos eran amigos. Le sería fácil obtener confidencias de las muchachas. Contento con su éxito fulminante, echó a andar detrás de los ceñidísimos pantalones de Irma Bunt, camino del comedor.

Las tres mesas sólo ocupaban un alejado rincón de aquella vasta sala, baja de techo, amueblada y decorada con todo lujo. Bond se sintió súbitamente cansado y agotado. De pronto comprendió el motivo de aquel cansancio: se hallaba ante el papel más difícil de toda su carrera. El enigma de Blofeld y del Piz Gloria estaba poniendo a prueba la resistencia de sus nervios. ¿Qué diablos haría Blofeld en realidad? ¿Qué estaría tramando? Muy seguro tenía que estar aquel hombre de que podría seguir instalado allí con toda tranquilidad, puesto que había invertido en aquella empresa lo menos un millón de libras esterlinas, aun dando por supuesto que hubiera contraído un gravamen hipotecario sobre el teleférico. El arriendo de una cumbre alpina y la construcción de un teleférico bajo hipoteca, con participación financiera de la Diputación Provincial —Bond lo sabía—, era uno de los más modernos procedimientos utilizados para colocar el capital de evasión y hacer inversiones seguras y rentables. Una vez que se ha logrado, con el concurso de las autoridades municipales, que los campesinos le concedan a uno el derecho de tránsito por sus prados y pastos y le autoricen a abrir trochas a través del cinturón de bosques para la instalación de torres de acero y cables y para la apertura de pistas, bastará con un poco de propaganda ofreciendo al público servicios de comidas y otras comodidades allá en plena montaña. Y si a esto se agrega, por ejemplo, el esnobismo de un club elegante y el intrigante misterio de un Instituto de Investigaciones dirigido por un Conde, la batalla está ya prácticamente ganada.

Bond salió de su abstracción. Era hora de reanudar su labor de sondeo. Haciendo un esfuerzo, se volvió hacia Irma Bunt:

—Señorita Bunt, antes de reunirnos en el bar, me entretuve un rato buscando su apellido en mis libros de consulta. Y lo que encontré es realmente interesante. El apellido alemán Bunt, al pasar a Inglaterra, degeneró en Bounty, y luego probablemente en la forma Brontë, pues el abuelo de la célebre familia de escritoras de este nombre, que se apellidaba Brunty, cambió este apellido por el de Brontë, porque le sonaba más distinguido y aristocrático. ¿No le parece interesantísimo? — Bond pensó que no estaría mal despertar en ella un poco de interés por su genealogía —. ¿Recuerda si sus antepasados tuvieron algún parentesco con familias inglesas? Verá usted, en Inglaterra existe el Ducado de Brontë, título conferido a Nelson. Sería interesantísimo descubrir una posible vinculación entre usted y esa familia británica.

El pez mordió el anzuelo. ¡Nada menos que duquesa...!

La mujer se puso a relatar la vida de sus antepasados con fatigoso lujo de detalles, sin dejar de mencionar, muy orgullosa, cierto parentesco lejano con un tal «Conde de Bunt». Bond la escuchó con cortés atención y, muy hábilmente, fue encauzando la conversación hacia el pasado más reciente de la mujer. Irma Bunt le dio a conocer los nombres y apellidos de sus padres. Bond los anotó cuidadosamente en su memoria. Con esto ya tenía material informativo suficiente para averiguar sin tardanza quién era en realidad Irma Bunt. ¡Qué razón tenía Sable Basilisk al asegurar que el fomento del esnobismo era un cebo infalible!

En aquel momento, el camarero jefe, que llevaba un rato como al acecho aguardando, cortés, una pausa en el diálogo, presentó las enormes cartas que contenían la lista de platos: allí había de todo, desde caviar hasta doble moca con whisky irlandés. Bond se decidió por pollo a la Gloria. Se quedó sorprendido al ver el entusiasmo con que Ruby alabó su elección.

—¡Qué bien ha sabido usted elegir, Sir Hilary! A mí también me encanta el pollo. Por favor, ¿puedo tomarlo yo también, señorita Bunt?

La muchacha pronunció estas palabras con tal pasión y vehemencia que Bond no pudo por menos de aguzar el oído y fijarse en el rostro de Irma Bunt para observar su reacción. En los ojos de la mujer se reflejó una curiosa expresión al dar su consentimiento. ¿Qué significaba aquello? Era algo más que un mero gesto de aprobación por el buen apetito de sus pupilas... ¡era una expresión de triunfo! ¡Qué extraño! Y el mismo fenómeno volvió a repetirse cuando Violet pidió, para acompañar su bistec, una enorme ración de patatas.

—¡Adoro las patatas! —exclamó la joven con entusiasmo—. Son riquísimas, ¿verdad, señorita Bunt?

¿Habrían preparado para aquel día una comida extraordinaria, haciendo una excepción dentro de un plan dietético riguroso? Estaba totalmente desorientado. Se volvió de nuevo hacia Ruby.

—Se habrá dado usted cuenta de lo interesante que es este tema de los apellidos —dijo Bond, para conseguir que la conversación recayera de nuevo sobre él—. Es muy posible que la señorita Bunt tenga derecho, aunque sea remoto, a reivindicar un título nobiliario inglés. Y a propósito, ¿cómo se apellida usted? Vamos a ver si podemos descubrir algo semejante respecto a su persona.

Fräulein Bunt los interrumpió bruscamente:

—Aquí no se nombra a nadie por su apellido, Sir Hilary. A las muchachas sólo las llamamos por su nombre de pila. Verá usted: esto forma parte del tratamiento, el cual requiere que se introduzca un cambio, una especie de transformación de la

personalidad, para ayudar a la curación. Mañana le explicará el Conde algo de esto, con toda seguridad. El día en que dé a conocer sus métodos, el mundo se quedará asombrado.

—De esto estoy convencido —dijo Bond con diplomática amabilidad.

Luego, cambiando de tema, se puso a hacer comentarios sobre la magnífica decoración de la sala, ya que esto le proporcionaba la oportunidad de fijarse atentamente en los camareros. No era difícil adivinar que tres de ellos eran de Córcega, tres de Alemania, otros tres probablemente de la región balcánica; en cuanto a los restantes, se veía que eran eslavos. Seguramente habría tres franceses en la cocina. ¿No seguía siendo ésta la antigua composición de ESPECTRA, calcada sobre el conocido patrón de la célula comunista: tres hombres tomados de cada una de las grandes organizaciones de gánsters y de los servicios de espionaje de Europa? ¿Acaso los tres eslavos habían sido miembros del antiguo SMERSH? Todos ellos daban la impresión de ser tipos duros y violentos, y hasta tenían un cierto aspecto de delincuentes profesionales. Observó que las muchachas los llamaban por los nombres de Fritz, Joseph, Ivan y Achmed. Indudablemente, algunos de ellos actuaban durante el día como monitores de esquí. «¡Vaya, vaya!», se dijo Bond. «O mucho me equivoco, o tengo que habérmelas con una banda completa de criminales».

Cuando acabó de cenar, Bond se retiró con el pretexto de que tenía que reanudar su trabajo. Subió a su habitación y, después de colocar ordenadamente sus libros y documentos sobre la mesa escritorio y la mesa suplementaria que le habían facilitado, se sentó con la cabeza inclinada, fingiendo trabajar intensivamente. Pero en realidad se puso a reflexionar una vez más sobre las impresiones y los acontecimientos del día.

A las diez oyó las voces de las muchachas, que se daban las buenas noches en el pasillo, y luego el chasquido de los pestillos al cerrarse las puertas tras ellas. Se desnudó, apagó la luz y se acostó boca arriba. Así estuvo un rato, con la mirada fija en la oscuridad. Después se volvió de costado y se quedó dormido.

## Capítulo VII

### PARA DESAYUNAR, UN MUERTO

James Bond se despertó sobresaltado al oír un grito. Era el alarido horrible de un hombre, como un aullido que subiera del infierno. La voz sostuvo un momento su primera nota aguda y penetrante y luego se extinguió rápidamente, como si el hombre se hubiera despeñado por un precipicio. El grito procedía de la derecha, posiblemente de un punto situado muy cerca de la estación del teleférico. Hasta en el cuarto de Bond, dotado de ventanas dobles que amortiguaban el ruido, sonó aquel alarido de un modo terrorífico.

Bond saltó de la cama y descorrió las cortinas... ¿Qué espectáculo se presentaría a sus ojos? ¿Una escena de pánico, de gentes corriendo en tropel? ¿O algo muy distinto? Pero allá fuera no se veía más que un hombre, uno de los monitores de esquí, que subía flemáticamente, a paso lento, por el trillado sendero de nieve que conducía desde la estación del teleférico hasta el edificio del Club. La espaciosa veranda de madera, que se extendía desde la fachada del Club hasta más allá del talud de rocas, aparecía desierta; pero ya habían dispuesto en ella las mesas para el desayuno. El sol brillaba con luz deslumbradora en un cielo completamente despejado. Bond consultó su reloj: eran las ocho. Por lo visto allí la gente madrugaba para el trabajo; pero también madrugaba la muerte. Porque no le cabía duda, aquel alarido había sido un grito de muerte. Se dirigió a la puerta y tocó el timbre.

Se presentó uno de los hombres que a él le habían parecido rusos. Bond adoptó una actitud de jefe militar y al mismo tiempo de gentleman.

—¿Cómo se llama usted?

—Peter, señor.

Bond estuvo tentado de replicar: «*Piotr, ¿no?*<sup>[12]</sup>. Y... ¿qué tal les va a todos mis viejos amigos del SMERSH?». Pero se contuvo y preguntó:

—¿Qué ha sido ese grito?

—Perdón, ¿cómo dice? —aquellos ojos grises como el granito, entrenados, a buen seguro, para observarlo todo sin perder detalle, miraron a Bond con una expresión cortésmente interrogante.

—Hace un momento, un hombre lanzó un grito. Debe de haber sido muy cerca de la estación del teleférico. ¿Qué ha ocurrido?

—Al parecer, uno de los monitores de esquí ha resbalado y se ha caído por una pendiente...

¿Cómo era posible que este «Piotr» estuviese ya enterado del asunto, cuando sólo habían transcurrido unos minutos desde que se oyó el grito?

—¿Está herido de gravedad?

—Es muy posible... ¿Qué desea el señor para el desayuno?

Con fingida preocupación, Bond dijo:

—Espero que al pobre hombre no le haya ocurrido nada grave. Luego, tomó la carta del menú que el otro le presentaba y escogió a su gusto.

—Si se entera de algún detalle más sobre lo ocurrido —le encargó—, comuníquemelo.

—Tenga la seguridad de que, si ha sucedido algo grave, la noticia será anunciada a todo el mundo.

Dicho esto, el hombre se retiró.

Bond se quedó un momento pensativo... Aquel grito le hizo comprender claramente que para él era de primordial importancia mantenerse en forma, por lo que pudiera ocurrir. Y así, antes de ducharse, dedicó un cuarto de hora —de bastante mala gana— a hacer ejercicios de entrenamiento para esquiar, flexiones de piernas y respiraciones profundas. Presentía ya que tendría que largarse de aquel lugar, ¡y muy pronto, además!

Cuando le trajeron el desayuno, lo depositó en la mesa escritorio y abrió una de las ventanas de doble vidriera, operación que le costó bastante trabajo. El aire inodoro y glacial de las cumbres inundó de pronto toda la habitación; Bond se dirigió al termostato y lo ajustó en el grado más elevado de la escala para poner la calefacción al máximo. Después, agachada la cabeza bajo el alféizar de la ventana, se tomó su frugal desayuno al tiempo que las muchachas se reunían allá fuera en la terraza. Estaban tan excitadas que hablaban en voz alta y aguda, claramente perceptible. Bond entendió a la perfección todo lo que decían.

—Sinceramente, yo creo que Sara no debiera haberlo delatado...

—Pero, bueno, eso de entrar de noche en su habitación y ponerse a acariciarla, ¡vamos, eso ya es demasiado!

—¿Quién era?

—Uno de los yugoslavos: Bertil...

—¡Ah, ya...! Ese tipo asqueroso, que tenía unos dientes tan horribles...

—No digas esas cosas. No se debe hablar mal de los muertos...

—Pero ¿cómo sabes tú que ha muerto? ¿Qué es lo que ha pasado en realidad?

—Pues... ése era uno de los hombres que todas las mañanas riegan el start de la pista de bob para dejarla lisa y resbaladiza. Fritz me ha contado que Bertil se escurrió o perdió el equilibrio, o algo por el estilo. El caso es que salió lanzado pista abajo a toda velocidad, como un trineo humano.

—¿Y no ha salido despedido en alguna de las curvas?

—No; al parecer siguió hasta abajo, estrellándose contra la caseta de cronometraje. Pero, en opinión de Fritz, ya estaba muerto antes de recorrer los doscientos primeros metros de la pista.

—Bueno, ¿sabes lo que te digo? Que ése ha sido el castigo por lo que había intentado hacer con Sara. El que las hace, las paga. ¡Siempre!

—Vamos; no seas ridícula. ¿Crees tú que Dios te infligiría a ti un castigo tan severo? Ah, mira, ahí viene Franz... Oiga, Franz, ¿quiere traerme huevos revueltos y café? Y, por favor, diga en la cocina que los huevos no estén demasiado hechos, sino como yo suelo tomarlos...

Bond encendió un cigarrillo y se recostó en su asiento. «No», pensó, «Dios no infligiría a nadie semejante castigo... ¡Pero Blofeld sí!». ¿Habrían llevado a ese Bertil hasta el Start, arrojándolo luego sobre la pista de bob? ¿O habrían ordenado a su camarada que echa se una zancadilla a la víctima, o que le diera un ligero empujón? ¡Dios del cielo, qué muerte! Bond recordó que, en una ocasión, había bajado de aquel modo la Cresta de St. Moritz en toda su longitud sólo a fin de demostrarse a sí mismo que tenía la valentía y el arrojo suficientes para realizar aquella hazaña. Pero, a pesar de ir armado de casco, provisto de una careta contra el viento y protegido por un traje acolchado con cuero y gomaespuma, había pasado sesenta segundos de un miedo cerval. ¿Cómo habría bajado aquel hombre por la pista: de cabeza, o con los pies por delante? ¡Dios, qué muerte! Una auténtica muerte estilo Blofeld, una típica venganza de ESPECTRA por el crimen que más grave se consideraba en una organización como aquella: ¡la desobediencia! Así pues, ESPECTRA había vuelto a ponerse en marcha... ¿En qué dirección esta vez?

A las once menos diez, Irma Bunt vino a buscarlo. Bond estaba ya vestido y preparado. Se había equipado en Londres —en los almacenes Lillywhites— con unas cuantas prendas de vestir que a él le parecieron apropiadas para un baronet y al mismo tiempo prácticas. No había querido elegir los modernos pantalones de esquí de tejido elástico, sino otros de tela suave, más cómodos, aunque un poco pasados de moda. Llevaba además una especie de cazadora ligera, ya usada, que normalmente solía ponerse para jugar al golf. Sus botas de esquiar, en cambio, eran nuevas y flamantes. Al entrar Fräulein Bunt, recogió unos cuantos papeles y salió tras ella.

Después de dar la vuelta por detrás del Club, tomaron un estrecho sendero bien trillado, dejando atrás un letrero en el que se leía esta advertencia: «Propiedad particular. Prohibido el paso».

En seguida se mostró a los ojos de Bond el edificio cuyo tejado en forma de terraza había visto la víspera. Era una construcción achatada, de un solo piso, como un tremendo bloque de granito. Sobre la terraza se alzaba una elevada antena de radio. Una vez dentro, Bond vio que el pasillo central tenía puertas a ambos lados. Reinaba allí un silencio sepulcral.

—Laboratorios —dijo Irma Bunt, señalando hacia las puertas—. Nada más que laboratorios. Y allí está la sala de conferencias, y más allá, las habitaciones particulares del Conde. Como usted ve, vive pared por medio con su trabajo. Su dedicación es total.

Al llegar al final del pasillo, Irma Bunt llamó a la última puerta, la del fondo.

—¡Herein! —dijo una voz desde el interior.

Presa de una tremenda emoción, James Bond traspuso el umbral. De una cosa estaba bien seguro: que, fuera como fuera, no iba a encontrar allí al primitivo Blofeld, a un Blofeld cortado por el patrón del año anterior.

Pero este Monsieur le Comte de Bleuville que ahora se levantaba de la tumbona instalada en su pequeña veranda particular, que salía de la luz del sol y entraba en su despacho con las manos tendidas en un ademán de cordial bienvenida, no parecía siquiera un pariente lejano del hombre cuya descripción figuraba en los archivos secretos...

Una profunda decepción se apoderó de Bond. Estaba descorazonado. El hombre que tenía delante era de elevada estatura, sí, y también sus manos y sus pies descalzos eran largos y estrechos, conforme a dicha descripción. Pero aquí terminaba todo el parecido. Tenía largo el cabello, un poco a estilo dandi, y de un hermoso plateado, no negro precisamente. Las orejas, que, según los datos que obraban en los archivos, deberían estar muy pegadas al cráneo, las tenía un poco separadas, y los marcadisimos lóbulos que figuraban en su ficha no existían en absoluto. Su cuerpo, cuyo peso debía haber alcanzado los 125 kilos y que ahora aparecía casi desnudo, sólo llevaba un calzón de baño negro, pesaría a lo sumo 75. Su boca no era fina; tenía unos labios más bien gruesos y de expresión cordial, y su sonrisa era afable, aunque quizás un poco rígida y estereotipada. Tenía la frente surcada de arrugas, y la nariz aguileña no concordaba con su ficha, ya que, según ésta, debía ser corta y chata; además, la ventana nasal derecha tenía el borde carcomido («probablemente, ¡pobre hombre!, a consecuencia de una sífilis terciaria», pensó Bond). ¿Y sus ojos? Tal vez los ojos hubieran podido traicionar algo del antiguo Blofeld si se hubieran mostrado sin velo alguno; pero daba la casualidad de que estaban ocultos por unas lentes de contacto de color verde oscuro que prestaban a su mirada una expresión algo

inquietante.

—¡Mi querido Sir Hilary, es para mí un verdadero placer!

Según los datos que obraban en los archivos del Servicio Secreto, la voz de Blofeld era apagada y monótona. Pero la voz que ahora lo saludaba sonaba clara, llena de vida y animación.

Bond estrechó la mano del Conde, cálida y de piel seca, y, furioso, se dijo a sí mismo: «Pero ¿es que este hombre no va a ser Blofeld? ¡Diablos, por fuerza tiene que serlo!».

—¿Salimos ahí fuera? Fíjese —dijo el Conde señalando con un gesto su cuerpo bronceado—, como usted ve soy un entusiasta del sol, hasta el punto de haber tenido que encargarse estas lentes de contacto fabricadas ex profeso para mí; de lo contrario, los rayos ultravioleta que se registran a esta altitud...

Dejó la frase sin terminar.

Bond se quitó la cazadora y siguió al Conde hasta la terraza. Cogió un sillón y lo acercó a la tumbona del Conde, colocándolo de modo que le permitiera observar bien el rostro de su anfitrión.

—Y bien —empezó el Conde de Bleuville—. ¿Qué es lo que tiene usted que decirme que hace necesaria esta entrevista personal? —Se volvió hacia Bond, mirándolo con su estática sonrisa—. No es que yo ponga peros a esta entrevista; al contrario, su visita me resulta muy agradable, extraordinariamente agradable. Así pues, usted dirá, Sir Hilary.

A Bond no le cogió de sorpresa esta primera pregunta, que ya estaba prevista, como es lógico. Sable Basilisk le había dado instrucciones sobre las dos posibles respuestas que había de dar a la misma: la primera, para el caso de que el Conde tuviera lóbulos en las orejas, y la segunda para el caso contrario. En consecuencia, Bond eligió la segunda respuesta, hablando en tono serio y comedido:

—Mi querido Conde —la adopción de esta fórmula de tratamiento parecía indicada, tanto por el cabello plateado del Conde como por sus encantadores y exquisitos modales—, como usted sabe, el College of Arms, al estudiar su caso, tropezó con una dificultad en sus investigaciones: me refiero a la laguna histórica existente entre la desaparición del linaje de los Bleuville y la aparición de los Blofeld en Augsburgo. Pero cierto hecho vino a darnos de pronto una esperanza: el descubrimiento de algo que hacía absolutamente necesaria una confrontación física, una entrevista cara a cara.

En este momento Bond empezó a explicar al Conde el caso del labio inferior de los Habsburgos y otros ejemplos que Sable Basilisk le había sugerido para esta ocasión. Luego, para subrayar de alguna manera la importancia de lo que iba a revelar, se

inclinó hacia delante y le dijo:

—¡Pues bien, hemos podido comprobar que también en la familia De Bleuville existe una característica física de este tipo! ¿Lo sabía usted?

—No; desconocía por completo ese detalle. ¿De qué se trata?

—Tengo buenas noticias para usted a ese respecto —Bond le dirigió una sonrisa como de felicitación—. En todas las efigies y retratos de los Bleuville que hemos encontrado, aparece un rasgo distintivo, una característica heredada de una importancia capital. Parece ser que ni un solo miembro de esta familia tenía lóbulos en las orejas.

El Conde se llevó instantáneamente las manos a sus pabellones auriculares. ¿Era una reacción involuntaria? ¿O una comedia muy bien representada?

—Ah, ya... —dijo lentamente—. Sí, ya comprendo... ¿Y necesitaban comprobar esto personalmente? ¿No les hubiera bastado mi palabra, o una fotografía mía?

Bond adoptó un aire un poco azorado y perplejo.

—Usted me perdonará, Conde. Pero el College of Arms se ajusta a unas normas estrictas cuyo cumplimiento yo no puedo eludir. Espero que usted sabrá comprender que, cuando se trata de títulos nobiliarios muy antiguos y prestigiosos, nuestro College tiene que adoptar toda clase de precauciones y garantías.

—Y ahora que ha visto usted por sí mismo el detalle que quería comprobar, ¿todavía considera dudoso o discutible mi derecho a este título?

Aquella era para Bond la barrera más difícil de salvar.

—Puede estar seguro de que lo que acabo de ver me autoriza a informar favorablemente y a recomendar que se prosiga la investigación, Conde. He traído conmigo los materiales básicos necesarios para hacer un primer esbozo de su árbol genealógico, esbozo que podré presentarle dentro de muy breves días. Pero, como ya le he dicho, existen todavía ciertas lagunas, y para mí es muy importante facilitar a Sable Basilisk datos convincentes sobre todas y cada una de las etapas de la emigración de su familia desde Augsburgo a Polonia. Avanzaríamos mucho en este terreno si pudiera suministrarme datos detallados sobre sus ascendientes por línea masculina. Pero, naturalmente, hay otra cosa que considero más importante aun: me gustaría que usted dispusiera de un día libre e hiciese conmigo una escapada a Augsburgo con objeto de comprobar si los nombres y otros detalles de los Blofeld que figuran en los archivos de aquella ciudad le recuerdan algo relacionado con este tema. Lo demás correría de nuestra cuenta en el College. Ha de saber que sólo dispongo de una semana para concluir la investigación que se me ha encomendado. Pero, durante este tiempo, estoy a su disposición para todo lo que desee.

El Conde se levantó y Bond se incorporó a su vez. Se dirigió distraídamente a la barandilla y se puso a admirar el magnífico panorama que se ofrecía a sus ojos. Durante esta entrevista, Bond había llegado a una conclusión cierta: en las características físicas y en el comportamiento del Conde no había ni un solo detalle que el antiguo Blofeld no hubiera sido capaz de forjar mediante una hábil simulación teatral y refinadas operaciones de cirugía estética en el rostro y en el abdomen. Lo único que no podía modificar la cirugía estética eran los ojos negros del viejo Blofeld; pero los del Conde estaban perfectamente disimulados tras unas lentes de contacto de color muy oscuro...

—Entonces ¿cree usted que, aunque queden en el aire algunas dudas que impidan ver con claridad este parentesco, sería posible conseguirme, a base de paciencia y trabajo, un Acte de Notoriété susceptible de ser reconocido y aprobado por el Ministerio de Justicia de París?

—¡Eso ni lo dude! —mintió Bond—. No olvide que cuenta usted con el apoyo del College of Arms, y que este apoyo es decisivo.

El Conde amplió un poco su estática sonrisa.

—Sería para mí una inmensa satisfacción, Sir Hilary. Porque realmente soy el Conde de Bleuville. Estoy persuadido de ello: lo noto en mi propia sangre... —en su voz vibraba un acento ardiente, apasionado—. No obstante, estoy firmemente decidido a hacer cuanto sea necesario para que mi derecho a este título se reconozca oficialmente. Será un placer para mí tenerle como huésped, y por mi parte estoy en todo momento a su disposición para ayudarle en sus investigaciones.

Bond dijo cortésmente:

—Muy bien, Conde. Le estoy muy agradecido. Y me voy a poner a trabajar ahora mismo.

## Capítulo VIII

### AL BORDE DEL PELIGRO

Bond regresó a su habitación. Al entrar, tuvo la precaución de dejar la puerta entreabierta. Inmediatamente sacó uno de sus enormes pliegos de papel cuadriculado y, en la parte superior de la hoja, escribió con mano firme: «Guillaume de Bleuville, 1207—1243». Debajo de este encabezamiento tenía ahora que ir copiando de sus libros y notas los datos correspondientes a cinco siglos de historia de la familia Bleuville, un trabajo aburrido que fácilmente podía distribuir en tres días. Y durante este tiempo tenía que descifrar el misterio de las verdaderas actividades e intenciones de la nueva ESPECTRA.

No cabía duda de que alguien había registrado y examinado sus efectos personales. Antes de su entrevista con el Conde, Bond había entrado en el baño, en cuyo techo no parecía haber cámaras o micrófonos ocultos que pudieran espiarlo, y allí se había arrancado unos cuantos cabellos y los había colocado entre sus diferentes papeles y dentro de su pasaporte, de modo que parecieran estar allí por pura casualidad. Pues bien, después de la entrevista, ¡los cabellos habían desaparecido! Sin inmutarse, sin pestañear siquiera, Bond se puso a trabajar, dando gracias al Cielo por no haber traído consigo nada que pudiera delatarlo. No le hacía ni pizca de gracia la idea de bajar por la pista de bob... sin trineo.

Cuando su boceto genealógico había llegado al año 1350, penso que ya había trabajado más que suficiente aquel día, y decidió salir a dar una vuelta por los alrededores para reconocer el terreno, decisión perfectamente natural en un recién llegado. Echó a andar por el pasillo y atravesó la sala de recepción. Desde allí descubrió, a la izquierda, la existencia de un taller que servía al mismo tiempo de cobertizo para guardar los esquís. Junto a uno de los bancos de trabajo se hallaba uno de aquellos tipos yugoslavos poniendo una atadura nueva a un esquí. Le dirigió una mirada fugaz y continuó su trabajo. Mientras tanto, Bond se dedicó a examinar con fingida curiosidad los esquís alineados en la pared. Luego se dirigió de nuevo al banco, pues había visto algo que atraía su atención con fuerza magnética. Este algo era un montón desordenado de delgadas tiras de plástico que se aplicaban en la atadura del esquí, entre la tabla y la suela de la bota. Apoyando el codo derecho en el banco de trabajo, Bond se inclinó ligeramente hacia el hombre e hizo unos comentarios elogiosos sobre la gran precisión con que ejecutaba su trabajo. El hombre lanzó un gruñido por toda respuesta y se concentró aún más en su quehacer. Entonces Bond deslizó la mano izquierda por debajo del codo que tenía apoyado; disimuladamente, se apoderó de una de las tiras y se la escondió en la manga. Después de hacer otras cuantas observaciones triviales, a las que no obtuvo la menor respuesta, se escabulló del pabellón de los esquís.

Cuando el hombre del taller oyó el chasquido de la puerta al cerrarse, se volvió hacia el montón de tiras de plástico y las contó escrupulosamente dos veces. A

continuación salió del cobertizo, se encaminó derecho al hombre de la sala de recepción y le dijo unas palabras en alemán. Este último afirmó con un movimiento de cabeza y, descolgando el teléfono, marcó el cero.

Mientras Bond caminaba perezosamente por el sendero que conducía a la estación del teleférico, sacó de la manga la tira de plástico y se la pasó al bolsillo del pantalón. Iba satisfecho de sí mismo; al menos ahora disponía de una herramienta: el clásico instrumento utilizado por los ladrones para abrir las cerraduras de seguridad tipo Yale.

Cuando se hallaba a cierta distancia del Club, frecuentado tan sólo por un reducidísimo número de personas del mundo elegante, Bond se mezcló con la típica masa de excursionistas que salían en enjambres de la estación del teleférico: esquiadores más o menos novatos que poco después bajaban inseguros por las fáciles pendientes de entrenamiento, pequeños grupos acompañados de sus monitores, y otros excursionistas a los que sólo interesaba el aire puro y los magníficos panoramas. La terraza del restaurante abierto al público en el edificio de falso estilo chalet estaba ya abarrotada de gente. Caminando a lo largo de esta terraza, por un trillado sendero de nieve que había bajo la misma, pronto llegó al *start* o punto de salida de la primera pista de la «Gloria Abfahrt». Allí se veía un gran cartel con la inscripción «GLORIA ABFAHRT» y encima, también aquí, la G roja bajo una corona condal. Más abajo se leían las indicaciones «ROT: FREIE FAHRT», «GELB: FREIE FAHRT» y «SCHWARZ: GESPERRT», lo cual significaba que estaba autorizado el descenso por las pistas roja y amarilla, mientras que la negra estaba cerrada, quizás a causa del peligro de un alud de nieve. Debajo del cartel, había un plano o mapa sinóptico de las tres pistas. Bond lo examinó atentamente, pensando que le convendría grabarse en la memoria, con preferencia, los detalles de la pista roja, ya que era la más frecuentada y la que presentaba menores dificultades. En el mapa se veían unas banderas señalizadoras de los colores rojo, amarillo y negro, y, en efecto, Bond, al mirar hacia abajo, pudo divisar en la montaña aquellas banderas ondeando al viento.

En sus años de adolescencia, Bond había aprendido a esquiar en St. Anton. Por cierto que durante su aprendizaje había obtenido magníficos resultados, y hasta llegó a ganar la medalla de oro; pero el estilo de aquella época era primitivo en comparación con el que ahora presenciaba en el Piz Gloria. Bond se preguntó cómo se las arreglaría si tuviera que bajar por aquella pista escalofriante. Seguro que ni se atrevería a tomar directamente el primer *schuss*<sup>[13]</sup>. Al cabo de cinco minutos, comenzarían a temblarle las piernas, no le cabía la menor duda. Se dio perfecta cuenta de que, a toda costa, debía seguir realizando ejercicios de entrenamiento.

Bond siguió adelante, guiándose por las flechas indicadoras que conducían a la GLORIA-EXPRESS-BOBBAHN, al otro lado de la estación del teleférico. Allí divisó la primera caseta —la cabina del *starter*— y más abajo una especie de garaje para guardar los trineos de bob carenados y los trineos-chasis. Una cadena con la

indicación «ABFAHRTEN TÄGLICH 9,00—11,00» cerraba la entrada de la pista de hielo que, azulada y resplandeciente, se alejaba formando una curva hacia la izquierda y desaparecía tras el talud de rocas. También allí había un mapa sinóptico que representaba, con todo detalle, la trayectoria en zigzag de la pista de hielo; las curvas y puntos peligrosos más importantes estaban señalizados con estos nombres pintorescos: «Trampolín de la muerte», «Recta de la bala de cañón», «S implacable», «Placer infernal», «Dislocador de huesos», y luego la recta final, designada con el nombre de «Calle del Paraíso». Bond se imaginó el drama de aquella mañana y volvió a oír aquel grito desgarrador. Sí, no había duda: aquella muerte llevaba el sello de Blofeld.

—¡Sir Hilary! ¡Sir Hilary!

Arrancado de su meditación, Bond se volvió, sobresaltado. En el sendero que conducía al Club, estaba *Fräulein* Bunt con sus cortos brazos puestos en jarras.

—¡Lunchtime! ¡Lunch!

—¡Ya voy! —contestó Bond, y echó a andar a grandes pasos ladera arriba.

Los ojos ambarinos de la mujer lo miraron de arriba abajo con manifiesta antipatía. Luego le volvió la espalda y echó a andar delante de él.

Durante unos momentos, Bond se puso a repasar mentalmente todo lo que había hecho aquella mañana. ¿Habría cometido algún error? Sí, era muy posible. En consecuencia, creyó lo más oportuno protegerse por adelantado con un reaseguro, por decirlo así. Al trasponer la puerta de la antesala de recepción, Bond dijo sin concederle importancia:

—Por cierto, señorita Bunt, he echado un vistazo al pabellón de los esquís...

La mujer se detuvo en seco. Bond observó que el recepcionista se inclinaba un poco más sobre el libro-registro de viajeros. Bond sacó del bolsillo el trozo de tira de plástico.

—¡He encontrado precisamente lo que necesitaba! —añadió, con la sonrisa de satisfacción más inocente del mundo—. Imagínese que yo, tonto de mí, olvidé traerme una regla. Y de pronto me encontré estos chismes en el banco del taller. ¡Justo lo que necesitaba! Así que he tomado prestada una de estas tiras. Supongo que no habrá ningún inconveniente. La devolveré cuando me marche, desde luego. Pero estos árboles genealógicos deben trazarse con una precisión milimétrica. Espero que no le importe —Bond le dirigió una sonrisa encantadora—. De todos modos, pensaba decírselo en cuanto la viera.

—No tiene importancia. Pero en lo sucesivo, cuando necesite algo, no dude usted en llamarme y pedírmelo, ¿eh? Y ahora, si quiere pasar a la terraza... Me reuniré con

usted dentro de un minuto.

Bond experimentó una auténtica sensación de alivio al sentirse de nuevo con las manos limpias. ¡Diablos! Tenía que andar con mucho cuidado, adoptar las máximas precauciones.

¿Hasta qué punto habría conseguido aparecer como un hombre inocente y tonto? Subió a la terraza, en la que había ya bastantes mesas ocupadas, y se dirigió a la que le indicaron. Allí estaban ya Ruby y Violet. Se sentó y pidió un martini doble con vodka, hielo y corteza de limón.

Al rato se presentó Irma Bunt y ocupó su asiento. Estuvo, una vez más, amable y condescendiente.

—Me alegro de saber que permanecerá todavía una semana con nosotros, Sir Hilary. ¿Cómo le ha ido en su entrevista con el Conde? ¿No le parece una persona muy interesante?

—¡Muy interesante, desde luego! Lo único que siento es que nuestra conversación ha sido demasiado breve, y que sólo hemos hablado de mi trabajo. Espero que el Conde no me considere descortés por no haberle hecho ninguna pregunta sobre su labor de investigación.

El rostro de Irma Bunt reflejó una marcada expresión de reserva.

—¡Oh, claro que no! Al Conde rara vez le gusta hablar de su trabajo. Y es que, como usted sabrá, en estos ramos tan especializados de la ciencia existe mucha envidia e incluso (duele decirlo, pero es la verdad) una gran cantidad de atentados contra la propiedad intelectual —otra vez aquella sonrisa de maniquí—. Naturalmente, no me refiero a usted, mi querido Sir Hilary, sino a los espías sin escrúpulos de algunas empresas que trabajan en el campo de la Química. Y ésta es precisamente la razón por la que nos mantenemos tan alejados del mundo en esta especie de nido de águilas. La policía del valle colabora magníficamente con nosotros y nos protege de los intrusos. Las autoridades de este país saben apreciar plenamente la obra del Conde.

—¿Se refiere usted a sus trabajos de investigación sobre las alergias?

—Exactamente.

A su lado apareció el camarero jefe. Sus tacones entrecocaron militarmente produciendo un ruido perceptible. Se distribuyeron las cartas del menú. Trajeron a Bond la bebida que había pedido. Echó un largo trago y ordenó huevos a *la Gloria* y ensalada de lechuga. A Ruby le sirvieron pollo otra vez y a Violet, un asado frío con «montañas de patatas». Irma Bunt tomó requesón y ensalada.

—Pero ¿es que ustedes, señoritas, nunca toman más que pollo y patatas? ¿Acaso tiene

algo que ver con sus afecciones alérgicas?

Ruby empezó diciendo:

—Pues hasta cierto punto sí. La verdad es que se me ha despertado el apetito por este manjar y ahora me chillan literalmente los...

Irma Bunt la interrumpió bruscamente:

—¡Pero, Ruby! Sabes muy bien que no se debe hablar en absoluto de los métodos de tratamiento. ¡Ni siquiera con nuestro buen amigo Sir Hilary! —y, señalando con la mano las mesas circundantes, se apresuró a añadir—: Un público de lo más interesante, ¿no le parece, Sir Hilary? Realmente hemos conseguido atraer a este lugar a toda la crema internacional de Gstaad y St. Moritz. Ahí tiene usted, por ejemplo, a su paisano el Duque de Marlborough... ¿Lo ve usted? Ese que está allí detrás, con aquel alegre y divertido grupo de jóvenes. A su lado están Mr. Whitney y Lady Daphne Straight. ¿Verdad que ella es muy elegante? Los dos esquían estupendamente. Y aquella chica escultural de la melena rubia que esta sentada a la mesa grande es Ursula Andress, la actriz de cine. ¿No le parece sensacional para ser ésta nuestra primera temporada?

Bond asintió con cortés amabilidad. Se empezó a servir el almuerzo. Hubo de reconocer que los huevos estaban deliciosos, y dedicó grandes elogios a la excelente cocina del restaurante.

—Gracias —repuso Irma Bunt—. Pues sí; tenemos tres jefes de cocina franceses verdaderos expertos en gastronomía. Y es que los hombres son muy hábiles como cocineros, ¿no cree usted?

Más que verlo, Bond sintió que un hombre se dirigía hacia su mesa. Tenía porte militar, sería mas o menos de su misma edad y su semblante reflejaba una ligera perplejidad. Se acercó a Bond y, después de hacer una ligera reverencia a las damas, dijo:

—Discúlpeme, pero es que he visto su nombre en el libro de registro de huéspedes... Es usted Hilary Bray, ¿verdad?

—Para servirle.

Y se levantó rápidamente, cuidando de dar la espalda a la mesa y sobre todo a Irma Bunt. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó ruidosamente para evitar que se oyera la siguiente pregunta, que podría ser fatal para él.

—¿Sirvió usted en los Lovat Scouts durante la guerra?

—¡Ah! —exclamó Bond, con el rostro súbitamente entristecido, como exigían las

circunstancias. En voz baja y un poco ronca, prosiguió—: Por lo que veo se refiere usted a mi primo, de Ben Trilleachan. El pobre murió hace unos seis meses. Yo heredé el título.

—¡Dios mío! —dijo el hombre, y desapareció de su rostro aquella expresión de perplejidad que mostrara al principio—. ¡Cuánto me apena esta noticia! ¡Es curioso! No he visto la noticia de su muerte en el *Times*. Siempre leo la sección de «Nacimientos, Bodas y Defunciones». ¿Cómo murió?

—Se despeñó por una de esas malditas montañas que él solía escalar y se desnucó.

—¡Dios Santo! ¡Pobre muchacho! Tenía la manía de andar siempre escalando cumbres completamente solo. Tengo que escribir inmediatamente a Jenny —tendió la mano a Bond—. Siento mucho haberle molestado con esta intromisión. Ya me parecía un poco extraño encontrar al antiguo Sir Hilary en un lugar como éste. Bien, hasta la vista entonces, y discúlpeme una vez más.

El hombre se retiró entre las mesas y se reunió —según pudo observar Bond de reojo— con un grupo de personas de aspecto inconfundiblemente inglés.

Bond volvió a sentarse, cogió su vaso, lo vació de un trago y siguió comiendo. Sentía la frente empapada en sudor, sacó el pañuelo y se secó. Irma Bunt no le quitaba ojo.

—¡Uf! ¡Qué calor hace aquí, al sol! ¿Qué iba a decirles? Ah, sí: ese señor era un amigo de mi primo. Y resulta que mi primo tenía el mismo nombre y apellido que yo. Pariente colateral. No hace mucho que ha muerto el pobre chico.

Los ojos amarillos de *Fräulein* Bunt, clavados en los de Bond, tenían una expresión inquisitiva y llena de curiosidad.

—¡Qué coincidencia! ¿Se parecían mucho su primo y usted?

—Mucho —contestó Bond con vehemencia—. Como dos gotas de agua. Tanto es así, que la gente solía confundirnos.

Miró, por encima de las mesas, al grupo de ingleses. A Dios gracias, estaban ya recogiendo sus bártulos y se disponían a marcharse. Era uno de esos grupos de esquiadores típicamente ingleses.

Charlando alegre frente a su taza de café, Bond pensó para sus adentros: «¡De buena me he escapado! ¡Qué situación tan comprometida! ¡Y por segunda vez en un mismo día! Realmente puedo decir que he tenido suerte...».

## Capítulo IX

¿RUBY, PRINCESA?

Mi querido Sable Basilisk:

He llegado sin novedad a este hermoso rincón de Suiza... ¡En helicóptero, fíjese bien! Se trata del Piz Gloria, a 3200 metros de altitud, en plena Engadina. Aquí se encuentra uno realmente satisfecho y a gusto, gracias sobre todo al magnífico personal de la casa, compuesto por diez hombres de diferentes nacionalidades y una competéntísima secretaria del Conde, *Fräulein* Irma Bunt. Esta señorita es natural de Munich, según me ha dicho.

Esta mañana he tenido una entrevista fructífera con el Conde, que me ha expresado su deseo de que me quede aquí por espacio de una semana para completar un primer boceto de su árbol genealógico. Siete días son muchos días, desde luego, pero espero que pueda usted arreglarse sin mí todo este tiempo. El Conde, aunque muy ocupado con sus trabajos de investigación sobre las afecciones alérgicas y sus causas (tiene como pacientes a diez muchachas inglesas), ha convenido conmigo en que nos veremos todos los días, pues confía en que los dos, en estrecha colaboración, conseguiremos llenar la laguna histórica producida por la emigración de los Bleuville cuando se trasladaron de Augsburgo a una ciudad de Polonia. Para los fines de que hablamos en Londres, le he sugerido al Conde la conveniencia de concluir nuestra labor de investigación con una rápida visita a Augsburgo, pero todavía no me ha comunicado su decisión a este respecto.

Ruégole diga a mi prima Jenny Bray que probablemente recibirá una carta de un amigo de su difunto marido; al parecer, este amigo sirvió con él en los Lovat Scouts durante la guerra. Dicho señor se me acercó esta mañana, durante el almuerzo, confundidéndome con el otro Hilary. ¡También es coincidencia!

Y ahora pasaré a hablarle del descubrimiento más interesante que he realizado desde que llegué aquí: el Conde no tiene lóbulos en las orejas ¿No es una buena noticia? Además, por su aspecto, presentación y refinados modales, da la impresión de ser una persona verdaderamente distinguida. Tiene una cabeza bien formada, cabellos plateados y una sonrisa encantadora. Desgraciadamente se ve obligado a usar lentes de contacto a causa de la debilidad de su vista y de la fuerte radiación solar propia de estas alturas; además su nariz aguileña está un poco afeada por cierto defecto en una de las ventanas nasales, que, a mi juicio, podría haberse corregido fácilmente mediante una operación de cirugía facial. Habla un inglés impecable con un gracioso tono cantarín. Estoy seguro de que vamos a entendernos muy bien.

Ahora quisiera hacerle un ruego relacionado con el trabajo que se me ha encomendado. Me prestaría usted una ayuda preciosa si pudiera ponerse en contacto con la vieja y prestigiosa editora del Almanaque Gotha para averiguar si disponen allí

de datos que puedan ayudarnos a llenar las lagunas de la ascendencia del Conde. Acaso dispongan de alguna pista. Cablegráfieme todo cuanto pueda ser de utilidad. Ahora que tenemos esta prueba de los lóbulos, estoy seguro de que existe realmente esa vinculación entre el Conde y los Bleuville.

Y nada más por hoy.

Reciba usted un cordial saludo de su afectísimo amigo,

Hilary Bray

Post Data: Esta mañana ha ocurrido aquí un accidente terrible. No le diga nada de esto a mi madre, pues sufriría mucho pensando en los peligros que pudieran amenazarme en medio de las nieves eternas. Un miembro del personal de esta residencia —al parecer un yugoslavo— resbaló en la pista de bob, precipitándose a toda velocidad por la pendiente hasta llegar al mismo valle. ¡Qué espantoso! Creo que lo entierran mañana en Pontresina. A mi Juicio, deberíamos encargarnos de una corona o algo por el estilo. ¿Qué le parece?

H. B.

Bond releyó la carta. Quedó satisfecho. Estas líneas proporcionarían a los jefes encargados de la Operación «Corona» abundante material para empezar a trabajar; sobre todo les daba a entender, de una manera velada, que debían averiguar en el Registro Civil de Pontresina el nombre y apellidos del muerto. Bond tenía la seguridad de que abrirían esta carta al vapor y harían una fotocopia de su contenido antes de echarla al correo. Naturalmente, no descartaba tampoco la posibilidad de que la destruyeran. Pero su jactanciosa y falaz alusión al Almanaque de Gotha impediría que hicieran semejante cosa, ya que esto sería perjudicial para las pretensiones de Blofeld.

Bond pulsó el botón del timbre y entregó la carta para que la llevaran al correo; seguidamente reanudó su trabajo, el cual consistió de momento en meterse en el cuarto de baño y recortar de la tira de plástico varios trozos de unos cinco centímetros de largo cada uno. La parte restante de la tira constituiría la regla graduada que fingió necesitar. En ella hizo Bond dieciocho marcas separadas por distancias de una pulgada. A continuación se sentó a su mesa de trabajo y empezó el bosquejo correspondiente a otros cien años del árbol genealógico de los Bleuville.

A las cinco de la tarde había oscurecido de tal manera que no veía para trabajar. Se levantó a encender la luz cuando de pronto se abrió la puerta para volver a cerrarse inmediatamente, aunque no del todo, pues quedaba una rendija de la anchura de un dedo. Era Ruby. La muchacha se llevó un dedo a los labios y señaló con un gesto el cuarto de baño. Bond la siguió y entraron allí, cerrando la puerta por dentro. Él encendió la luz. La muchacha se ruborizó y susurró suplicante:

—Oh, por favor, Sir Hilary, discúlpeme; pero quisiera hablar unas palabras con usted.

—Con mucho gusto, Ruby; pero ¿por qué en el cuarto de baño precisamente?

—Ah, pero ¿es que no lo sabe? No, ya veo que no. Se trata de un secreto que se quiere guardar a toda costa... Verá usted: todas las habitaciones tienen micrófonos ocultos. No sé dónde están instalados; pero varias veces las chicas nos hemos reunido a charlar en alguna de nuestras habitaciones y hemos comprobado que la señorita Bunt se enteró de ello en todas las ocasiones. Es más: creemos que hay algo así como cámaras de televisión. Por eso —la muchacha lanzó una risita nerviosa— siempre nos desnudamos en el cuarto de baño. Y es que una tiene la impresión de que la están observando continuamente. Yo creo que todo esto tiene algo que ver con el tratamiento terapéutico...

—Sí... Eso mismo creo yo.

—Pues, a lo que iba, Sir Hilary. Me causó una profunda impresión lo que dijo ayer durante la cena: eso de que la señorita Bunt podría ser duquesa. ¿De verdad es posible?

—¡Y tan posible! —dijo Bond sin pestañear.

—Ayer quedé profundamente decepcionada al no poder decirle mi apellido. Y es que... ¿sabe usted? —sus ojos se agrandaron de emoción— ¡yo me apellido Windsor! En mi familia siempre se ha dicho que estábamos lejanamente emparentados con la Familia Real.

—¡Caramba, eso sí que es interesante! —«¡Miserable embustero!», se dijo a sí mismo Bond—. ¿De qué parte de Inglaterra es usted? ¿Dónde nació?

—En el condado de Lancaster. En Morecambe Bay, famosa por sus camarones. Pero también abundan allí las aves de corral, ¿sabe usted?

—Por eso le gusta tanto el pollo.

—Bueno, al principio no; todo lo contrario. Era alérgica a estas aves. No era capaz de soportar los pollos: me repugnaba su plumaje, su estúpido modo de picotear, su porquería, el olor que despiden... ¡Los detestaba! Cuando comía pollo, hasta me salían ronchas en la piel. Aquello era horrible y, naturalmente, mis padres estaban irritados conmigo, pues poseen una importantísima granja avícola y, claro, esperaban que les ayudase a limpiar las baterías de cría: ya sabe usted, esa instalación para la producción masiva de pollos. Y entonces, un buen día, vi un anuncio en las *Revista de Avicultura*. Decía que todo aquél que sufriera una alergia producida por las aves podía solicitar un tratamiento terapéutico dirigiéndose a un instituto de Suiza en el que se realizaban investigaciones científicas sobre esta clase de afecciones. No sólo era completamente gratuito, sino que, además, se le darían al paciente diez libras

semanales para sus gastos menudos. Entonces envié una solicitud. Me pagaron el billete hasta Londres y me entrevisté con la señorita Bunt, la cual me sometió a una especie de examen.

»Sólo Dios sabe cómo pude salir airosa de la prueba, si se tiene en cuenta que me suspendieron dos veces en mi reválida de bachillerato elemental. Pero ella me dijo que yo era precisamente lo que el Instituto necesitaba. Y así me vine aquí, donde llevo ya dos meses. Y no se está mal del todo. Cierto es que nos vemos sometidas a una disciplina muy severa; pero el caso es que el Conde me ha curado por completo. Ahora me encantan los pollos —sus ojos resplandecieron repentinamente de entusiasmo—. ¡Creo que son las aves más hermosas y maravillosas del mundo!

—¡Qué estupendo! ¡Es fantástico! —repuso Bond, aunque de momento estaba hecho un lío, sin saber qué pensar de todo aquello—. Bien, pasemos ahora a la cuestión de su apellido. Quiero ponerme a trabajar inmediatamente sobre este asunto. Pero ¿cómo podríamos hablar de esto los dos a solas? El único sitio posible es mi habitación o la de usted...

—¿Por la noche... quiere decir? —en los ojos azules, muy abiertos, había una mezcla de turbación, nerviosismo y expectación pudibunda.

—Sí, creo que es la única solución posible.

Bond avanzó un paso hacia ella y la besó en la boca. Luego la abrazó desmañadamente, como si no estuviera acostumbrado a esas cosas, y le susurró al oído:

—¿Sabe? ¡La encuentro a usted irresistiblemente atractiva y simpática!

—¡Oh, Sir Hilary!

Pero la muchacha no retrocedió; al contrario, se quedó quieta como una preciosa muñeca de carne y hueso, en actitud pasiva, un tanto calculadora, con la ilusión de ser princesa.

—Bueno, pero ¿cómo se las va a arreglar para salir de aquí? Hay ahí fuera una especie de centinela que va y viene por el pasillo a intervalos muy frecuentes. Aunque también es verdad que —se veía que la muchacha estaba haciéndose sus cuentas— que la habitación de usted está contigua a la mía. ¡Mi habitación es la número tres!

Bond sacó del bolsillo una de las tiritas de plástico y se la mostró a la joven, diciéndole:

—Ya presentía yo que usted estaba cerca de mí. Sin duda era una intuición. —«Eres un don Juan de tres al cuarto», se dijo a sí mismo—. Verá, he aprendido algunos

trucos en el ejército. Las puertas de este tipo pueden abrirse introduciendo este chisme en la rendija a la altura del picaporte y empujándolo suavemente. Esto hace que el pestillo se corra. Guárdese esta tira; yo tengo otra. ¡Pero escóndala bien! Y prométame que no dirá una palabra de esto a nadie.

—Oh, es usted algo... ¡único! ¡Pues claro que se lo prometo! Pero dígame, ¿cree que hay alguna esperanza..., alguna posibilidad... tocante al apellido Windsor, quiero decir?

Al mismo tiempo la muchacha le echaba los brazos al cuello —aquel cuello de brujo — mirándole con sus grandes ojos azules, tentadores y suplicantes.

—Desde luego, no debe hacerse demasiadas ilusiones a ese respecto —repuso Bond en tono resuelto—. No obstante, voy a echar ahora mismo una ojeada rápida a mis libros. Ya falta poco para la hora del aperitivo; pero, de todos modos, voy a darles un repaso.

Y besó de nuevo a la muchacha. Fue un beso largo y, a su juicio, realmente magnífico, al que ella correspondió con tan apasionado entusiasmo que le tranquilizó un poco la conciencia.

—Y a hora, nena, es preciso que salgas de aquí.

En la habitación de Bond reinaba una oscuridad total. Los dos se pusieron a escuchar desde dentro arrimando el oído a la puerta, como dos niños que estuvieran jugando al escondite. No se oía ni el más leve ruido en toda la casa. Luego él abrió un poquitín la puerta, dio a Ruby una palmadita en las nalgas y la muchacha desapareció.

Bond aguardó unos instantes. Luego encendió la luz y echó mano al *Diccionario de Apellidos y Sobrenombres Ingleses*. A eso de las seis, se sintió acometido por un fuerte dolor de cabeza, debido a las largas horas que había pasado buscando datos en aquel libro de letra menuda y apretada.

Tomó una ducha rápida, se vistió, tocó el timbre para que el cancerbero le abriera la puerta y se dirigió al bar.

Todavía no habían llegado más que unas pocas muchachas. Vio a Violet sola en la barra y se sentó a su lado. Pidió un bourbon *on the rocks*, echó un buen trago y dejó el vaso rechoncho encima del mostrador.

—¡Dios, qué ganas tenía de tomar esto! Lo necesitaba de verdad. He trabajado como un esclavo todo el santo día, mientras ustedes se divertían de lo lindo en las pistas de esquí, a pleno sol.

—¿Divertirme yo? —replicó Violet indignada, con un leve acento irlandés—. Esta mañana he tenido que aguantar dos conferencias mortalmente aburridas. Y luego me

he pasado casi toda la tarde leyendo... ¡Me quedaban por repasar tantas cosas!

—Pero ¿qué es lo que tiene usted que leer?

—Oh, temas idiotas sobre agricultura —sus ojos negros lo miraron detenidamente, como estudiándolo—. Bueno, dejemos eso; ya sabe que no nos está permitido hablar de cosas relacionadas con nuestro tratamiento terapéutico.

—De acuerdo —repuso Bond de muy buen humor—. Entonces hablaremos de otros temas. Por ejemplo: ¿de dónde es usted?

—De Irlanda, de la región del Sur. Una localidad próxima a Shannon.

—¡Ah, la tierra de las patatas! —aventuró Bond.

—Eso es. Yo había llegado a aborrecerlas. Siempre comiendo patatas, sólo patatas, siempre hablando de patatas: cultivo de las patatas, cosecha de patatas, precio de las patatas... ¡Espantoso! Pero ahora, ¡menuda sorpresa se va a llevar mi familia cuando regrese a Irlanda!

—¿Cómo es eso?

—Pues me refiero a todo lo que he aprendido aquí: el mejoramiento de la producción, los métodos científicos más recientes, productos químicos y...

Se interrumpió bruscamente, pues sin duda acababa de ver algo por encima del hombro de su interlocutor. Instantáneamente cambió de tema, sin inmutarse, y se puso a hablar de deportes:

—... y ¡nada!, que no consigo doblar la espalda como es debido. Y cuando intento hacerlo, siempre pierdo el equilibrio.

—Siento no poder ayudarla, porque yo apenas entiendo nada de esquí —repuso Bond, elevando ex profeso el tono de su voz.

En el espejo situado en la parte alta del bar se reflejó de pronto la imagen de Irma Bunt.

—¡Sir Hilary! —exclamó examinando el rostro de Bond—. ¡Vaya, vaya, veo que el sol ha comenzado a broncear su piel! ¿No se ha fijado usted? Vengan, vamos a sentarnos a la mesa. Allí está va la pobre Ruby, completamente sola.

La siguieron como corderos. A Bond le resultaba divertido comprobar que las muchachas, más o menos inconscientemente, tendían a sabotear las normas del régimen interior de la casa. Tenía que actuar con cuidado para evitar que las jóvenes se pusieran excesivamente de su parte. Pero, por mucho que disgustase al Conde su

excesiva familiaridad con las muchachas, tenía que averiguar por lo menos sus apellidos y direcciones. Ruby le iba a servir de gran ayuda, estaba seguro. Se sentó junto a ella, rozando su hombro, como por casualidad, con el dorso de la mano.

Pidieron más bebidas. Bond sintió que, gracias al whisky, iba desapareciendo su tensión nerviosa. Se volvió hacia *Fräulein* Bunt:

—A propósito, señorita Bunt. Se me acaba de ocurrir una idea. Si pudiera disponer de un poco de tiempo libre, me gustaría muchísimo bajar en el teleférico hasta el valle. Por las conversaciones de la gente, he podido enterarme de que al otro lado está St. Moritz. No lo conozco. Y tengo una ilusión tremenda por ver esa ciudad y sus alrededores.

—Lo siento de veras, Sir Hilary. Es una verdadera lástima, pero no me es posible complacerle. Ha de saber usted que el uso del teleférico está reservado exclusivamente a los turistas. Aquí somos... ¿cómo diría yo? ...una pequeña comunidad dedicada a su trabajo, llevamos una vida casi monástica. Y es mejor así. Estoy segura de que me dará la razón. Y, además, creo que necesitará todo su tiempo para concluir esa investigación que lleva a cabo para el Conde. No —añadió con tono imperativo—, me temo que no va a ser posible satisfacer su deseo.

Dicho esto, consultó su reloj y dio unas palmadas.

—Bueno, chicas —elevó la voz—, ya es hora de cenar. ¡Hala, vamos!

La petición de Bond no había sido más que una especie de globo sonda para ver qué forma iba a adoptar la negativa. Pero, aun así, cuando se dirigía tras Irma Bunt al comedor, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no confundir el trasero de la *Fräulein* con un balón de fútbol y no darle un formidable puntapié...

## Capítulo X

### AL ROJO VIVO

Eran las once de la noche. En la casa reinaba un silencio sepulcral. Bond, en atención al objetivo disimulado en el lecho, hizo deliberadamente los movimientos normales de entrar en el baño, acostarse y apagar la luz. Luego dejó pasar unos diez minutos, al cabo de los cuales se levantó de la cama sin hacer el menor ruido y se puso la camisa y el pantalón. A tientas introdujo el extremo de la tira de plástico en la rendija de la puerta, llevándolo hasta el nivel de la cerradura, y suavemente lo fue empujando hasta que la punta de la tira presionó el extremo biselado del pestillo, corriéndolo hacia atrás. Luego se puso a escuchar, asomando cautelosamente la cabeza por la abertura de la puerta. El pasillo estaba desierto. Dio unos pasos y se encontró frente a la habitación número tres. Con todo cuidado, hizo girar el pomo de la puerta. En el interior reinaba la más profunda oscuridad, pero Bond notó que algo se movía en la cama. Se acercó a ella sigilosamente y se sentó en el borde.

De la oscuridad salió una mano que rozó su cuerpo. Los labios de Bond tropezaron con los de la muchacha. Esta suspiró quedamente bajo la suave presión y susurro:

—¿Verdad que me quieres un poquito?

«¡Siempre lo mismo!», exclamó Bond para sus adentros. Él le contestó también en un susurro:

—Tú eres para mí la más guapa y adorable de las chicas. Siento no haberte conocido mucho antes.

Esta manida mentira fue, al parecer, suficiente para la muchacha. Notó Bond que su cabello olía a heno recién cortado; su boca, a «Pepsodent», y su cuerpo, a polvos de talco perfumados para bebés. Afuera, con la noche, se había levantado un poco de viento, que gemía en torno al edificio. Todo esto creaba una atmósfera especial, un estado anímico en que los abrazos adquirían mayor intimidad y calor de nido; ahora ya eran algo más que dos enamorados: tenían la sensación de ser verdaderos amigos.

Al cabo de un rato, Bond murmuró a su oído:

—Ruby...

—¿Hmmm...?

—En cuanto a tu nombre..., a tu apellido, quiero decir..., me temo que no hay muchas esperanzas...

—Bueno. A decir verdad, nunca he creído seriamente que las hubiera. Ya sabes que en las familias suelen contarse viejas leyendas, historias puramente fantásticas...

—No obstante, en cuanto regrese a Inglaterra, volveré a investigar a fondo el asunto. Te lo prometo. Y luego te enviaré... un pergamino así de grande con tu árbol genealógico, adornado con grandes letras floreadas...

Volvieron a quedar en silencio. La muchacha respiraba ahora a un ritmo normal, completamente regular. Bond pensó: «¡Qué extraño me parece todo esto! Aquí, en estas cumbres solitarias, a una distancia abrumadora del más próximo caserío del valle; aquí, en esta pequeña habitación, hay paz, quietud, calor de nido, felicidad, y por lo tanto muchos de los elementos que constituyen el verdadero amor».

Acababa de consultar la esfera luminosa de su reloj de pulsera, cuando comenzó a vibrar, imperioso como un toque de atención, el sonido de un timbre eléctrico, musical, melódico, de tonalidades profundas, procedente de algún punto situado debajo del piso, tal vez de los sótanos del edificio. La muchacha se revolvió en la cama, murmurando con voz soñolienta:

—¡Qué fastidio...!

—¿Qué es eso? —preguntó Bond.

—Es el tratamiento... ¿Son ya las doce?

—Sí.

—Tú no te preocupes... No hagas caso; esto reza sólo conmigo.

Cesó el sonido del timbre para dejar paso a un zumbido de tono grave parecido al ruido sordo de un ventilador, acompañado de un tictac rítmico, como el de un metrónomo. Era una combinación de sonidos que producía un efecto maravillosamente sedante y tranquilizador y que al mismo tiempo le obligaba a uno a mantener la atención despierta, pero... sólo en el umbral de la recepción consciente, como el ruido lejano del mar o del viento. Luego se oyó una voz reproducida probablemente en cinta magnetofónica: era la voz del Conde. Sonaba como un canto monótono; de tono profundo y grave, acariciador y al mismo tiempo autoritario, en el que se percibía con absoluta claridad cada una de las palabras:

«Ahora te vas a dormir». En la palabra «dormir» la voz bajó de tono, convirtiéndose casi en un susurro. «Estás fatigada, muy fatigada; tus brazos y piernas pesan, pesan como plomo». Otro descenso del tono en la última palabra. «Todo tu cuerpo está fatigado y pesa como plomo. Ahora sientes un calor tibio y agradable; estás cómoda y tranquila; poco a poco, poco a poco, te vas quedando dormida; la cama es blanda y suave como un nido; eres como un pollito en su nido, como un pollito tierno, aterciopelado y encantador acurrucado y dormido en su nido».

En este momento se produjo una serie de ruidos amortiguados como aleteos de pájaros y el tenue y soñoliento cacareo de una gallina que cobijara a sus polluelos

bajo las alas. A continuación volvió a oírse la voz:

«Los pequeñuelos están a punto de dormirse. Tú los quieres mucho, mucho, mucho... Tú quieres a todos los pollitos. En lo sucesivo desearás verlos crecer, fuertes y hermosos. Muy pronto volverás a tu casa y podrás cuidar y mimar a tus queridos pollitos. Muy pronto podrás cuidar a todos los pollos de tu país. Entonces te será dado mejorar la cría y la raza de pollos en toda Inglaterra. De este modo estará en tu mano hacer mucho bien, y con ello te sentirás feliz, muy feliz. Pero no deberás hablar de esto a nadie. No revelarás nada sobre tu método. Será un secreto tuyo, un secreto íntimo y exclusivamente tuyo. Los profanos intentarán arrancarte este secreto. Pero tú no dirás nada. Miles, millones de pollos serán felices gracias a ti. Pero tú no dirás nada y guardarás tu secreto para ti sola. Tendrás presente en todo momento lo que te digo...».

La voz susurrante se fue alejando, alejando... El tierno piar de los polluelos y el cloqueo de la gallina se percibían cada vez con más intensidad, eclipsando gradualmente aquella voz que se desvanecía. Después ya no se oyó más que el zumbido eléctrico y el tictac del metrónomo.

Ruby se había quedado profundamente dormida. Bond buscó sigiloso la muñeca de la muchacha y le tomó el pulso. Su corazón latía exactamente al mismo ritmo que el metrónomo. Todo volvió a sumirse en el más profundo silencio: sólo se oía, allá fuera, el suave susurro del viento en la noche.

Bond lanzó un profundo suspiro. Pensó que debía regresar ya a su habitación. Sentía necesidad de estar solo y reflexionar. Abrió la cerradura de la puerta sin dificultad. En el pasillo reinaba absoluto silencio. Se introdujo calladamente en la habitación número dos y cerro la puerta con toda precaución.

Conque... ¡hipnosis profunda! Eso era lo que acababa de presenciar. El reiterativo y musical mensaje inculcado en el cerebro durante el lapso de tiempo correspondiente a la frontera crepuscular entre la vigilia y el sueño. Y luego, toda la noche, hasta el momento de despertar, se iría desarrollando en el subconsciente de Ruby el efecto que se pretendía conseguir; y este fenómeno se repetía noche tras noche, intensificando más y más el efecto de esta influencia síquica. Pero ¿a qué diablos venía todo esto? ¿Qué finalidad tenía esta sugestión? A primera vista, el tratamiento parecía totalmente inofensivo; es más: el ejercicio de esta influencia en la mente de una joven campesina era, de por sí, bueno y saludable sin duda alguna. Servía para curar su alergia, y así la muchacha, una vez de regreso en su país, podría ayudar a su familia en la cría de pollos; lo haría incluso con apasionada dedicación y entusiasmo. ¿Acaso el lobo se había transformado en oveja? ¿Es que el antiguo criminal, al ir haciéndose viejo, se había vuelto bueno, como en los cuentos? No... A pesar de todas las apariencias, Bond consideraba esto demasiado inverosímil. En efecto, ¿qué significaban todas aquellas rigurosas precauciones y medidas de seguridad? ¿Qué significaba aquel personal heterogéneo, de tantas y tan distintas nacionalidades, que

olía a la vieja organización ESPECTRA desde tres leguas de distancia? ¿Y aquel fatal accidente de la pista de bob? A Bond no le cabía la menor duda de que tras la filantrópica máscara clínica de todo aquel aparato de investigación provocativamente inocente se ocultaba la maldad. Pero ¿cómo diablos podría él descubrirla y desenmascararla?

Moviéndose con el máximo cuidado para no hacer el menor ruido, Bond se metió en la cama. Estaba agotado; pero, dentro de su atormentado cerebro, sus pensamientos siguieron vibrando inútilmente durante media hora antes de quedar sumido en un profundo sueño reparador.

Cuando a las nueve de la mañana se despertó y abrió las ventanas, observó que entoldaban el cielo esos densos nubarrones de color gris desvaído que infaliblemente anuncian una gran nevada. Se había levantado un fuerte viento, que soplaba en violentas ráfagas. Las máquinas del teleférico estaban mudas: las ligeras cabinas de aluminio probablemente no habrían resistido las inclemencias del tiempo.

Bond cerró la ventana y llamó al timbre para pedir el desayuno. Cuando se lo trajeron, descubrió que en la bandeja venía asimismo una nota de *Fräulein* Bunt:

«El Conde tendrá mucho gusto en recibirlo a las once. I. B.».

Los dos hombres se entrevistaron en el despacho del Conde.

—Buenos días, Sir Hilary. ¿Ha descansado bien? —indicó con un gesto la ventana—. Va a nevar... un día magnífico para trabajar. Así nada le distraerá...

Bond contestó a la indirecta con una sonrisa de inteligencia y picardía.

—Estoy de acuerdo con usted. Porque la verdad es que esas bellas señoritas tienen la virtud de distraerle a uno, y de qué manera. Son encantadoras y atractivas a más no poder. Y, a propósito, ¿qué afecciones padecen? Todas ellas tienen un aspecto de lo más saludable.

—Estas jóvenes sufren varios tipos de alergia, Sir Hilary, alergias paralizantes estrechamente relacionadas con la agricultura y la cría de animales. Todas estas muchachas proceden de zonas rurales y sus alergias van en detrimento de su capacidad para el trabajo. Ahora bien, yo he ideado un tratamiento para curar esos síntomas. Tengo la satisfacción de poder decir que, según todos los indicios, este tratamiento está dando óptimos resultados...

Zumbó el teléfono que tenía a su lado.

—Dispéñeme.

El Conde descolgó el auricular.

—*Ja. Verbinden Sie* (Sí. Páseme la comunicación).

Se produjo una pausa de espera, que Bond aprovechó diplomáticamente para fingir que echaba una ojeada a los documentos que había llevado consigo.

—*Zdies de Bleuville... Da... Da. Jarasho* (De Bleuville al habla... Sí, sí. Está bien).

Colgó el receptor.

—Discúlpeme. Era uno de mis ayudantes del Instituto. Había salido a comprar material para los laboratorios. Oficialmente, el teleférico no funciona hoy. Pero ha habido que organizar un viaje de excepción para que pueda regresar. Con este tiempo, no es muy agradable un viaje así, que digamos. El pobre hombre va a pasar un mal rato... Bien, y ahora, mi querido Sir Hilary, sigamos con nuestro trabajo, si le parece.

Bond desplegó sobre la mesa sus grandes láminas llenas de dibujos y anotaciones y, muy orgulloso, siguió con el dedo la trayectoria genealógica de las diferentes generaciones, marcando las sucesivas etapas. El Conde parecía satisfecho y hasta entusiasmado, a juzgar por sus preguntas y comentarios. Por último, Bond enrolló las láminas y sacó su bloc de notas.

—Y ahora, Conde, tendremos que abordar el problema empezando por el extremo opuesto, es decir, por usted —Bond adoptó de pronto el gesto del investigador profesional, inquisitivo, autoritario—. Según consta en estas anotaciones, nació usted en Gdynia el 28 de mayo de 1908. ¿No es así?

—Así es.

—¿Los nombres y apellidos de sus padres, por favor?

—Ernst Georg Blofeld y María Stavro Michelopoulos.

—¿Nacidos también en Gdynia?

—Sí.

—Ahora, sus abuelos por línea paterna...

—Ernst Stefan Blofeld y Elisabeth Lubomirskaya.

—¡Vaya! Por lo que veo, Ernst es un nombre de pila tradicional en la familia Blofeld, por decirlo así.

—Eso parece, en efecto, puesto que también mi bisabuelo se llamaba Ernst.

—Es un detalle muy revelador. Porque ha de saber usted, mi querido Conde, que entre los Blofeld de Augsburgo hay nada menos que dos varones con el nombre de

Ernst. En muchas familias los nombres de pila se repiten de generación en generación. Nosotros consideramos estos nombres hereditarios como una de las pistas más importantes... Bien, ¿recuerda algo más sobre sus ascendientes anteriores a los mencionados? Hemos llegado ya al año 1850 aproximadamente. Sólo nos faltan los datos correspondientes a unos cincuenta años de filiación; cuando los conozcamos, habremos llegado a los Blofeld de Augsburgo.

—No. No puedo decirle más —la negación sonó casi como un grito de dolor—. De mi tatarabuelo no sé absolutamente nada. —Las manos del Conde se crisparon nerviosas sobre la mesa—. Tal vez... con dinero... podríamos procurarnos testigos que corroboren... Vamos, mi querido Sir Hilary, que usted y yo (no hace falta que se lo diga) somos hombres de mundo, y creo que nos entendemos perfectamente... Quiero decir: ¿es absolutamente necesario que los extractos de actas de los archivos, de los Registros Civiles, de los libros parroquiales... sean absolutamente auténticos?

«¡Ya te he cogido, viejo zorro!», pensó Bond.

—La verdad es que no comprendo bien lo que quiere decir, Conde.

—Usted trabaja mucho, Sir Hilary. Pero quizá podría llevar, si quisiera, una vida más fácil y agradable. Me imagino que hay ciertas ventajas materiales que siempre ha deseado poseer y disfrutar: coches, un yate, una hermosa pensión para el día en que se jubile. Basta una sola palabra, dígame una cifra: sus deseos serán órdenes para mí... —los ojos de color verde oscuro se clavaron en los de Bond, recatados y evasivos, obligándole a sostener su mirada—. Sólo se trata de que usted colabore y ponga un poco de su parte. Unos cuantos viajes a ciertos puntos de Polonia, Alemania y Francia... La parte puramente técnica del asunto. Los documentos y cosas por el estilo corren exclusivamente de mi cuenta. Usted sólo tendría que aportar pruebas y testimonios en apoyo de mis pretensiones. Una sola palabra del College of Arms sería para el Ministerio de Justicia de París tan indiscutible como la palabra de Dios, ¿no es así?

Aquello era demasiado hermoso para ser verdad. ¿Qué actitud tomar? ¿Qué giro dar a su papel? Bond, adoptando un leve aire de vacilación, como avergonzado, replicó:

—Lo que acaba de sugerirme, Conde, no deja de ser... interesante. Por supuesto, si los documentos son convincentes, si son realmente sólidos e inatacables, entonces no veo por qué no iba yo a refrendarlos con mi aval. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Oh, no se preocupe lo más mínimo por... —empezó a decir el Conde con vehemencia y acento de sinceridad, pero no pudo terminar la frase, porque en aquel instante se oyó un tremendo alboroto en el pasillo y el ruido de unos pasos que se acercaban pesadamente. Se abrió la puerta con violencia y un hombre, brutalmente empujado por la espalda, entró tambaleándose en el despacho y cayó desplomado sobre la alfombra. Detrás de él aparecieron dos guardianes, que se cuadraron al punto militarmente. Miraron a Bond con una cara de sorpresa: sin duda les extrañaba verlo

allí, en compañía del Conde.

—*¿Was ist denn los?* (¿Qué ocurre?) —preguntó este último en tono seco, cortante.

Bond conocía la respuesta a esta pregunta, y por un momento sintió doblársele las piernas. A pesar de que el hombre caído en el suelo tenía la cara literalmente cubierta de nieve y de sangre, Bond reconoció aquellas facciones, familiares para él: aquel cabello rubio y aquella nariz de boxeador, rota durante su servicio en la Marina, eran, los de uno de sus compañeros del Servicio Secreto. No le cabía duda: aquel hombre era Shaun Campbell, el agente Número 2 del Puesto Z de Zurich.

¡Dios santo, qué complicación! Deliberadamente se había mantenido al Puesto Z de Zurich en la más completa ignorancia respecto a la misión encomendada a Bond, y sin duda Campbell había seguido una pista por su propia cuenta, probablemente la del ruso que había ido a «comprar material para los laboratorios».

El que parecía jefe de los guardianes dijo rápidamente, en un mal alemán, pronunciado con leve acento eslavo:

—Venía de polizón en el compartimiento abierto de los esquís, en la parte de atrás de la cabina del teleférico. Aunque estaba casi congelado, opuso una fuerte resistencia. Hubo que reducirlo por la fuerza. Sin duda venía siguiendo al capitán Boris. Dijo ser un turista inglés procedente de Zurich y declaró que no llevaba consigo dinero suficiente para pagarse el billete, pero que sintió deseos de subir hasta aquí para visitar este lugar. Lo hemos registrado. Traía consigo 500 francos suizos. Ningún documento de identidad. Dice apellidarse Campbell.

Al oír pronunciar su apellido, el hombre caído en el suelo levantó la cabeza y paseó a un lado y a otro una mirada extraviada. Le habían golpeado brutalmente la cara y el cráneo con la culata de una pistola. En aquel momento estaba aturdido y medio inconsciente. Cuando sus ojos se encontraron con el rostro familiar de Bond, pareció extrañado en el primer momento, pero mostró en seguida una expresión de alegría, como si le hubieran arrojado una boya salvavidas, y balbució con voz ronca:

—¡Gracias a Dios que estás aquí, James! Diles que soy yo. Diles que soy de la Universal Export, de Zurich. Diles que soy de confianza...

Dicho esto, su cabeza volvió a desplomarse sobre la alfombra.

El Conde se volvió lentamente hacia Bond. Ahora su sonrisa fija, alterada por la cirugía estética, había adquirido una expresión grotesca y horrible:

—¿Conoce usted a este hombre, Sir Hilary?

Bond denegó silenciosamente con la cabeza. Sabía que con aquello firmaba la sentencia de muerte de Campbell.

—No lo he visto en mi vida. ¡Pobre hombre! Me parece que está un poco trastornado... Conmocionado, probablemente. ¿Por qué no le llevan a un hospital del valle? Parece que está bastante grave.

—Y... ¿la Universal Export? Si no me engaño, ya he oído pronunciar ese nombre antes de ahora.

—Pues yo, no —repuso Bond con tono indiferente. Y sacando un paquete de cigarrillos, encendió uno con mano firme.

El Conde se volvió hacia los guardianes. Con voz queda y suave, ordenó lacónicamente:

—*¡Zur Befragungszelle!* (¡A la celda de los interrogatorios!).

Los dos esbirros se agacharon y agarraron a Campbell por los sobacos. La cabeza caída del herido se irguió, sus ojos lanzaron a Bond una última mirada desesperada y la puerta se cerró detrás de los hombres, que se alejaron por el pasillo arrastrando los pies.

¡A la celda de los interrogatorios! Esto sólo podía significar una cosa: la confesión total, arrancada mediante la aplicación de los métodos más modernos. ¿Cuánto tiempo resistiría Campbell el interrogatorio sin traicionarse? Y ¿de cuántas horas podría disponer Bond todavía para actuar?

—Les he ordenado que lo lleven a la enfermería. Allí lo cuidarán bien —el Conde levantó lentamente la vista de los papeles desplegados sobre la mesa y miró a Bond—. Me temo que este desdichado incidente ha venido a trastornar el curso de mis ideas, Sir Hilary. Discúlpeme, ¿no le importa que lo dejemos para mañana?

—Oh, claro que no, por supuesto. Y en cuanto a su proposición de que en lo sucesivo trabajemos los dos en más estrecha colaboración, estoy seguro, Conde, de que llegaremos a un acuerdo.

—Perfecto.

El Conde cruzó las manos detrás de la nuca y se puso a contemplar el techo durante unos instantes; luego, mirando a Bond pensativo, dijo en tono indiferente:

—Supongo que no estará usted relacionado en ningún aspecto con el Servicio Secreto británico, Sir Hilary...

Bond soltó una sonora carcajada.

—¡No, por Dios! No sabía siquiera que tuviéramos semejante organización en Inglaterra. ¿No desapareció todo eso al terminar la guerra?

La estática inmovilidad de la cara del Conde daba a entender que a él no le parecía tan divertido el asunto como a Bond, ni mucho menos. Dijo fríamente:

—En ese caso, olvide mi pregunta, Sir Hilary. La aparición de ese intruso me ha vuelto, de pronto, excesivamente suspicaz y desconfiado. No me gusta que suban a turbar mi vida retirada, Sir Hilary. La investigación científica no es posible más que en una atmósfera de paz y tranquilidad absolutas.

—En eso estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Bond con calor.

Se levantó y se puso a recoger y ordenar los papeles que tenía sobre la mesa. El Conde se levantó cortésmente a su vez, y Bond se despidió de él.

Ya en el pasillo, aguzó el oído, al acecho de cualquier ruido. No advirtió la menor señal de movimiento, pero observó que una de las puertas estaba entreabierta y que por su rendija se filtraba un rayo de luz color rojo de sangre. Bond, pensando que ya, de todos modos, se la había buscado, abrió un poco más la puerta y asomó la cabeza al interior. El local era una especie de laboratorio muy largo, de techo bajo, en el que se veía una gran mesa de trabajo recubierta de plástico y alineada a lo largo del recinto bajo las ventanas, que tenían los postigos cerrados. Lámparas de neón ocultas en las molduras del cielo raso difundían una claridad rojo oscuro, como la de los laboratorios fotográficos. La mesa estaba materialmente cubierta de retortas, probetas y tubos de ensayo. En la pared del fondo, llena de anaqueles, se veían hileras y más hileras de tubos de ensayo, redomas y frascos. Todos ellos contenían un líquido turbio grisáceo. Junto a las mesas había tres hombres. Tres hombres con batas blancas y la nariz y la boca tapadas con máscaras de gasa, al parecer completamente absortos en su trabajo. Bond retiró la cabeza y siguió caminando por el pasillo hasta llegar al exterior. El viento había dado paso a una tempestad de nieve: nevaba, nevaba copiosamente. Bond se levantó el cuello del jersey y se abrió paso como pudo por el sendero que conducía al Club, donde le esperaba un calorcillo muy agradable. Una vez dentro del edificio, se dirigió rápidamente a su habitación y cerró la puerta. Luego entró en el cuarto de baño, se sentó y, hundiendo la cabeza entre las manos, se puso a cavilar. ¿Qué iba a hacer ahora?

¿Hubiera podido salvar a Campbell? Evidentemente, podía haber efectuado una tentativa desesperada, diciendo por ejemplo: «Sí, conozco a este hombre. Es una persona perfectamente honrada y respetable. Hemos trabajado los dos para la misma compañía: la Universal, de Londres». Luego dirigiéndose a él, le podía haber dicho: «¡Vaya, hombre! Tienes muy mal aspecto. ¿Qué te ha ocurrido?».

Pero no. A estas alturas la Universal era una tapadera completamente inservible, un cartucho quemado. Los profesionales —los miembros de las organizaciones criminales y de los servicios secretos— estaban perfectamente enterados de lo que se escondía tras esta pantalla. Y no cabía duda de que Blofeld estaba también en el secreto. Toda tentativa de salvar a Campbell hubiera arrastrado también a Bond a la

perdición. No había tenido más remedio que abandonarlo a los lobos. Si Campbell llegara a recobrar el perfecto uso de sus facultades mentales antes de que los otros empezaran a interrogarlo, se daría perfecta cuenta de que Bond se encontraba allí para un fin determinado y de que si había fingido no conocerlo, tal fingimiento tendría que ser de una importancia vital para el Servicio Secreto. ¿Cuánto tiempo podría conservar Campbell la resistencia y la energía necesarias para cubrir a Bond? Unas horas, a lo sumo. ¿Y cuánto duraría la tormenta de nieve? Con un tiempo tan malo, Bond no podía ni pensar en fugarse de allí. Si la tormenta cesara, aún le quedaría una posibilidad de éxito. Y aunque esta posibilidad era pequeñísima, siempre sería mejor que la otra alternativa —la única— que le quedaba si Campbell llegara a cantar: una muerte horrible en la pista de bob.

Bond pasó revista mentalmente a las armas de que disponía: sólo tenía sus manos, sus pies y... su reloj, un pesado Rolex Oyster Perpetual con pulsera metálica extensible. Bien manejados, el reloj y la pulsera podrían convertirse en una terrible arma contundente. Por otra parte, ¿habría algún dato revelador, alguna prueba documental que procurarse antes de emprender la fuga...? Ah..., ¡sí! Tenía que conseguir que Ruby le facilitara los apellidos y las direcciones de sus compañeras. Por la razón que fuese, sabía que estos datos eran de una importancia vital. Con la cabeza llena de proyectos, Bond salió del cuarto de baño y volvió a su dormitorio. Se sentó a la mesa y reanudó su trabajo, empezando una nueva página sobre la genealogía del Conde. Tenía que cuidar mucho las apariencias, para seguir engañando a aquel ojo secreto que le vigilaba desde el techo.

Hacia las doce y media del día, Bond oyó que alguien giraba con suavidad el pomo de la puerta... Ruby entró sigilosamente y, llevándose un dedo a los labios, echó a andar muy arrimada a la pared y desapareció en el cuarto de baño. Tranquilamente, de la manera más natural, Bond dejó la pluma en la mesa, se levantó, se desperezó, dio unos pasos como para estirar las piernas y siguió a la muchacha.

Ruby tenía los ojos azules muy abiertos y asustados.

—Estás en una situación comprometida —susurró con acento apremiante—. ¿Qué has hecho?

—Nada —contestó Bond inocentemente—. ¿Qué pasa, pues?

—Nos han dicho a todas que no volviéramos a hablar más contigo, a no ser en presencia de Irma Bunt —se mordió nerviosamente los nudillos—. ¿Crees que se habrán enterado de lo nuestro?

—Imposible —contestó Bond con aplomo y en tono de absoluta convicción—. Me parece que ya sé de lo que se trata. —«Otra mentira para tranquilizarla, pero perfectamente justificada», pensó—. Esta mañana me dijo el Conde que yo estaba ejerciendo sobre vosotras una influencia perturbadora, incompatible con los tratamientos, que prefería que me mantuviera más aislado y me ocupara más de mis

asuntos. No es más que eso, estoy seguro. Y es una verdadera lástima, porque todas las chicas de este sanatorio (y no hablemos de ti, que eres para mí algo muy especial) sois de lo más encantadoras y simpáticas. Por eso mismo, hubiera tenido un gran placer en poder ayudaros.

—¿Qué quieres decir con eso de ayudarnos?

—Me refiero a la cuestión de vuestros apellidos. Estoy seguro de que a todas vosotras os gustaría que hiciera investigaciones en este sentido. A todo el mundo le interesa muchísimo conocer el origen de su apellido, su significado, su importancia y todo eso —se encogió de hombros—. Bueno, de todas formas, he decidido mandarlo todo a paseo. No puedo soportar que me estén dando órdenes continuamente. Pero te diré lo que voy a hacer. Si me das los apellidos de las chicas, por lo menos los que tú conozcas, haré un estudio de cada uno de ellos y os enviaré el resultado cuando hayáis regresado a Inglaterra. A propósito, ¿cuánto tiempo vais a estar aquí todavía?

—No lo sabemos con exactitud, pero según nos han dicho nos queda una semana aproximadamente. Para esa fecha llegará un nuevo grupo de chicas.

—Bien. Volviendo a la cuestión de esos apellidos, ¿no crees tú, Ruby, que sería muy halagüeño para tus compañeras?

—¡Oh, les haría una ilusión tremenda! Ten en cuenta que yo las conozco a todas. Hemos imaginado todos los medios y procedimientos posibles para contarnos mutuamente nuestros secretos. Pero no podrás retenerlos en la memoria. ¿Tienes dónde tomar nota?

—Mira... ¡Aquí mismo!

Rasgó una tira de papel higiénico en varios trozos y sacó del bolsillo un lápiz.

—¡Ya estoy listo!

Ella rió quedamente y continuó, siempre en voz baja:

—Empiezo... Bueno, mi nombre y apellido ya los conoces. Luego tenemos a Elizabeth MacKinnon. Es de Aberdeen. Después está Beryl Morgan, de un lugar de la región de Herefordshire. Pearl Tampion es de Devonshire... Todas estas chicas detestaban las vacas. Pues bien, ¡ahora no comen más que bistecs! ¿Lo hubieras creído posible? Realmente hay que reconocer que el Conde es un hombre extraordinario.

—Sí que lo es.

Prosiguió la enumeración hasta que Bond hubo anotado los datos personales de las diez muchachas.

—Y... ¿qué sabes de Polly, la chica que marchó de aquí en el mes de noviembre?

—¿Polly Tasker? Ah, sí, ésa era de East Anglia. Pero no recuerdo de qué punto o localidad... Hilary —añadió echándole el brazo al cuello—, ¿verdad que te volveré a ver? Dime que sí.

Bond la atrajo hacia sí con fuerza y la besó.

—¡Pues claro que sí, Ruby! Siempre que lo desees, podrás encontrarme en el College of Arms, calle Reina Victoria. Envíame una tarjeta postal cuando regreses a Inglaterra.

—¡Sí que te escribiré! —exclamó ella con fervor. Consultó su reloj—. ¡Huy, Dios! Tengo que salir a toda prisa. Sólo faltan diez minutos para el almuerzo. A esta hora no debe andar nadie por aquí. Suelen almorzar entre las doce y la una.

Bond volvió a utilizar su truco para abrir la puerta y Ruby desapareció. El agente exhaló un profundo suspiro, se acercó a la ventana y contempló el paisaje: la nieve caía en violentos remolinos. «¡Dios quiera que para esta noche haya cesado de nevar!», invocó. Ahora tenía que pensar en su equipo. ¿Qué necesitaría llevar? Ah, sí: unas gafas protectoras contra la nieve. Tenía que conseguirlas a la hora del almuerzo. Bond entró de nuevo en el cuarto de baño y se restregó los ojos con jabón. Aquello le produjo un tremendo escozor, como si tuviera fuego, pero después de este brutal tratamiento sus ojos de color gris azulado quedaron inyectados en sangre de una manera que parecía real. Satisfecho del resultado obtenido, pulsó el timbre para que el cancerbero le abriera la puerta y se encaminó, pensativo, al restaurante.

Al trasponer la puerta batiente, se produjo en la sala un repentino silencio. Todos los ojos le siguieron disimuladamente mientras cruzaba el local, y sus saludos sólo obtuvieron respuestas apagadas. Bond ocupó su asiento acostumbrado, entre Ruby y *Fräulein* Bunt. Fingiendo no haber advertido la glacial acogida que le dispensaron, castañeteó los dedos para llamar al camarero y pidió su habitual vodka doble con martini seco; se lo bebió en dos tragos y luego se volvió hacia Irma Bunt:

—¿Tendría la gentileza de hacerme un gran favor? —preguntó, sonriente, mirando a Irma a los ojos: aquellos ojos ambarinos llenos ahora de desconfianza.

—Sí, Sir Hilary. ¿De qué se trata?

Bond se señaló con el dedo los ojos, todavía lagrimeantes.

—Tengo una inflamación en los ojos. Una conjuntivitis, supongo. Tal vez consecuencia de la terrible reverberación solar de estas alturas, unida a todo este fatigoso trabajo de pluma... ¿No podría usted agenciarme unas gafas de alpinista? Sólo a título de préstamo por uno o dos días, hasta que los ojos se me habitúen a la luz.

—Sí que podremos proporcionárselas. Yo misma me encargaré de que se las lleven a su habitación.

—Y otra cosa más, ya que es usted tan amable —dijo Bond diplomáticamente—. Una botellita de ginebra alemana. He notado que no duermo bien a esta altitud. Creo que un *night-cap* me vendría muy bien contra el insomnio.

Irma Bunt, siempre con cara de piedra, accedió con una inclinación de cabeza. Luego hizo una seña al camarero jefe y le dijo secamente:

—*¡In Ordnung!* (¡Atienda al señor!).

El hombre tomó nota del pedido de Bond, dio un taconazo y se largó. ¿Sería aquél uno de los tipos que habían hecho su trabajito en la celda de los interrogatorios? «Como esta noche», pensó Bond, «tenga que habérmelas con uno de los guardianes, ¡juro que le atizaré sin piedad!». Mientras pensaba en estas cosas, sintió que Irma Bunt lo observaba con mirada inquisitiva. Inmediatamente adoptó una actitud amable e inició una animada conversación con ella. Por último, incapaz de seguir resistiendo la tentación de averiguar algo de Campbell, le preguntó:

—Y... ¿cómo se encuentra ese pobre muchacho que subió en el teleférico esta mañana? Tenía un aspecto malísimo. Espero que estará ya mejor.

—Sí, se va recuperando.

—¡Oh...! Pues, ¿quién era ese hombre? —preguntó Ruby con ávida curiosidad.

—Un intruso —replicó Irma Bunt—. Pero no hablemos de eso. No vale la pena...

Bond, arqueando las cejas con aire interrogante, aceptó deportivamente el desaire de la mujer y volvió a concentrar toda su atención en la comida. Tomó el queso y el café con la mayor lentitud posible para alargar el tiempo, hasta que Irma Bunt se levantó de la mesa y dijo:

—¡Ea, chicas! Vámonos ya.

Bond se levantó, permaneció en pie un instante y luego volvió a sentarse. Aparte de los camareros, que estaban retirando el servicio, Bond era la única persona que quedaba en el restaurante. Al cabo de un rato se levantó y, a paso lento y cachazudo, se dirigió a la puerta y entró en la sala de recepción. La encontró desierta. La puerta del cobertizo de los esquís estaba abierta y en su interior hallábase otra vez el hombre del semblante hosco, inclinado sobre su mesa de trabajo. Bond entró en el pabellón y entabló con él una conversación (que en realidad no fue más que un monólogo) sobre el tema de los esquís. Mientras tanto, con el aire más inocente del mundo, se puso a deambular a lo largo de las filas de bastidores numerados y adosados a la pared donde estaban suspendidos los esquís. Pero eran casi todos de mujer. Mal asunto: las

ataduras serían sin duda demasiado pequeñas para las botas de Bond... Por fin, cerca de la puerta, distinguió los esquís de los monitores, colocados en soportes no numerados. Con mucho disimulo, Bond trató de medir a ojo sus dimensiones y estudiar sus características. Al fin pareció encontrar algo que le interesaba; sí, el par que tenía conteras metálicas y la G roja pintada en cada uno de ambos extremos curvados de color negro era, sin duda, el que más le convenía. Calculó rápidamente el trabajo de reajuste que tendría que efectuar en las ataduras para que se adaptaran perfectamente a sus botas. Luego salió del pabellón, echó a andar a lo largo del pasillo y se metió en su cuarto.

## Capítulo XI

### CUESTA ABAJO

Y ahora, ¡a armarse de paciencia y a esperar! Ya no podía hacer otra cosa que dejar pasar las horas, las pocas horas que le quedaban... ¿Cuándo habrían terminado con Campbell? Un profesional del Servicio Secreto, si es hombre duro y con una fuerza de voluntad capaz de resistir las mayores presiones, puede alargar el juego horas enteras, haciendo confesiones de menor importancia y contando largas historias llenas de datos falsos cuya veracidad será preciso comprobar luego punto por punto.

Fuera como fuera, Bond estaba casi seguro de que no vendrían a buscarlo antes de la hora de apagar las luces para dormir. En caso contrario, se daría lugar a muchos comentarios entre las muchachas. No, irían a buscarlo en plena noche, y al día siguiente divulgarían la noticia de que se había marchado en el primer teleférico. Pero antes del amanecer habrían arrojado su cadáver al fondo de alguna profunda grieta del glaciar más próximo. Cincuenta años después descubrirían su cuerpo sin nada que permitiera su identificación: ¡una víctima desconocida de las nieves perpetuas!

Bond se levantó de la mesa y abrió la ventana. Había cesado de nevar y entre las nubes se veía un trozo de cielo azul. Sobre las pistas de esquí del Gloria debía de haber ahora una magnífica capa de nieve en polvo, quizá de un espesor de veinte centímetros. Bien, había llegado el momento de preparar todas las cosas.

Existen centenares de tintas simpáticas, pero Bond sólo disponía de una, la más antigua del mundo: su propia orina. Tomó su pluma y su pasaporte y se dirigió al cuarto de baño. Allí, sirviéndose de las anotaciones que había hecho en el papel higiénico, copió en una hoja en blanco del pasaporte los nombres, apellidos y direcciones de las muchachas. En esta página no se veía nada escrito; pero, más tarde, al mantener la hoja unos momentos cerca de una llama, aparecería claramente visible todo el texto en letras de un color pardo oscuro.

Y ahora, ¿qué más le faltaba? Ah, los guantes de esquiar. Las gafas para la nieve y la botella de ginebra se las habían llevado ya a su habitación. Seguro que al principio iba a sentir un frío intenso. ¿No le convendría taparse la cara con algo para protegerla contra las heladas ráfagas? Disponía de unos cuantos pañuelos de seda, de color rojo oscuro con dibujos blancos. Bien, ¡ya tenía decidido todo el equipo que iba a llevar! Se sentó de nuevo a su mesa escritorio y simuló enfrascarse en el estudio del árbol genealógico, mientras hacía en realidad los mayores esfuerzos para recordar la topografía de las pistas de esquí del Gloria.

La cena transcurrió en una atmósfera tan lúgubre como el almuerzo. Bond se aplicó a comer cuanto pudo y a consumir whisky en abundancia. Una vez más inició diplomáticamente una conversación alegre y animada, fingiendo no advertir el ambiente de frialdad que reinaba a su alrededor. Luego, por debajo de la mesa, tocó el

pie de Ruby cariñosamente con el suyo, y alegando como disculpa que tenía que trabajar, se dirigió, tranquilo e impasible, a su habitación.

Las nueve y cuarto, las nueve y media, las diez menos cuarto, las diez... Bond se levantó de la mesa y entró en el cuarto de baño. Después de hacer con el agua los ruidos apropiados, regresó a su habitación, se echó en la cama y apagó la luz. Se puso a respirar con ritmo regular y tranquilo y, diez minutos después, empezó a roncar suavemente. Aguardó otros diez minutos, pasados los cuales salió con mucho sigilo de la cama y, con infinitas precauciones, se vistió las ropas de esquiar, se puso las gafas de modo que le quedaran bien sujetas por encima de la frente, se ató el pañuelo rojo oscuro muy apretado sobre la nariz y se guardó el frasco de ginebra en el bolsillo lateral y el pasaporte en el bolsillo de atrás; seguidamente deslizó el Rolex por la mano derecha de modo que la pulsera quedase alrededor de los dedos y la esfera del reloj sobre los nudillos. Los guantes de esquiar, una vez pasado el cordón de sujeción por el interior de las mangas, le colgaban de las muñecas.

¡Ya estaba preparado! Abrió la puerta con precaución, valiéndose de su ganzúa de plástico, y, después de escuchar muy atento unos instantes, salió sigilosamente de la habitación.

En la sala de recepción, a su derecha, había luz. Dentro estaba sentado el vigilante, inclinado sobre un horario de servicio o algo parecido... Bond tensó los dedos de la mano izquierda para pegar con ella de canto y, dando dos pasos en dirección al hombre, le descargó un fuerte golpe en la nuca. La cara del hombre, cogido por sorpresa, chocó con sordo ruido contra la mesa, y al rebotar hacia arriba, la mano derecha de Bond, rápida como un relámpago, estrelló el Rolex en la mandíbula del vigilante. El cuerpo del hombre resbaló lentamente de la silla y se desplomó sobre la alfombra. Bond dio la vuelta a la mesa y se inclinó sobre él. Su corazón había cesado de latir. Aquél era el tipo a quien Bond había visto subir, la primera mañana, por el sendero de la pista de bob, momentos después de ocurrir el «accidente». ¡Vaya, vaya! ¡El pecador bien pronto había expiado su pecado!

Zumbó el teléfono que había sobre la mesa. Bond descolgó y, a través del pañuelo que le tapaba la boca, contestó en alemán:

—*¿Ja? (¿Sí?)*.

—*¿Alles in Ordnung? (¿Todo bien?)*.

—*Ja*.

—*¿In zehn Minuten holen wir Engländer. Verstanden? (Dentro de diez minutos iremos a buscar al inglés. ¿Entendido?)*.

—*Is' recht (Perfectamente)*.

Bond tenía la frente empapada en sudor. ¡Gracias a Dios que había cogido el teléfono! ¡Conque... dentro de diez minutos irían por él! Sobre la mesa había un manojo de llaves. Después de tres intentos infructuosos, acertó con la llave y abrió la puerta. Salió disparado hacia el cobertizo de los esquís, recogió a escape el par que previamente había seleccionado, así como los bastones colgados junto a él, salió por la puerta principal, la cerró por fuera y arrojó las llaves, lo más lejos que pudo, al campo cubierto de nieve. Se arrodilló a la luz de la luna, casi deslumbrante, para reajustar las ataduras de los esquís, hasta que sus botas quedaron perfectamente sujetas a las tablas.

¡Dos minutos perdidos ya! Bond se incorporó; se enfundó las manos, ya casi ateridas de frío, en los guantes y, tomando impulso con los bastones, se lanzó hacia delante a la mayor velocidad que pudo. Pero... ¡qué rastro iría dejando!, ¡cómo los rieles de un tranvía! En cuanto lograran abrir la puerta principal, lanzarían en su persecución a sus más veloces esquiadores... Cada minuto, y aun cada segundo, tenían una importancia vital. Detrás de los negros contornos de la estación del teleférico estaba el *start* de las pistas Gloria. Siguió derecho hacia aquel punto y remontó el borde saliente de la primera pista.

Al efectuar el primer descenso en vertical, Bond sintió en la médula un escalofrío casi de placer. Realizó dos virajes en balanceo, y luego una bajada en *schuss*, deteniéndose por último, entre una polvareda de nieve, en un rellano de la montaña. De pronto recordó que, a partir de aquel punto, la pista roja formaba una serie de zigzags más o menos en la misma dirección que los cables del teleférico, que bajaban, casi verticalmente, hacia la hondonada. Si la pista hubiera estado más visible, la habría seguido con mayor facilidad; pero la magnífica nieve recién caída le tentaba, induciéndole a realizar el descenso en cualquier dirección. Bond se subió las gafas de un manotazo y oteó a ver si adivinaba alguna bandera. Sí, en efecto allá abajo se distinguía una, a mano izquierda.

En el preciso instante en que se bajaba de nuevo las gafas y empuñaba los bastones, ocurrieron dos cosas. Desde la cima de la montaña llegó a sus oídos el estruendo de una sorda explosión, seguida de un dardo de llamas que se remontó por encima de él en el cielo. Al llegar al punto más alto de su trayecto parabólico, el proyectil de fuego pareció detenerse un instante. Entonces se produjo una detonación en el aire: en seguida comenzó a descender lentamente hacia el suelo una deslumbrante bengala de magnesio suspendida de un paracaídas, barriendo las sombras de las más pequeñas cavidades del terreno e inundándolo todo de una horrible claridad. A esta siguieron nuevas detonaciones que hicieron volar nuevas bengalas, iluminando hasta las más insignificantes grietas de la falda de la montaña. Y, en aquel mismo momento, comenzaron a vibrar los cables del teleférico por encima de la cabeza de Bond. ¡Los muy bandidos enviaban una cabina en su persecución!

Lanzando un juramento, Bond entró en el segundo circuito, mucho más pendiente. Al llegar a la bandera, hizo un viraje, rodeándola, y entró en el doble lazo en S que

pasaba bajo los cables. En el momento mismo en que enfilaba la primera curva, notó que, sobre su cabeza, los cables cambiaban momentáneamente el tono de su zumbido: era que la cabina estaba trasponiendo la primera torre de acero. Bond sintió que empezaban a dolerle las rodillas. Avanzó por las eses trazando curvas más abiertas para atajar y aumentar la velocidad. Las bengalas, suspendidas de sus paracaídas, se columpiaban cada vez más bajas, casi encima de él. Mientras bajaba lanzado, distinguió algo allá lejos, a la izquierda: ¿otra bandera? Sí, en efecto...

De pronto, cerca de él y un poco a la derecha, algo se estrelló contra el suelo, produciendo una tremenda explosión que levantó un surtidor de nieve en remolino. Luego, ¡otra explosión a su izquierda! ¡Los canallas llevaban en la cabina un aparato lanzabombas! Tal vez el siguiente disparo daría en el blanco. Pero casi antes de que Bond hubiera formulado este pensamiento, se produjo, justo delante de él, una explosión espantosa que lo lanzó por el aire con esquís y bastones en una especie de doble salto mortal.

Con el máximo cuidado, se puso de nuevo en pie, jadeando y escupiendo nieve. Se había abierto un cierre de una de las ataduras. Con dedos temblorosos volvió a apretar el dispositivo y a sujetar la bota. Sonó otra detonación, pero esta vez a unos veinte metros de distancia. Tenía que salir a toda costa de la línea de tiro de aquel maldito teleférico. Febrilmente se lanzó por un atajo muy pendiente y se detuvo, jadeante, junto a la bandera que había divisado momentos antes. Miró hacia atrás. La cabina se había detenido. Tenía línea telefónica con las estaciones de salida y llegada, pero ¿por qué se había parado? Como en contestación a esta pregunta, relampaguearon de pronto, en el compartimiento delantero de la cabina, unas espléndidas llamaradas azules. Casi inmediatamente, desde un rellano situado por encima y a espaldas de Bond, comenzaron a disparar sobre él con tiro más rápido todavía. Los disparos procedían de dos puntos distintos y las balas hacían saltar leves surtidores de nieve a su alrededor. ¡Conque, después de todo, habían enviado también a los guías en su persecución! Su caída, provocada por la explosión, le había hecho perder sin duda unos minutos preciosos. ¿Cuánto tiempo les llevaría de ventaja? Seguro que menos de diez minutos... Una vez más, Bond respiró profundamente y reanudó su carrera, lanzándose en dirección a la siguiente bandera —un punto todavía muy distante en aquellos momentos—, que parecía peligrosamente próxima al precipicio rocoso de la ladera.

Sintió bullir algo en el fondo de su memoria, una vaga reminiscencia insistente, obsesionante, que no acertaba a concretar... ¿Qué era? Desde luego, algo desagradable... ¡Ah, sí! ¡Dios santo! ¡La última bandera que había dejado atrás! ¡Era negra! Sin darse cuenta, Bond se había metido en la pista negra, la que estaba cerrada a causa del peligro de un alud. Pero ya era demasiado tarde para intentar volver a la pista roja. No le quedaba más remedio que afrontar el riesgo, ¡y en qué momento! Acababa de caer una fuerte nevada y aquellas explosiones podían provocar la precipitación de la inmensa masa de nieve acumulada en la montaña. Pero... «¡al diablo todo!», se dijo Bond. Y se lanzó como un rayo por la gran pendiente no

marcada en el mapa hasta llegar a la nueva bandera. Desde allí divisó la bandera siguiente, muy abajo, cerca ya de la linde del bosque de abetos. Pero la pendiente era demasiado empinada para poder bajarla en *schuss*; tenía que avanzar en *slalom*.

Y en aquel preciso momento se les ocurrió a sus perseguidores lanzar tres nuevas bengalas, seguidas de una sesión de fuegos artificiales, una tanda de cohetes que estallaron en haces de brillantes chispas de colores bajo las estrellas. ¡Una idea realmente genial! Porque aquel bello espectáculo había sido ingeniosamente planeado para engañar a los posibles espectadores del valle, que tal vez se preguntaran, extrañados, el significado de aquellas explosiones que se oían en lo alto de las montañas. Así se diría que estaban de fiesta allá arriba en el Piz Gloria, que estaban celebrando algo... Y entonces, de repente, Bond recordó. ¡Pues claro! ¡Era la fiesta de Nochebuena! Hasta aquel momento no se había dado cuenta.

Pero Bond apenas tuvo tiempo que dedicar a la evocación romántica de unas Navidades blancas como aquéllas, porque inmediatamente comenzó a percibirse el ruido más temible que se oye en los altos Alpes, el retumbante estrépito que rasga los aires alpinos: ¡un alud!

El suelo retembló violentamente... El sordo y creciente fragor se iba acercando cada vez más a Bond. «¡Dios todopoderoso!», exclamó. «¡Ahora sí que estoy perdido!». ¿Cuál era la norma práctica a seguir en casos como aquél? ¿Huir montaña abajo y tratar de adelantarse al alud? No le quedaba otro recurso. Bond dirigió sus esquís hacia la linde de árboles que se veía allá abajo y, agachándose en la antiestética posición de Arlberg, se lanzó con un chirrido de sus esquís a través de la inmensa extensión blanca.

«¡Adelante, adelante, adelante!». Tal era su única idea desesperada, su única obsesión, pues detrás de él parecía crecer más y más el sordo estruendo de la montaña. Allá abajo, pasada la última bandera, debía de estar el camino abierto en el bosque para la pista negra. Si no acertaba a encontrarlo, podía darse por muerto.

Ahora los árboles parecían abalanzarse literalmente sobre él. ¿No habría ningún boquete en aquella maldita barrera negra? Sí, allá se veía uno, sólo que más a la izquierda. Bond hizo un viraje y aminoró la velocidad, aguzando el oído para poder calcular por el ruido la distancia que lo separaba del alud que avanzaba tras él, montaña abajo. El retemblar del suelo se había hecho mucho más intenso. Una gran parte de la avalancha encontraría sin duda algún portillo de penetración entre los árboles y lo alcanzaría a él. ¡Allí estaba la bandera! Bond, mediante un *cristianía*, se lanzó hacia la derecha, en el momento en que ya a su izquierda se escuchaba el crujir estremecedor de los primeros árboles aplastados por el alud. Bond se precipitó en línea recta por el claro de bosque, blanco de nieve. Las primeras espumas de la gran marejada blanca debían de estar ya muy cerca de él, casi pisándole los talones... Llegó a la punta del claro y mediante un nuevo *cristianía* se lanzó hacia la derecha, en un último esfuerzo por apartarse de la ruta del alud.

El *cristianía* le resultó bien, pero se le enganchó el esquí derecho en una raíz y Bond salió despedido por los aires, aterrizando brutalmente en el suelo, donde quedó tendido sin aliento. El suelo se estremeció violentamente y una pequeña ola de nieve cubrió su cuerpo, al mismo tiempo que un sordo ruido crepitante resonaba en sus oídos para convertirse, un segundo después, en un estruendo ensordecedor como el retumbar de un trueno. Bond barrió la nieve que le tapaba los ojos y, con gran trabajo, logró ponerse de nuevo en pie. Los dos esquís se le habían soltado de los pies y sus gafas habían desaparecido. A diez o doce metros de donde se hallaba, un enorme torrente de nieve salía del bosque y se precipitaba hacia los prados. Bond introdujo la mano en el bolsillo del pantalón. Si alguna vez en su vida sintió necesidad de tomarse un trago, fue precisamente en aquella ocasión. Vació de una sentada el frasco de ginebra y lanzó el casco muy lejos. «¡Felices Pascuas!», se dijo a sí mismo, y se inclinó sobre las ataduras de los esquís para sujetarlos de nuevo a las botas.

Medio aturdido aún por la caída pero con el reconfortante calorillo del licor en el estómago, reanudó la marcha para recorrer en *schuss* el último kilómetro a través de los prados situados a su derecha, huyendo del río de nieve que seguía su avance implacable. Pero ¡maldición!, allá, al fondo de los prados, una valla transversal le cerraba el paso. No le quedaba más remedio que tomar la desembocadura normal de las pistas, al lado de la estación de partida del teleférico. No se veía ahora ninguna cabina aérea, pero... volvió a percibir el vibrante zumbido de los cables. ¿Habría regresado la cabina al Piz Gloria por suponer sus perseguidores que había sido atrapado y sepultado por el alud? Delante de la estación del teleférico, iluminada por brillantes focos, Bond divisó un gran *limousine* negro. Tenía que pasar forzosamente junto a este coche, pues era su único camino posible para salir a la carretera. Atravesó los prados en *schuss* muy fácilmente, lo que le permitió recobrar el aliento.

Pero el estampido seco de una pistola de gran calibre le hizo volver a la realidad. Una bala silbó y se clavó en la nieve junto a él. Bond hurtó el cuerpo saltando a un lado y echó una mirada rápida hacia atrás. Un nuevo fogonazo. Detrás de Bond bajaba velozmente un hombre con esquís. ¡Uno de los guardianes, naturalmente! Habría bajado por la pista roja. ¿Y el otro? ¿Le habría venido siguiendo por la pista negra? La pistola continuó vomitando fuego. Bond exhaló un profundo suspiro y se lanzó a la mayor velocidad que pudo, agachándose todo lo posible y trazando zigzags para dificultar la puntería de su perseguidor.

Bond estaba llegando al punto final de su carrera. Había un gran boquete en la valla que cerraba los prados, luego una gran zona de aparcamiento delante de la estación del teleférico y a continuación un terraplén bajo el que pasaba la vía del Ratische Bahn en dirección a Pontresina. Al otro lado de la vía, el talúd del terraplén descendía hasta la misma carretera que enlaza Pontresina con Samaden.

Otra bala hizo saltar la nieve delante de Bond. Era el sexto disparo. Con un poco de suerte, tal vez podía esperar que el cargador de la pistola hubiera quedado vacío. Pero no le serviría de mucho si tuviera que enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo con su

enemigo, pues estaba prácticamente agotado.

De pronto vio que por la línea del ferrocarril se acercaba el resplandor de unos faros. ¡Un tren expreso! Bond oía ya rugir los motores Diesel de la locomotora. ¡Lo que le faltaba! El tren pasaría por delante de la estación del teleférico precisamente en el instante en que él iba a alcanzar la vía. ¿Conseguiría atravesarla antes de pasar el tren? Bond hincó fuertemente los bastones en la nieve para aumentar aun más su velocidad... ¡Demonio! ¿Otra vez? Del gran automóvil negro saltó un hombre que se agazapó, apuntándole de frente. Bond zigzagueó para hurtar el cuerpo, mientras el hombre seguía disparando. Al llegar a la altura de su enemigo, Bond, utilizando uno de sus bastones a modo de lanza, se lo hincó en el cuerpo, sintiendo cómo la punta perforaba sus ropas. El hombre lanzó un terrible alarido y se derrumbó. Detrás de Bond, y sólo a unos metros de él, el esquiador que venía persiguiéndolo lanzó un rugido ininteligible. El gran faro amarillo de la locomotora hacía resplandecer ya los raíles, y Bond, lanzándose como un relámpago a través de la pendiente superficie del aparcamiento, entrevió fugazmente un gran quitanieves rojo que arrojaba a derecha e izquierda de la máquina dos chorros semejantes a enormes alas blancas. Al llegar a la pendiente del terraplén, hundió en el suelo los bastones para despegar los esquís de la nieve y se lanzó por el aire hacia delante; vislumbró por debajo de él el centelleo de los raíles, oyó —sólo a unos metros de distancia— un estridente pitido de la sirena del tren, aterrizó jadeante sobre la carretera helada y siguió cómo una flecha hasta estrellarse contra la dura muralla de nieve amontonada al otro lado de la carretera. En aquel preciso momento sonó a su espalda un grito aterrador, seguido de un tremendo crujir de maderas rotas y del chirrido de los frenos del tren.

Las salpicaduras de nieve que la máquina arrojaba sobre él eran ahora de un color rosado. Bond se limpió el rostro y se quedó mirándolas un instante. Se le revolvió el estómago... ¡Dios santo! El hombre había intentado alcanzar a Bond a toda costa, pero fue alcanzado a su vez por las mortíferas aletas del quitanieves. Al mismo tiempo, Bond advirtió que los viajeros se asomaban a las ventanillas brillantemente iluminadas y que algunos incluso habían descendido a la vía. Con un gran esfuerzo, Bond se rehizo y se puso en pie. Inmediatamente se lanzó por la carretera cubierta de hielo. En sus oídos resonaban las voces furiosas de las gentes que quedaban atrás, junto al lugar del accidente.

Bond, que ahora no era más que un mero autómatas jadeante y lívido como un cadáver, consiguió mantenerse sobre los esquís a lo largo de los tres kilómetros de suave pendiente que lo separaban de Samaden, el pequeño y tentador paraíso que le brindaba refugio y la compañía de seres humanos. Ante sus ojos apareció la esbelta torre de la iglesia del pueblo, toda iluminada por reflectores, y a la izquierda de las casas, que parecían sonreírle acogedoras, brillaba un atrayente mar de luces. A través del aire sereno y glacial llegaron a los oídos de Bond las notas de un vals. ¡La pista de patinaje! ¡Un baile de Nochebuena sobre hielo! Aquél era el ambiente que él necesitaba: gentío, alegría, bullicio, jaleo... Un lugar que le permitiera burlar la doble persecución que ahora le amenazaba: la de los miembros de ESPECTRA y la de la

policía suiza. ¡Ladrones y policías codo con codo! Siguió adelante tropezando y haciendo eses como un borracho. Junto a la pista de hielo había una multitud de coches estacionados, así como numerosos esquís clavados en montículos de nieve. Sobre la puerta de entrada se veía un gran letrero en tres idiomas: «¡Gran baile de máscaras de Nochebuena! Entrada: 2 francos. Traiga a sus amistades».

Bond se agachó para desatarse los esquís. Cayó desplomado al suelo de puro agotamiento y debilidad. Hubiera querido quedarse allí tendido y dormir, dormir, dormir; la nieve endurecida por las pisadas le parecía ahora tan blanda y agradable como un colchón de plumas... Gimiendo quedamente, se puso en pie. Escondió luego bajo uno de los coches los esquís marcados con una G en la punta, así como los bastones, y siguió adelante tambaleándose ligeramente. El hombre sentado a la mesa en que se despachaban los billetes estaba tan borracho como parecía estarlo Bond. Levantó los ojos turbios y dijo:

—*Zwo Franken, two francs, deux francs.*

Bond se apoyó en la mesa-taquilla, entregó el dinero y recogió su billete de entrada. El taquillero parpadeó un poco para aclararse la vista y examinarlo con mayor atención.

—La máscara, el disfraz, es obligatorio —balbució.

Extendió el brazo hacia una caja que tenía a su lado y sacó un antifaz blanco y negro, arrojándolo sobre la mesa.

—Un franco.

Hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa y agregó:

—Ahora tiene usted todo el aspecto de un gángster, de un espía. ¿Qué le parece?

—Perfecto —graznó Bond, poniéndose el antifaz.

Abandonando de mala gana la mesa-taquilla, traspuso la puerta de entrada. Alrededor de la cuadrada pista de hielo había bancos de madera dispuestos a modo de graderío. Bond tropezó en los escalones, y fue a caer en un asiento desocupado. Inmediatamente se quedó dormido.

Unas horas después sintió que alguien le sacudía por los hombros:

—Por favor, señor. ¡A la pista! ¡Todo el mundo a la pista para tomar parte en la gran final! Falta sólo un minuto.

De pie a su lado, enfundado en un uniforme púrpura y oro, aguardaba un hombre.

—¡Déjeme en paz! —dijo Bond, medio adormilado.

Pero al instante sintió como una voz interior que le advertía: «No armes escándalos. ¡Cuidado! No llames la atención». Haciendo un esfuerzo, se puso en pie y bajó los pocos escalones que le separaban de la pista. Con la cabeza un poco caída hacia adelante, como un toro herido, miró a derecha e izquierda. Descubrió un hueco en la cadena humana que rodeaba la pista y, con grandes precauciones, se deslizó hacia allí. Y entonces, desde el otro extremo, vino a su encuentro como una flecha una muchacha con anorak de un llamativo color rosa orlado de pieles y falda corta de color negro. La joven se detuvo en seco delante de él.

Bond alzó la vista para mirarla. Era una cara que había visto en alguna parte, una cara conocida... Aquellos ojos vivos, azules, aquella sonrisa radiante... Sí, pero ¿quién era?

La muchacha entró con él en el corro de patinadores, asió con su mano izquierda la derecha de Bond y con la otra se enganchó a la cadena de los patinadores.

—James... ¡Soy yo, Tracy! ¿Qué te pasa, di? ¿De dónde vienes?

—Tracy —contestó Bond, medio atontado—. Tracy, no te separes de mí. Me encuentro en un estado lamentable... —Ya te contaré.

Luego todo el mundo se puso a cantar y a balancearse alegremente, moviendo los brazos al compás de la música.

## Capítulo XII

### PARA DESAYUNAR, AMOR

Bond no comprendía cómo se las había arreglado para mantenerse en pie tanto tiempo sobre la pista, pero ahora todo había terminado por fin. Entre los aplausos generales, la multitud, alegre y satisfecha, comenzó a dispersarse en grupos más o menos nutridos. Tracy se aferró al brazo de Bond, que le dijo con voz enronquecida:

—Mézclate con la multitud, Tracy. Yo tengo que largarme; me vienen persiguiendo unos tipos... —de pronto se sintió alentado por un nuevo rayo de esperanza—. ¿Tienes el coche aquí?

—Sí, cariño. No te separes de mi lado. ¿Te aguarda alguien ahí fuera?

—Es muy posible. Mira a ver si hay por ahí algún Mercedes negro. Esos individuos pueden disparar. Mejor será que te mantengas apartada de mí. Puedo arreglármelas solo. ¿Dónde está el coche?

—Allá abajo en la carretera, a la derecha. Pero no hagas tonterías. Espera tengo una idea: ¡ponte mi anorak!

La muchacha bajó la cremallera y se quitó la prenda.

—Te quedará un poco estrecho. Toma. Mete el brazo por esta manga...

—Pero tú vas a atrapar un resfriado.

—Haz lo que te digo —dijo ella, subiéndole la cremallera—. ¡James, estás adorable así!

La piel del anorak olía a Ode de Guerlain. Aquel perfume le trajo a la memoria el recuerdo de *Royale-les-Eaux*. ¡Qué chica tan estupenda! Pensar en ella, la certeza de tenerla como aliada, la conciencia de haberse evadido al fin de aquella montaña maldita, todo esto reanimaba a Bond. Apretó fuertemente la mano de Tracy y la siguió por entre el gentío que afluía hacia la puerta de salida. Iba a pasar por un momento de peligro, un momento que podría ser fatal. Blofeld ya habría tenido tiempo por entonces de enviar al valle una cabina del teleférico llena de esbirros de ESPECTRA. A Bond le habían visto desde el tren, y ya sabrían que había seguido en dirección a Samaden. Probablemente sospecharían que iba a intentar mezclarse con la multitud para pasar inadvertido. Soltó la mano de la muchacha y volvió a deslizar el Rolex roto sobre los nudillos de su mano derecha. Había recuperado —gracias a Tracy principalmente— las fuerzas físicas suficientes para volver a enfrentarse con sus enemigos.

Se iban aproximando a la salida. Bond observaba con atención a la gente a través de

su antifaz... Sí, en efecto. ¡Allí estaban ellos! Dos de los matones se habían colocado uno a cada lado del taquillero y examinaban atentamente a las personas que iban saliendo. Al otro lado de la carretera aguardaba ya el Mercedes negro. ¡No tenía escapatoria! Sólo le quedaba la posibilidad de engañarlos con una estratagema. Bond rodeó con el brazo el cuello de Tracy, diciéndole en voz queda:

—Bésame; no dejes de besarme hasta que hayamos rebasado la mesa-taquilla.

Ella le echó el brazo por los hombros y lo atrajo hacia sí. Sus labios se apretaron mientras caminaban, y así, entre una oleada de gente que reía y cantaba, traspusieron la puerta y se encontraron de nuevo en la calle.

Siempre enlazados, torcieron a un lado y siguieron calle abajo. ¡Allí estaba, en efecto, el bendito cochecito blanco!

Pero, de pronto, comenzó a aullar la bocina del Mercedes. Sonaba con insistencia apremiante, como un toque de alarma. El hombre del coche sin duda debió reconocer a Bond por su modo de andar o por sus anticuados pantalones de esquiar...

—¡Aprisa, cariño! —exclamó Bond con acento apremiante.

La muchacha saltó al volante, apretó el botón de la puesta en marcha y ya estaba el coche en movimiento cuando Bond trepó al interior por la otra puerta. Inmediatamente miró hacia atrás. A través de la ventanilla trasera vio correr hacia el Mercedes a los dos bandidos. Menos mal que estaba aparcado en sentido contrario, es decir, orientado hacia St. Moritz. Ya Tracy había pasado —de un elegante patinazo, sin perder el dominio del coche— la curva en S del pueblo, y ahora avanzaba velozmente por la carretera general.

Antes de que pudiera dar la vuelta y lanzarse en persecución del coche blanco, el Mercedes habría perdido unos minutos precisos. Tracy conducía a una velocidad tremenda, pero en la carretera había bastante tráfico, principalmente de rechinantes trineos llenos de alegres viajeros que regresaban a Pontresina; de vez en cuando pasaba también algún coche chirriando con sus cadenas antideslizantes.

—¿Nos libramos de ellos? —preguntó Bond—. ¿Lo conseguirás? ¡Conduces maravillosamente! ¡Dios santo, bonita manera de pasar la Nochebuena!

Bajó el cristal de la ventanilla y arrojó afuera el antifaz; luego se quitó el anorak y se lo echó a Tracy sobre los hombros. Ante ellos apareció el gran poste indicador de la carretera principal que se dirigía hacia el valle.

—Sigue la ruta de la izquierda, Tracy. Por Filisur y luego por Coira.

La muchacha hizo el viraje a una velocidad que a Bond le pareció realmente suicida. El coche patinó, pero a pesar de que allí cubría la carretera una brillante capa de hielo

ennegrecido, logró dominar el vehículo y siguió conduciendo alegremente, como si tal cosa.

—¿Cómo diablos has conseguido hacerlo? ¡Si ni siquiera llevas cadenas en las ruedas!

Ella rió.

—Clavos Dunlop Rally en las cuatro ruedas. No te preocupes lo más mínimo. Anda, siéntate a tus anchas y disfruta de los placeres del viaje.

Había algo completamente nuevo en la voz de la muchacha, un acento de alegría y felicidad que no poseía precisamente en *Royale-les-Eaux*. Bond se volvió hacia ella y, por primera vez desde su nuevo y singular encuentro, se puso a observarla atentamente. Sí, Tracy era ahora una mujer completamente nueva, y en ella se traslucía una salud radiante y una especie de llama interior. Sus hermosos labios entreabiertos parecían continuamente a punto de sonreír.

—¡Tienes un aspecto estupendo, maravilloso! Pero, por favor, cuéntame... Explícame que hacías en Samaden. Tu aparición me parece un milagro. Un milagro que me ha salvado la vida.

—Bueno, en realidad no tengo mucho que contar. Es una historia muy sencilla. Como sabes, me encontraba en Davos (por cierto que mi estancia allí me ha hecho mucho bien), y un buen día papá me llamó por teléfono desde Marsella. Quería saber cómo me encontraba. Cuando se enteró de que no te había vuelto a ver, se enfadó mucho y me ordenó que fuera inmediatamente en tu busca y no parara hasta encontrarte. Te ha cobrado un cariño loco, ¿sabes? Me explicó que había conseguido localizar a un hombre cuyo punto de residencia andabas tú buscando. Me dijo que, conociéndote como te conoce, a buen seguro podría encontrarte en cualquier lugar próximo a dicha residencia: el Club Piz Gloria. Me dijo además que, si llegaba a localizarte, te aconsejara que anduvieses con gran cuidado, porque arriesgarías tu vida —la muchacha rió—. ¡Qué razón tenía! Salí, pues, en un coche de Davos y subí a Samaden anteaer. Ayer no funcionaba el teleférico; de modo que pensaba haber subido esta mañana a ver si te encontraba. Bueno, ¡ahora cuéntame tú!

Habían rodado hasta entonces a gran velocidad, a pesar de las múltiples curvas de la carretera; Bond se volvió a mirar por la ventanilla trasera. Lanzó un juramento en voz queda. Allá detrás, a kilómetro y medio de distancia aproximadamente, los seguían, al parecer, las luces de dos potentes faros. La muchacha dijo:

—Ya sé. Los vengo observando por el espejo retrovisor. Me temo que nos están ganando terreno. Bien, cuéntame. ¿Qué haces? ¿Qué te ha traído aquí?

Bond le dio una versión abreviada de su aventura de pesadilla en las cumbres. Explicó que había tenido que escapar a toda prisa, y que en aquel asunto mantenía

cierto contacto con la policía inglesa y con el Ministerio de Defensa británico.

Ella hizo un gesto burlón:

—Vamos, no trates de disimular, que conmigo no valen tapujos. Tú perteneces al Servicio Secreto. ¡Me lo ha dicho papá!

—Oh, son ganas de hablar —repuso Bond.

Pero ella le dirigió una sonrisa comprensiva. Luego dijo con perfecta calma:

—James, cariño, tengo que darte una mala noticia: esos individuos están cada vez más cerca y me queda muy poca gasolina en el depósito. Nos veremos obligados a parar en Filisur. Allí estarán cerrados ya todos los garajes y tendríamos que despertar a alguien, cosa que nos haría perder lo menos diez minutos. Y entonces nos alcanzarían. Tendrás que idear alguna solución rápidamente.

Aunque la distancia entre ambos coches era todavía de unos ochocientos metros, entraban ahora en una doble curva en S cuya primera mitad ceñía el borde de un barranco cruzado por un puente, por lo que la distancia en línea recta entre ambos vehículos quedaba reducida a unos trescientos metros. Durante unos segundos, el coche blanco quedó enfocado por el cono de luz de los faros del otro, y en aquel preciso instante se vieron chisporrotear las llamas azules de los disparos efectuados desde el Mercedes. De las altas rocas que bordeaban la carretera cayeron esquirlas de granito arrancadas por los impactos de las balas. Pero ya Tracy y Bond corrían por la segunda mitad de la curva, fuera del campo visual de sus perseguidores.

Pronto llegaron a un tramo de carretera interceptado a medias por un corrimiento de tierras. Un gran rótulo avisaba: «¡ATENCIÓN! ¡OBRAS! ¡CONducir con PRECAUCIÓN!». A la derecha de la carretera cortada estaba la montaña, y a la izquierda una valía medio derruida; detrás se abría un precipicio de casi cien metros de profundidad; un torrente, allá al fondo, arrastraba grandes témpanos de hielo. En el centro del tramo malo de carretera, una gran flecha indicadora de color rojo apuntaba hacia un paso estrecho sobre un puente provisional. Bond gritó de repente:

—¡Para!

Tracy detuvo el coche cuando ya las ruedas delanteras estaban sobre el puente. Bond abrió de golpe la portezuela, diciendo con precipitación:

—¡Sigue adelante y espérame en la primera curva! ¡Es nuestra única oportunidad!

«¡Buena chica!», pensó Bond, al verla reanudar la marcha sin decir palabra.

Bond volvió corriendo hacia la flecha roja, que estaba metida en cuña entre dos postes, la arrancó de un tirón, le dió la vuelta y la dejó señalando hacia la endeble

valía que interceptaba el breve tramo de carretera vieja que pasaba por el puente, ahora destrozado. A continuación arrancó los postes de la valía y los tumbó en el suelo. Luego saltó al otro lado de la carretera provisional, al abrigo de la montaña. Se arrimó al talud y permaneció a la espera, conteniendo la respiración.

El Mercedes se aproximaba a tremenda velocidad: una velocidad peligrosa en aquella carretera llena de curvas. Se fue derecho a la tenebrosa abertura señalada por la flecha. Bond apenas tuvo tiempo de ver unos rostros lívidos y crispados: oyó chirriar los frenos desesperadamente en el preciso instante en que el conductor veía ante sus ojos el borde del abismo. El vehículo pareció detenerse un instante; luego lenta, lentamente, basculó al borde del barranco y se precipitó en él.

Se oyó un estrépito espantoso al chocar el vehículo con los escombros del puente derruido, luego el estruendo de otro choque, y otro... Bond corrió en la dirección señalada por la flecha y se asomó al borde del precipicio a tiempo todavía de ver el horrible espectáculo: el coche había dado la vuelta de campana, y bajaba por los aires con las ruedas hacia arriba; volvió a chocar contra un saliente rocoso arrancando un haz de chispas, dio varias volteretas, todavía con los faros encendidos y, finalmente, cayó al fondo del río. Se oyó el sordo estruendo del impacto en el agua, seguido por la caída de trozos de roca desprendidos, y luego todo volvió a quedar silencioso y tranquilo bajo la luna.

Bond respiró. Luego, como un autómatas, volvió a poner en orden todas las cosas en la carretera: levantó de nuevo la valla y dio la vuelta a la flecha indicadora, de modo que quedara señalando otra vez hacia la derecha. Por último se secó en el pantalón las manos, sudorosas a causa de la tensión de nervios, y, con las rodillas un poco vacilantes, echó a andar hasta llegar a la primera curva.

Allí le esperaba el cochecito blanco, detenido a un lado de la carretera, con las luces apagadas. Bond subió y se dejó caer, rendido, en el asiento. Tracy, sin despegar los labios, arrancó y siguió carretera adelante. Allá abajo, en el valle, se divisaron de pronto las luces amarillas de Filisur, confortantes y acogedoras. La muchacha extendió la mano y asió fuertemente la de Bond.

—Por hoy, ya has hecho bastante. Duerme. Te llevaré a Zurich. Por favor, haz lo que te digo.

Bond no dijo nada. Apretó débilmente la mano de la muchacha, reclinó la cabeza en el marco de la portezuela y se quedó inmediatamente dormido.

El aeropuerto de Zurich, a la luz gris del amanecer, estaba casi desierto y les produjo un efecto deprimente. Por fortuna, había un Caravelle de la Swissair cuya salida se había aplazado a causa de la niebla reinante en el Aeropuerto de Londres y que ahora esperaba el momento propicio para emprender el vuelo hacia Inglaterra. Bond llevó a Tracy al restaurante, adquirió un billete para este avión y presentó a un funcionario soñoliento su pasaporte para que lo sellara. Luego entró en una cabina telefónica,

cerrando cuidadosamente la puerta. Buscó en la guía el nombre Universal Export, debajo del cual encontró la indicación:

Representante General: Alejandro Muir-Domicilio particular.

Así como el número del teléfono. Echó una ojeada al reloj de la sala de espera. Las seis. Bien. Muir tendría que resignarse a aguantar la molestia de una llamada telefónica a hora tan intempestiva.

Marcó el número y, al cabo de unos minutos, una voz soñolienta contestó al otro extremo del hilo:

—Ja, hier Muir... (Sí, Muir al habla...).

Bond dijo:

—Aquí 007. Siento de veras molestarle, 410, pero tengo que hablarle forzosamente. Le llamo desde el aeropuerto. Urgentísimo. El asunto es de tal importancia que no me queda más remedio que hablarle ahora mismo aun a riesgo de que su teléfono pueda estar intervenido. ¿Tiene papel y lápiz?

La voz de Muir se animó visiblemente:

—Un momento, 007. No se retire... ¡Ya! Estoy preparado. ¡Adelante!

—Ante todo, tengo que darle una mala noticia. A su Número Dos lo han liquidado. Casi seguro... No, ahora no puedo darle detalles pero dentro de una hora o cosa así salgo para Londres. Swissair, vuelo 110. Le informaré detalladamente sobre el caso tan pronto como llegue allá. Bien, otra cosa: es muy probable que mañana mismo, o a lo más dentro de unos días, llegue aquí un grupo de muchachas inglesas que saldrán de Engadina en helicóptero... Un Alouette de la Sud-Aviation. Hoy mismo le facilitaré desde Londres, por teletipo, los nombres de esas chicas. Estoy casi seguro de que regresarán a Inglaterra en avión, probablemente en vuelos diferentes, y de que aterrizarán en aeropuertos ingleses también distintos. Creo muy importante comunicar a Londres sus respectivos números de vuelo y sus probables horas de llegada. ¿Se encargará usted de ello? ¡Perfecto! ¿Recuerda la Operación «Bedlam», a la que oficialmente acaba de dársele carpetazo? Pues fíjese bien: se trata precisamente de eso. ¡Es el mismo hombre! El tipo ése se habrá enterado de ciertas cosas (posee una emisora de radio), y probablemente habrá sospechado que yo me pondría al habla con usted esta mañana. Ande con mucho cuidado y comunique todo esto personalmente a M por télex..., desde luego en lenguaje cifrado. ¿Lo hará usted? Y, por favor, dígame también que, si llego sano y salvo, tengo que verle hoy mismo, y que debe estar presente en esta entrevista el 501 (el Jefe del Departamento Científico del Servicio) y, a ser posible, alguien del Departamento correspondiente del Ministerio de Agricultura. Lo que le digo podrá parecerle ridículo y extraño, pero hay que hacerlo. Probablemente les voy a estropear el banquete de Navidad, pero no

puedo evitarlo. ¿Hará usted lo que le pido?... ¡Ah, magnífico! ¿Alguna pregunta?

La voz del otro denotaba nerviosismo y preocupación:

—¿Qué le parece si hago ahora mismo una escapada al aeropuerto? Estoy impaciente por saber más detalles acerca de mi Número Dos. Seguía la pista de uno de los hombres de Rojilandia. Un tipo que andaba comprando productos bastante sospechosos al representante local de la Badische Anilin. El Número Dos no me dijo qué clase de productos eran aquéllos. Había decidido que el mejor plan sería tratar de averiguar dónde se hacía la entrega de la mercancía...

—Sí, yo también me figuraba que se trataría de algo así. No. No venga usted. Es mejor que se mantenga alejado de mí. Estoy rodeado de una atmósfera de peligro, y lo estaré más aún durante el día de hoy, cuando encuentren cierto Mercedes en el fondo de un precipicio. ¡Bye!

Bond colgó el teléfono y se dirigió al restaurante. A Tracy se le iluminó el semblante al verlo entrar. Bond pidió el desayuno, se sentó al lado de la muchacha y le cogió la mano: el gesto típico de una pareja de novios momentos antes de despedirse en el aeropuerto.

—Bueno, Tracy, ya lo he arreglado todo. Todo lo que a mí se refiere, quiero decir. Pero ahora tenemos que pensar en ti. Tu coche se ha convertido en un elemento comprometedor y tú eres ahora una persona sospechosa. Te han visto salir de Samaden, han visto salir al Mercedes en tu persecución. Y el gran jefe de Piz Gloria ha enviado aquí gente suya. Debes terminar tu desayuno cuanto antes y partir a la mayor velocidad posible hacia la frontera. ¿Cuál es el puesto fronterizo más próximo?

—Escafusa... Pero, James —suplicó ella—, ¿es que tengo que dejarte ya? Creo que me he portado bien hasta ahora, ¿no? ¿Por qué quieres castigarme?

Ahora brillaban lágrimas en sus ojos, lágrimas que nunca hubieran brotado en aquellos días pasados en *Royale-les-Eaux*. Se las secó rápida y furiosamente con el dorso de la mano.

«¡Diablos!», pensó súbitamente Bond. «Jamás encontraré otra chica como ésta. Tiene todo cuanto yo he deseado siempre encontrar en una mujer. Es guapa, dotada de un espíritu de aventura, intrépida, fértil en recursos, siempre interesante. Creo que ella me quiere, y que además me dejaría seguir con el género de vida que he llevado hasta ahora. Por otra parte, es una chica solitaria, desligada de amigos, parientes y relaciones sociales. Pero, sobre todo, me necesita. Así tendría alguien a quien dedicarme, alguien a quien cuidar con cariño. Estoy harto ya de las cosas vividas a medias y de los amoríos efímeros, que no le dejan a uno más que amargura interior e intranquilidad de conciencia. Y tampoco me importaría tener hijos. Mi posición social no va a constituir impedimento. Nos adaptamos maravillosamente el uno al

otro. Entonces, ¿por qué no consagrar esta armonía para toda la vida?».

Bond se dio cuenta de pronto de que estaba pronunciando las palabras que jamás había dicho en su vida y que nadie habría podido esperar que salieran de su boca:

—Tracy, te quiero. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella se puso muy pálida. Levantó los ojos, fijando en él una mirada interrogante. Sus labios temblaban.

—¿De verdad hablas en serio?

—Completamente en serio. Con todo mi corazón.

La muchacha ocultó la cara entre las manos. Cuando las retiró, sonreía.

—Perdona, James, si te he asustado. ¡Esto es precisamente lo que yo tanto soñaba! ¡Así, tan de repente, me ha producido una emoción tremenda...! ¡Pues claro que me casaré contigo! Pero no quiero hacerte aquí ninguna escenita. Bésame sólo una vez y me marcho.

Le miró muy seria. Luego se inclinó hacia adelante y se besaron.

A continuación la muchacha se puso rápidamente en pie.

—Creo que debo ir acostumbrándome a hacer lo que tú digas. Seguiré con el coche hasta Munich y me alojaré en el hotel que prefiero entre todos los del mundo: el Vier Jahreszeiten. Allí te esperaré. En ese hotel me conocen perfectamente y me admitirán aunque no lleve equipaje. ¿Me telefonearás? ¿Cuándo podremos casarnos? Tengo que dar la noticia a papá. Se emocionará mucho.

—¡Casémonos en Munich! En el Consulado. Yo disfruto de una especie de inmunidad diplomática; puedo conseguir que nos arreglen los papeles rápidamente. Más adelante celebraremos el matrimonio religioso en una iglesia británica o, mejor aún, escocesa. Yo he nacido en Escocia, ¿sabes? Te telefonearé esta misma noche, y mañana otra vez. Volveré a verte lo antes que pueda. Pero primero tendré que liquidar definitivamente este asunto. No me queda otro remedio.

—¿Me prometes volver sano y salvo, sin ningún hueso roto?

—Eso ni lo dudes. Por primera vez en mi vida, huiré a escape en cuanto oiga el primer disparo.

—¡Así me gusta!

La muchacha le dirigió otra mirada intensa; luego, sin volver la vista atrás, salió del restaurante y bajó las escaleras en dirección a la puerta de salida.

Bond volvió a sentarse a la mesa. Le trajeron el desayuno y se puso a comer de una manera mecánica, distraído. «¿Qué es lo que acabo de hacer?», pensó. «¿Qué diablos he hecho yo?». Pero la única respuesta a esta pregunta era una maravillosa sensación de confortante calor en el corazón, una sensación de alivio, de dulce emoción. ¡James y Tracy Bond! ¡El Comandante y la señora Bond! ¡Qué extraño todo, todo! Algo fantástico, increíble.

## Capítulo XIII

### EL HOMBRE DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA Y PESCA

Bond se había quedado dormido en el avión y se despertó justo a tiempo de sujetarse el cinturón de seguridad antes de aterrizar. Momentos después el Caravelle entraba en contacto con la pista, rodando sobre el pavimento bajo una fina llovizna neblinosa. Bond se percató entonces de que no llevaba equipaje, lo cual le permitió pasar sin detenerse por el Control de Pasaportes, salir rápidamente y dirigirse a su piso para quitarse aquel ridículo traje de esquiar que apestaba a sudor y ponerse otra ropa. ¿Le aguardaría allí algún coche del Servicio? Sí. Allí había uno, en efecto, y en él estaba... ¡Mary Goodnight, sentada al lado del conductor!

—¡Santo Dios, Mary! ¡Vaya Navidad la suya! ¡Se excede usted en el servicio! Vamos, pase al asiento de atrás y explíqueme por qué razón no está ahora preparando el plum-pudding, o en la iglesia, o algo por el estilo.

La joven miró detenidamente a Bond, que entró tras ella en la parte posterior del automóvil.

—En realidad he venido a ver qué tal estaba usted. Me han dicho que había vuelto a verse en un buen aprieto. Francamente, tiene una facha horrible. ¿No lleva usted ni un peine? ¡Y ni siquiera se ha afeitado! La verdad es que tiene todo el aspecto de un pirata —frunció la nariz, olfateando—. ¿Cuándo se ha bañado usted por última vez? No sé ni cómo le han dejado salir del aeropuerto. Deberían ponerle en cuarentena.

Bond sonrió:

—Bueno, sepa usted que los deportes de invierno le dejan a uno exhausto. ¡Todas esas batallas con bolas de nieve y esas agotadoras carreras en tobogán...! Pero ¿quiere saber una cosa? Lo crea usted o no, el día de Nochebuena he tomado parte en un baile de disfraces. Esto no me ha dejado tiempo para nada, ya que el baile duró hasta la madrugada de hoy.

—Pero ¿con esos zapatones...? Vamos, no pretenderá que le crea.

—¿Por qué no, si le estoy diciendo la verdad? Y ahora, hablando en serio, Mary, ¿a qué viene el preocuparse tanto por mí y rodearme de atenciones como si yo fuera un ministro?

—¡Se trata de M! Primero deberá usted ponerse en contacto con el Estado Mayor y luego trasladarse a Windsor para almorzar con M en su magnífico alcázar. Después del almuerzo, se presentarán allí esos dos caballeros que ha querido que estuvieran presentes en la conferencia. Me notificaron que todo esto era urgentísimo y que debía dársele prioridad sobre todas las demás cosas. Cuando, hace cosa de una hora, me llamó el oficial de servicio para anunciarme la llegada de usted, pensé que debía

dejarlo todo y ponerme a su disposición; y así pedí que me recogieran en el coche de paso para el aeropuerto.

—¡Buena chica! ¡Realmente es usted magnífica! —exclamó Bond, muy serio—. Tendremos que darnos una prisa endiablada para poder redactar el informe, aunque sólo sea en forma esquemática y a grandes rasgos. También traigo trabajo para el laboratorio, ¿habrá alguien allí que se encargue de realizarlo?

—Por supuesto que sí. Ya sabe usted el empeño de M de que en todas las Secciones haya personal en servicio permanente, lo mismo el día de Navidad que cualquier otro día.

El coche se detuvo frente al piso de Bond.

—Sea buenecita y dígame a May, mi joya escocesa, que se ponga en actividad a toda prisa, mientras yo arreglo un poco mi aspecto físico. Que me prepare una cafetera llena de café y le agregue dos vasos colmados de nuestro mejor brandy. En cuanto a usted, pídale a May que le sirva lo que más le guste. Hasta es posible que tenga preparado plum-pudding. Escuche: son ahora las nueve y media. Hágame el obsequio de llamar al oficial de servicio; dígame que estoy conforme con las instrucciones dadas por M y que llegaremos allí a eso de las diez y media. Dígame también que se ocupe de que el laboratorio esté preparado para trabajar dentro de media hora —Bond sacó el pasaporte del bolsillo de atrás—. Luego haga el favor de darle esto al conductor, y dígame que vaya a toda prisa a entregárselo personalmente al oficial de servicio, y que no olvide decir a los hombres del laboratorio que la tinta empleada es... esto... de fabricación casera. Basta exponerla durante un momento al calor. Ellos ya comprenderán. ¿Entendido? Pues, ¡manos a la obra!

Cuando, unos minutos después de las diez y media, Bond llegó a su despacho, encontró sobre la mesa escritorio una carpeta en cuyo ángulo superior derecho aparecía una estrella roja. Aquella estrella significaba: «ultrasecreto». Dentro de esta carpeta encontró su pasaporte junto con una docena de fotocopias ampliadas de la página 21 del mismo. La lista de los nombres de las muchachas resaltaba muy poco, pero era legible.

Bond dictó velozmente a Mary Goodnight un informe sobre los hechos ocurridos durante los tres últimos días. Luego, mientras la muchacha lo estaba pasando a máquina, él tomó las fotocopias y se puso en comunicación, por teletipo, con el puesto Z de Zurich.

Dos horas después, se encontraba en el magnífico despacho que M tenía en su pequeña mansión de Windsor. Detrás de la mesa escritorio estaba sentado el propio M, quien recibió a Bond con una cordial sonrisa. M sonreía raras veces y aquel gesto siempre significaba una alta distinción para la persona que lo merecía.

El hombre se recostó en su sillón y dijo:

—Bien, James, ¿qué demonios anda usted haciendo por ahí? —sus ojos grises observaron fijamente a Bond—. Tiene cara de haber dormido muy poco. Según me han dicho, en esos centros donde se practican deportes de invierno se pasan ratos muy alegres y divertidos.

Bond sonrió. Metió la mano en el bolsillo interior y sacó las hojas de su informe unidas con grapas.

—Tal vez prefiera echar primero una ojeada a mi informe. Siento que no sea más que un simple borrador, pero puedo completarlo explicando todos aquellos puntos que no estén muy claros.

M echó mano a las hojas escritas, se ajustó las gafas y comenzó a leer.

Una lluvia tranquila repicaba suavemente en los cristales de la ventana. En la chimenea, un grueso tronco cayó sobre la parrilla del hogar. El silencio que reinaba en la estancia producía una agradable sensación de paz y bienestar. Allá, en el hueco de la escalera, un reloj dio la media.

M arrojó las hojas de papel sobre la mesa. Se le había apagado la pipa, y la volvió a encender muy despacio. Luego, con un tono de voz insólitamente amable y cariñoso, dijo:

—Bien, James, otra vez le ha acompañado la suerte... Sí, ¡menuda suerte haber podido escaparse de ésta! La verdad es que no tenía la menor idea de que supiera usted esquiar.

—No he hecho más que mantenerme de pie sobre los esquís No me gustaría repetir esta experiencia.

—No, tiene razón. Y ya veo, por lo que dice usted en el informe, que no ha llegado a ninguna conclusión cierta sobre lo que está tramando Blofeld.

—Así es. No he encontrado el menor indicio claro a este respecto.

—Ni yo tampoco. Tal vez los científicos puedan ayudarnos a aclarar esta cuestión, luego, por la tarde. Pero, de todos modos, hay una cosa en la que usted evidentemente no va desencaminado: ESPECTRA ha vuelto a sentar sus reales y está actuando en este asunto. Y otra cosa: su alusión a lo de Pontresina ha sido muy valiosa. Ese hombre que asesinaron en la pista de bob era un búlgaro, un técnico especializado en bombas de plástico. Teníamos dudas sobre la identidad de Blofeld. La pista de Pontresina nos ha resultado utilísima a este respecto. ¿Está usted absolutamente seguro de que ese hombre es el auténtico Blofeld? Es una hazaña realmente fantástica haber logrado modificar por completo su cara y su cuerpo, la verdad.

—Sí, estoy convencidísimo de que es él. Precisamente el último día de mi estancia

allí —es decir ayer— me dio en la nariz ese tufo característico que rodea siempre al viejo Blofeld. Por cierto, me parece que han pasado siglos desde entonces. Es sorprendente comprobar hasta qué punto puede engañarnos la noción del tiempo.

—Ha sido para usted una gran suerte haberse encontrado con esa muchacha. ¿Una de sus antiguas conquistas?

—Más o menos —Bond no había mencionado en su informe su aventura con la joven—. Es la hija de Draco, el jefe de la Union Corse. Su madre fue una institutriz inglesa.

—¡Hm! Un cruce de razas muy interesante... Bueno, ha llegado la hora del almuerzo.

M se levantó y Bond siguió tras él. Entraron en el comedor.

—Lo siento, pero no nos queda otro remedio que aceptar dócilmente el menú clásico: pavo y plum-pudding —dijo M—. La señora Hammond viene trajinando hace ya varias semanas con sus ollas y cazuelas para preparar la comida de este día. ¡Tonterías sentimentales!

Llegó por fin el pudding, ardiendo todo alrededor con su llama azulada, rito tradicional y de rigor en esta ocasión. La señora Hammond había puesto dentro del pudding unas cuantas «sorpresas de Navidad»: lindas figurillas plateadas que, según ella, daban la suerte, y M estuvo a punto de romperse un diente al morder una herradura en miniatura. A Bond le tocó el botón de los solteros. Entonces pensó en Tracy. ¡Ya podía haber sido una alianza!

Tomaron café en el despacho de M y encendieron unos delgadísimos cigarros negros, de los que M solía fumarse dos al día. A las tres se oyó en el exterior el frenazo de un coche sobre la grava.

—Ese debe de ser el 501. Usted probablemente lo conoce ya: es el Jefe del Departamento de Investigaciones Científicas de nuestro Servicio. Con él vendrá el señor Franklin, del Ministerio de Agricultura. Según 501, Franklin es una verdadera eminencia en su especialidad: la lucha contra las plagas. La verdad, no sé por qué el Ministerio de Agricultura habrá decidido enviar a este señor precisamente; pero el Ministro me dijo que en su departamento tenían algunos problemas serios y que estaban persuadidos de que usted había descubierto la pista de algo importantísimo.

Se abrió la puerta y los dos hombres entraron en la habitación. El Número 501 del Servicio Secreto, que se apellidaba Leathers, era un hombre alto, de complexión recia, un poco cargado de hombros, y llevaba gafas de lentes muy gruesas. Tenía una sonrisa simpática, y su modo de saludar a M denotaba una exquisita cortesía, pero no sumisión o servilismo. El otro, en cambio, era menudo y vivaracho; sus ojos brillantes y perspicaces, de expresión un poco guasona, lanzaban continuas miradas a un lado y a otro.

Después de los saludos de rigor, M les pidió disculpas por haberles estropeado la fiesta de Navidad y, una vez que todos tomaron asiento, añadió:

—Perdone, señor Franklin, pero me permito recordarle que todo lo que van a ver y a oír entre estas cuatro paredes está sujeto a la Ley sobre Secretos de Estado.

El señor Franklin expresó su conformidad con una leve inclinación de cabeza.

—Mi Ministro va me ha dado instrucciones en este sentido. Bien —sus ojos un tanto guasones se posaron unos segundos en cada uno de los otros tres hombres—, quizá no tengan inconveniente en decirme ahora de qué se trata de una manera concreta, ya que todo lo que sé se reduce prácticamente a esto: que un hombre que tiene su residencia en la cumbre de una montaña alpina está haciendo los mayores esfuerzos por mejorar nuestra agricultura y nuestra ganadería. ¡Qué simpático! ¿Eh? ¿Por qué vamos a tratarlo como si hubiera robado secretos atómicos? ¡Pobre hombre!

—Pues, sencillamente, porque en realidad ya lo ha hecho alguna vez —contestó M, impasible—. Pero antes que nada será mejor, creo yo, que el señor Leathers y usted echen una ojeada al informe de mi representante, aquí presente, a ver si encuentran en él algo de interés. —M pasó el informe al Número 501—. La mayor parte de las cosas que aquí se mencionan serán nuevas para usted, como lo han sido para mí. Por favor, ¿quiere pasar las hojas al señor Franklin, a medida que las va leyendo?

En la habitación reinó un largo silencio. De nuevo se puso Bond a escuchar el repiqueteo de la lluvia en los cristales y el suave chisporrotear del fuego en la chimenea. 501 terminó al fin de leer el último folio y se recostó en su asiento. Cuando el señor Franklin hubo concluido a su vez la lectura del informe, apiló las hojas delante de sí. Luego dirigió una sonrisa a Bond y le dijo:

—¡Ya puede usted considerarse hombre afortunado, pues está aquí con vida en este despacho!

Bond sonrió a su vez, pero no dijo una palabra.

M se volvió hacia el Número 501.

—Y bien, ¿qué le parece todo esto?

El Número 501 se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente con el pañuelo.

—Confieso que no veo muy clara la trama del asunto. A primera vista, esta actividad parece fuera de toda sospecha; es incluso loable, en realidad... si no supiéramos de Blofeld lo que sabemos. Su aplicación del hipnotismo para curar las afecciones alérgicas y hacer que los pacientes se aficionen a las cosas que les repugnan no es una idea nueva, y este procedimiento suele dar magníficos resultados. Pero para que Blofeld haya podido levantar este tinglado, ha tenido que gastar forzosamente sumas

enormes de dinero. Tanto si son buenas sus intenciones como si son perversas (y a mi juicio debemos aceptar que son realmente perversas), ¿quién subvenciona todo esto? Y, ¿cómo le ha dado por dedicarse a este campo de la investigación precisamente? Las figuras más destacadas en este ramo de la Ciencia han sido los rusos, desde que Pavlov empezó a experimentar con los perros, que segregaban saliva por acción de un estímulo exterior —se volvió hacia Bond—. ¿Conoce usted algún indicio que demuestre una inspiración o dirección rusa en ese instituto del Piz Gloria? ¿Observó la presencia de rusos, de una manera directa o entre bastidores, en aquel lugar?

—Pues sí, había un hombre: el «Capitán Boris» le llamaban ellos. Nunca llegué a verlo personalmente, pero me consta que era ruso. En todo caso, Blofeld hablaba con él en ruso. Aparte de éste, nadie llamó allí especialmente mi atención en tal sentido, si descontamos a los tres hombres de ESPECTRA que ya he mencionado en el informe. Pero todo parecía indicar que, en realidad, eran simples técnicos.

El Número 501 se encogió de hombros. Luego dijo, dirigiéndose a M:

—Si acepta usted la hipótesis de que éste es un negocio sucio, yo le diría que el tal Capitán Boris desempeña tan sólo el papel de financiador o superintendente del proyecto, mientras Blofeld tiene a su cargo la función de director con absoluta autonomía. Esto encajaría perfectamente con el carácter independiente de ESPECTRA... una banda mercenaria que siempre ha trabajado para el que pagara sus servicios.

—Quizás haya algo en lo que usted dice —repuso M pensativo. Luego se volvió hacia Franklin—: Bueno, y usted, señor Franklin, ¿qué piensa de todo esto?

El funcionario del Ministerio de Agricultura, con la pipa entre los dientes —una pipa pequeña, pulida y brillante, que acababa de encender—, echó mano a su cartera de documentos y sacó unos cuantos papeles, de entre los cuales extrajo un mapa esquemático de Inglaterra e Irlanda, dibujado en blanco y negro, en el que aparecían marcados numerosos símbolos diminutos.

—Este mapa —dijo— representa los recursos agrícolas y ganaderos de Gran Bretaña e Irlanda en su totalidad. Hace un momento, al echar la primera ojeada a este informe, no sabía qué pensar. La cosa me dejó completamente desconcertado. Como muy bien dijo el señor Leathers, estos experimentos parecen del todo inofensivos. Pero —sonrió— lo que ustedes buscan, señores, lo único que les interesa, es tratar de ver la parte oscura de la luna. Inconscientemente adapté mi mente a su modo de pensar, enfocando el problema desde ese ángulo. Y el resultado es que me ha asaltado una sospecha horrible. Perdonen: ¿tienen ustedes ahí la lista de los nombres y direcciones de esas muchachas?

Bond sacó la fotocopia del bolsillo interior de su americana y la empujó a través de la mesa en dirección a Franklin. Este la recorrió con la mirada de arriba abajo. Luego, con una inflexión de temeroso respeto, exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡Sí, creo que es eso!

Los tres hombres concentraron en él su mirada.

Franklin sacó del bolsillo un lápiz rojo y se inclinó sobre el mapa. Echando de cuando en cuando una ojeada a la lista, trazó diez círculos rojos en otros tantos puntos aparentemente no relacionados entre sí y diseminados por el territorio de Inglaterra y de Irlanda. Pero Bond observó que estos círculos cubrían precisamente las zonas en que los símbolos se apiñaban, constituyendo densos grupos. Mientras trazaba los círculos, Franklin comentaba:

—Aberdeen: cría de ganado bovino; Devon: cría de ganado de la raza red-poll; Lancashire: cría de gallinas y pollos; Kent: frutas; Shannon: patatas... —por último, detuvo el lápiz en el aire apuntando a East Anglia, y trazó una gran cruz. Luego, alzando la vista, exclamó—: Y aquí, ¡pavos! —Y arrojó el lápiz sobre la mesa.

A esto siguió un silencio, hasta que al fin M dijo con impaciencia, casi irritado:

—Bueno, señor Franklin, ¡explíquese usted!

El hombre del Ministerio de Agricultura se inclinó de nuevo y sacó un manojito de papeles de su cartera. De entre ellos extrajo un recorte de periódico y dijo:

—He recortado esto de un número del Daily Telegraph, de principios de diciembre. Es una crónica del corresponsal de este diario, un hombre apellidado Thomas, periodista muy serio y competente especializado en cuestiones agrícolas y ganaderas. La información lleva por título: «INQUIETUD EN EL MERCADO DE PAVOS. GRANJAS AVÍCOLAS ENTERAS ASOLADAS POR LA PESTE AVIAR». Luego sigue diciendo: «El abastecimiento del mercado de pavos en la época navideña puede verse gravemente afectado por los recientes brotes epidémicos de peste aviar, que están obligando a las autoridades a proceder al degüello de un gran número de aves...». Y más abajo: «Las estadísticas indican que ha habido que decomisar y sacrificar ya unas 218.000 aves. El consumo total de pavos durante la temporada de Navidad del pasado año se calculó en una cantidad de 3,7 a 4 millones de piezas; este año, el aprovisionamiento del mercado de estas aves durante la época navideña dependerá en alto grado de las proporciones que alcancen los posibles brotes ulteriores de la peste aviar».

El señor Franklin depositó el recorte sobre la mesa. Con semblante muy serio, dijo:

—Hemos conseguido evitar que pasen a la Prensa los datos obtenidos después de esa fecha; pero yo, señores, puedo facilitarles estos datos: sólo en las tres o cuatro últimas semanas hemos tenido que decomisar y eliminar... ¡tres millones de pavos! Y esto no es más que el principio. En East Anglia ya no hay manera de atajar la peste aviar, y hemos recibido informes según los cuales hay también síntomas de esta epizootia en Suffolk y en Hampshire. Los pavos que hemos tomado hoy en el almuerzo eran

probablemente de importación. Hemos autorizado la importación de dos millones de pavos de los Estados Unidos para paliar esta grave situación.

M repuso con displicencia:

—Bien, lo que es a mí, no me importa un bledo no volver a comer pavo en toda mi vida. Pero volvamos a la cuestión. ¿Qué tienen que ver los pavos con el problema que estábamos discutiendo?

A Franklin no le hizo mucha gracia aquella salida de tono.

—Tenemos una pista —dijo—. Las primeras aves que murieron de esta peste habían sido exhibidas todas ellas en la Exposición Avícola del Olympia, celebrada a principios de este mes. Los pabellones del Olympia habían sido objeto de una limpieza a fondo y de escrupulosas medidas higiénicas con vistas a la próxima exposición antes de que nosotros hubiéramos llegado a esta conclusión, y ésa es la razón por la que no pudimos descubrir el menor rastro de ese virus en los locales de la exposición. Y un detalle interesante: el agente que transmite la peste aviar es terriblemente virulento; la mortalidad causada por ese virus llega a la proporción del cien por cien... Y ahora, señores —añadió, esgrimando un grueso folleto de tapas blancas con el escudo de los Estados Unidos de América—, díganme: ¿qué saben ustedes de la guerra biológica?

—Nosotros —respondió Leathers— nos ocupamos de ese asunto durante la última guerra mundial, aunque de una manera «marginal». Pero, al fin, ninguno de los dos bandos beligerantes llegó a utilizar esas armas.

—Exactamente —repuso Franklin—. Sin embargo, este tema sigue siendo de una candente actualidad, sobre todo en nuestro departamento ministerial. Da la casualidad de que Inglaterra es el país más destacado del mundo en cuanto a porcentajes de producción agrícola. Este enorme desarrollo de nuestra agricultura se inició durante la guerra, cuando tuvimos que recurrir a todos los medios posibles para no morirnos de hambre. Y por dicha razón seríamos, en teoría, el blanco ideal para un ataque de ese tipo. No creo exagerado afirmar que si llegáramos a ser objeto de ese ataque (al que sólo podríamos responder matando ganado y aves y quemando cosechas) nuestro país quedaría totalmente asolado en pocos meses. Quedaríamos reducidos a la más espantosa miseria y nos veríamos obligados a mendigar de puerta en puerta.

—Eso empieza a convencerme —repuso M con aire pensativo.

—Veamos ahora esto —prosiguió Franklin, volviendo a coger el folleto—. Aquí aparecen expuestas las más recientes opiniones y juicios de nuestros amigos los norteamericanos sobre la guerra biológica. Nuestro Ministerio de Agricultura actúa de conformidad con los criterios de carácter general sobre la guerra biológica contenidos en este legajo, aunque con una salvedad: que Norteamérica ocupa una extensión inmensa, mientras nuestro país es un territorio pequeño y densamente

poblado. Una guerra biológica nos asestaría a nosotros un golpe mil veces mayor que a los Estados Unidos... ¿Me permiten ustedes que les lea unos cuantos párrafos? — dijo finalmente.

## Capítulo XIV

### GUERRA BIOLOGICA

Con un tono voz desapasionado, casi doctoral, Franklin dio principio a su lectura, interrumpiéndose de cuando en cuando para explicar o aclarar algún punto.

—La guerra biológica, conocida por las siglas GB, recibe también con frecuencia los calificativos de bacteriológica, bacteriana o bacilar; pero es preferible la denominación de «biológica», ya que ésta incluye todos los microorganismos, insectos y otros agentes nocivos, así como toda clase de productos tóxicos del reino vegetal y animal.

Franklin hizo una pausa. Con el dedo fue recorriendo la página del folleto.

—Luego se mencionan aquí diversos agentes GB destinados a atacar a los seres humanos, como son, por ejemplo, los bacilos del tifus y del botulismo. Y... —su dedo se detuvo en medio de la página— ¡aquí están!: «Agentes GB antianimales, que pueden utilizarse contra los animales domésticos, incapacitándolos para el trabajo o para la producción, o incluso matándolos...». Aquí se mencionan el carbunco, la brucelosis, el muermo y ciertos virus... la fiebre porcina africana, la glosopeda, la peste aviar, etcétera, etcétera... A continuación vienen los agentes GB anticosechas; se afirma que pueden ser utilizados como armas económicas, y yo creo que es éste el campo al que se dedica Blofeld. Se da una lista completa, en la que figuran la podredumbre de la patata y el escarabajo del Colorado. ¡De esto precisamente se trata aquí! —El dedo de Franklin volvió a detenerse en la página—. Los agentes GB se prestan muy bien por su naturaleza para operaciones de partisanos o de los Servicios Secretos. Hay que tener en cuenta que tales agentes pueden presentarse en una elevada concentración sin que los sentidos humanos sean capaces de descubrir su presencia y que, además, no producen su mortífero efecto hasta pasado algún tiempo, como las bombas de espoleta retardada. Esto permitiría a cualquier persona introducir cantidades eficaces de estos agentes en instalaciones de ventilación, de abastecimiento de alimentos o de agua, o en lugares análogos, en los que se propagarían rápidamente, sobre todo en zonas de gran densidad de población.

Franklin hizo una nueva pausa y después continuó:

—Y esto se ajusta perfectamente a nuestro caso: después de celebrarse una feria ganadera, por ejemplo, los animales exhibidos propagarían el virus por todo el territorio nacional —volvió a inclinarse sobre el folleto—. Se han realizado diversas experiencias científicas cuyos resultados demuestran que es absolutamente factible infectar con agentes biológicos zonas de una extensión de miles de kilómetros cuadrados... —Franklin golpeó la página con la mano—. Permítanme citar un último pasaje, y entonces —sus ojos adquirieron su característica expresión guasona— quizá comprendan por qué estoy tan agitado e inquieto precisamente en este día de la «paz

a los hombres de buena voluntad». Oigan ustedes: «Como ya se ha dicho, la defensa contra estos agentes GB es muy difícil, debido a que la presencia de tales gérmenes sólo puede descubrirse con gran trabajo, y muy a menudo sólo por pura casualidad. Ni la vista, ni el olfato, ni ningún otro sentido humano es capaz de detectarlos. Por lo menos hasta ahora no se ha ideado ningún procedimiento que permita detectar e identificar rápidamente estos gérmenes».

Con un gesto dramático arrojó el folleto sobre la mesa. Como si este gesto le hubiera liberado de la pesadilla de aquel tema, su rostro se animó con una amplia sonrisa, y acto seguido echó mano a su pipa y comenzó a llenarla.

—Y esto, señores, es todo cuanto tiene que decir el fiscal.

—Muchas gracias, señor Franklin —dijo M—. Si no he entendido mal, ha llegado usted a la conclusión de que ese Blofeld está desencadenando una guerra biológica contra nuestro país, ¿no es eso?

—¡Exacto! —repuso Franklin con tono firme y resuelto—. Estoy convencido de ello.

Luego, señalando con el dedo la cruz roja que había trazado sobre la región de East Anglia, añadió:

—Fíjense ustedes en esto: fue el primer indicio que me hizo sospechar de Blofeld. Esa joven, Polly Tasker, que salió del «Instituto» del Piz Gloria hace más de un mes, procedía precisamente de esta región, en la que se concentra la mayor industria inglesa de la cría de pavos. Ella, que era alérgica a los pavos, regresó a su patria con una mentalidad cambiada, con ideas sugeridas sobre el modo de mejorar la cría de estas aves, y resueltamente decidida a poner en práctica tales ideas. Una semana después de su regreso, estalla la mayor epizootia que jamás se haya registrado en Inglaterra y que afecta precisamente a los pavos.

Leathers, que había permanecido callado, ya no pudo contenerse por más tiempo y, dándose una palmada en el muslo, exclamó:

—¡Dios bendito, Franklin! ¡Creo que ha dado usted en el clavo! Por favor, siga, siga.

Franklin se volvió hacia Bond:

—Cuando el Comandante Bond echó una ojeada al interior del laboratorio de Blofeld, vio hileras y más hileras de tubos de ensayo que (según se dice en el informe) contenían un líquido turbio, como nublado. Pues bien, ¡ese líquido nublado muy bien podría ser una concentración de virus! El informe dice, además, que el laboratorio estaba alumbrado únicamente por una luz de color rojo oscuro. Y esto corrobora nuestra suposición, ya que los cultivos de virus no admiten la exposición a una luz clara intensa. Y ¿quién les dice a ustedes que, antes de su salida para Inglaterra, no le entregaron a Polly Tasker un frasco pulverizador de virus de la peste

aviar, explicándole que se trataba de una especie de elixir para los pavos, un tónico para criarlos más gordos y sanos? ¿Recuerda aquella conversación hipnotizadora en la que se sugería insistentemente la idea del mejoramiento de la cría de aves? Y supongamos que le hubiesen dicho a la joven que acudiera al Olympia con motivo de la exposición agropecuaria y hasta, tal vez, que se ofreciera como mujer de la limpieza o algo así, lo que le permitiría aplicar pulverizaciones de ese elixir entre las aves expuestas. Se le habría recomendado al mismo tiempo que guardará el secreto, por tratarse de una patente, y probablemente le habrían aconsejado que llevara a cabo su labor en uno de los últimos días de la exposición para que no se notaran demasiado pronto los efectos del tratamiento. Luego, después de clausurarse la exposición, los animales vuelven a sus dueños... ¡qué están repartidos por toda Inglaterra! ¡Y para qué quieren más! —hizo una pausa—. ¡Fíjense bien! ¡Allí fue Troya! Tres millones de pavos muertos, y más y más aves que siguen muriendo por todas partes, y el Estado gastando más y más divisas para reemplazar las aves que se van perdiendo...

Leathers, con la cara enrojecida de indignación, pasó la mano fugazmente por todo el mapa.

—¡Y las demás muchachas! ¡Todas ellas de comarcas amenazadas por el peligro! ¡Todas procedentes de las regiones de mayor concentración agropecuaria! Y en todas partes y en todas las épocas del año hay exposiciones: de ganado, avícolas y hasta de patatas... Para las patatas está el escarabajo del Colorado, y para el ganado, la peste porcina. ¡Dios santo, y es tan terriblemente sencillo! Esas muchachas no tienen más que mantener los virus a la temperatura apropiada durante unos días. Seguramente les habrán dado instrucciones en este sentido a las pobrecillas. Y, en todo momento, estarán firmemente convencidas de que son casi unas santas. ¡Maravilloso! Con franqueza, me inclino ante la inteligencia de ese hombre.

M se volvió hacia Bond:

—¿Qué opina usted?

—Me temo que eso lo explica y aclara todo. Ya conocemos a ese hombre. Y en todo esto se reconoce inmediatamente la mano de Blofeld. Y lo de menos es quién financia sus actividades. Con eso puede hacerse una fortuna. Si el señor Franklin está en lo cierto, y este folleto norteamericano es sin duda una magnífica pieza probatoria que apoya sus suposiciones, nuestra moneda se arruinará literalmente, llevando a nuestro país al desastre.

M se levantó.

—Muy bien, señores —dijo—, creo que esto es todo. Señor Franklin, ¿querrá informar a su Ministro de todo lo que ha oído aquí? Ya pondrá luego él en antecedentes al Primer Ministro y al Gobierno, si lo cree conveniente. Por mi parte, voy a dictar medidas preventivas. Tenemos que localizar a esa Polly Tasker y, naturalmente, retener también a las otras muchachas conforme vayan llegando al país.

Hay que tratarlas bien y con la debida delicadeza, ya que ellas no tienen culpa de nada. Después ya pensaremos lo que se ha de hacer con el señor Blofeld.

Luego, dirigiéndose a Bond, le dijo:

—¿No le importa quedarse unos momentos conmigo, por favor?

Los otros dos caballeros se despidieron.

M tocó el timbre y pidió que les sirvieran té; pero, por si acaso, preguntó a Bond:

—¿O prefiere usted un whisky con soda?

—Sí, whisky, por favor.

—¡Uf, matarratas con agua! —comentó M.

Bond cogió el mapa de Franklin y se puso a estudiarlo atentamente. Se daba cuenta ahora, cada vez con mayor claridad, de que su solicitud de dimisión no tenía la menor razón de ser. Estaba metido hasta las orejas, más metido que nunca, en su vieja profesión. Era preciso liquidar aquella organización siniestra, realizar una «operación de limpieza a fondo». Y Bond sabía exactamente lo que le iba a proponer a M. Sólo él, Bond, podía llevar a cabo aquella operación de limpieza... ¡Estaba escrito en su horóscopo!

La señora Hammond trajo el té y el whisky. Después de un momento de silencio, M dijo con tono lúgubre:

—Es repugnante todo esto, James, pero me temo que, desgraciadamente, nuestras sospechas son fundadas.

Se volvió hacia el teléfono rojo que comunicaba directamente con una centralilla privada de Whitehall y descolgó el auricular.

—Por favor, póngame con Sir Ronald Vallance, del Departamento de Investigación Criminal, con su número particular; estará en casa, supongo —tomó un largo sorbo de té y volvió a depositar la taza en el platillo—. ¿Es usted Vallance? Le habla M. Siento muchísimo tener que estropearle la siesta. Por favor, apriete el botón, ¿quiere? —M presionó a su vez la gran tecla negra situada en un lado de la caja del receptor—. ¿Está ya? Bien. Me terno que lo que voy a decirle es de la máxima urgencia. ¿Recuerda usted a Blofeld y la Operación «Trueno»? Pues bien, ese tipo está tratando de dar el golpe otra vez. Mañana a primera hora recibirá usted mi informe detallado. Y el Ministerio de Agricultura no sólo está interesado en este asunto, sino que incluso le da prioridad sobre todos los demás problemas de su competencia. Allí deberá usted ponerse en contacto con el señor Franklin. Es el jefe del servicio de lucha contra las pestes agropecuarias. Su amigo 007 es el que ha descubierto todo el tinglado... Él le

informará con más detalle sobre el aspecto internacional del asunto. Ahora sólo puedo decirle lo que hay que hacer con la máxima urgencia, porque es importantísimo. Ya sé que hoy es Navidad y todo eso, pero ¿no podrían tratar sus hombres de localizar inmediatamente a una muchacha llamada Polly Tasker? Tendrá unos veinticinco años, y reside en una localidad de East Anglia... Bueno, ya sabemos que ésa es una región muy extensa, pero el trabajo de su localización no resultará difícil, pues la muchacha probablemente pertenece a una familia acomodada que se dedica a la cría de pavos. Desgraciadamente no conozco más datos de la chica; sólo sé que hace unas semanas se encontraba en Suiza. Si logran dar con ella, deberán recluirla por haber introducido secretamente en Inglaterra gérmenes de la peste aviar... Sí, eso es... Pero trátenla con toda clase de consideraciones. Ella no sabía lo que hacía. Y díganle a sus padres que no se preocupen, que a la chica no le va a pasar nada. Tan pronto como la hayan encontrado, comuníquenselo a Franklin. Tiene que hacerle unas cuantas preguntas muy sencillas; una vez interrogada, puede dejarla en libertad para que vuelva a casa de sus padres. Pero, por favor, encuentren a esa chica a toda costa. Ya comprenderá las razones de todo esto cuando haya leído el informe.

«Ahora otro encargo, el siguiente en orden de importancia. Hay otras diez muchachas en el mismo caso: vendrán en avión desde Zurich a Inglaterra e Irlanda, cualquier día a partir de mañana. Hay que dar instrucciones a los aduaneros para que las retengan a toda costa en el puerto marítimo o en el aeropuerto de entrada en el país. 007 tiene la lista de los nombres y apellidos de las chicas, así como una descripción bastante detallada de cada una de ellas. Sí... 007 presentará esa lista a Scotland Yard hoy mismo al atardecer... No, ahora no puedo darle pormenores... Es una historia muy larga de contar. ¿Ha oído hablar de la guerra biológica?... ¡Sí, exactamente! El carbunco y todo eso... Sí, una nueva faenita de ese maldito Blofeld. Bien, Vallance... ¿Se ha enterado bien de todo lo que le he dicho? Ah, magnífico —M escuchó un momento y sonrió satánicamente—. Sí... ¡Felices Pascuas también a usted!».

Colgó el receptor y dijo con voz un tanto cansada:

—Bien, ya hemos tomado todas las medidas que debíamos adoptar por nuestra parte en el plano oficial. Vallance cree que ya es hora de que metamos en la jaula de una vez a ese Blofeld. Yo estoy enteramente de acuerdo con él. Y este trabajo nos toca hacerlo a nosotros; es cosa exclusivamente nuestra. Pero no podemos contar con la colaboración de los suizos; si esperáramos su ayuda, estaríamos aviados: se dedicarían a poner reparos y a alborotar el cotarro durante semanas enteras, antes de tomar ninguna medida positiva para ayudarnos. Y para entonces ya estaría Blofeld en Pekín o Dios sabe dónde —M miró a Bond—. ¿Se le ocurre alguna idea, James?

Había llegado por fin la pregunta deseada, tal como Bond había supuesto. Este se tomó un gran trago y depositó delicadamente el vaso de whisky encima de la mesa. Luego empezó a hablar de manera enfática, apremiante y persuasiva. Pero, a medida que exponía su plan, el semblante de M se ensombrecía más y más; y cuando Bond concluyó su exposición diciendo: «... es la única posibilidad que veo; todo lo que

necesito es un permiso de quince días, y también podría presentar mi dimisión, si fuera conveniente para nuestros fines...», M giró en su asiento, se volvió hacia la chimenea y se puso a contemplar, pensativo, las llamas agonizantes de los leños del hogar.

Bond guardó silencio, esperando el veredicto. Al fin, M giró de nuevo en su asiento y se volvió hacia el agente. En sus ojos grises brillaba una mirada furiosa.

—¡Está bien, 007! ¡Adelante, ya que se empeña! Yo no puedo decirle nada de este plan al Primer Ministro. No nos prestaría la menor ayuda. Pero, por Dios se lo ruego, tome todas las precauciones para que el asunto termine bien. Es absolutamente indispensable que la operación tenga pleno éxito; de lo contrario, ya sabe lo que nos espera... No me importa que me destituyan de mi puesto; pero no quisiera que el Gobierno se viera comprometido y envuelto en un escándalo como el del fracasado avión U—2 de los Estados Unidos. ¿Comprende usted?

## Capítulo XV

### GAULOISES Y AJO

Provisto de su pistola Walther bien enfundada y con su verdadero nombre en el pasaporte, Bond miró a través de la ventanilla, mientras el Caravelle sobrevolaba el Canal de la Mancha. Por lo menos ahora tenía la agradable sensación de ser el auténtico Bond y no el doble de Sir Hilary Bray.

Había tenido que darse una prisa tremenda para terminar todo su trabajo antes de tomar el avión. Hasta hora muy avanzada de la noche anterior, y luego durante toda la mañana, había trabajado en el Cuartel General preparando un *Identicast* de Blofeld y comprobando todos los detalles con Ronnie Vallance. Había celebrado una conferencia por teletipo con el puesto Z, y hasta se había acordado de decirle a Mary Goodnight que llamara a Sable Basilisk después de las vacaciones de Navidad para rogarle que hiciera algún trabajo sobre los apellidos de las diez muchachas, y sobre todo que no se olvidara de trazar el árbol genealógico de Ruby Windsor, adornándolo con unas cuantas iniciales doradas.

A las doce de la noche había pedido conferencia con Munich. Allí estaba Tracy. Se sintió feliz al escuchar aquella voz querida, ahora tan excitada y emocionada. Le dijo:

—Escucha atentamente lo que voy a decirte, Tracy. Mañana te enviaré mi partida de nacimiento, acompañada de una carta de presentación para el Cónsul General británico; en ella le digo que deseo casarme lo antes posible. Bueno, todo esto tardará unos días, pues antes hay que publicar las amonestaciones o algo parecido. Ahora tienes que sacar a escape tu partida de nacimiento y entregársela también... ¿Cómo? ¿Qué ya la tienes? —Bond lanzó una carcajada—. Entonces ya estamos listos. Todavía tendré trabajo para unos tres días; mañana salgo en avión para Marsella, a fin de entrevistarme con tu padre y pedirle tu linda mano. ¡Qué digo tu mano! ¡Tus dos manos, tus pies y todo el resto de tu persona! ...No... No vengas: tú te quedarás quietecita en Munich. Esta conversación es sólo para hombres. ¿Estará tu padre levantado todavía? ...Ahora mismo voy a llamarlo por teléfono. Bueno, si... Y ahora derechita a la cama... Tienes que descansar; de lo contrario, cuando llegue la hora de la verdad, vas a estar tan cansada que no vas a ser capaz de decir: «¡Sí, quiero!».

A los dos les había costado gran trabajo colgar el receptor; él hubiera querido seguir escuchando la voz de Tracy, y Tracy, la voz de él. Pero al fin se despidieron tiernamente con un último «¡Buenas noches!», y Bond, acto seguido, pidió conferencia con Marsella.

Marc-Ange acudió inmediatamente a la llamada. En su voz se reflejaba una excitación casi tan intensa como la que delatara la voz de Tracy unos momentos antes. El hombre estaba loco de alegría ante la perspectiva de la próxima boda, pero apenas tuvo tiempo de desahogar su entusiasmo de padre, porque Bond, que tenía

otras cosas urgentes en que pensar, le interrumpió bruscamente y le dijo:

—Ahora escúchame, Marc-Ange. Quiero pedirte un regalo de boda.

—Todo lo que tú quieras, mi querido James. Estoy dispuesto a regalarte todo cuanto poseo. Y tal vez —rió— algunas cosas más que yo podría «agenciarme» si fuera preciso. ¿Qué te gustaría que te regalara?

—Te lo diré mañana por la noche. He sacado un billete de la Air France para Marsella. Avión de la tarde. ¿Tienes ahí a alguien que pueda salir a recibirme? Es asunto de negocios. ¿Podrían hallarse presentes tus otros directores para celebrar una pequeña reunión? Se trata de nuestra organización de ventas de Suiza.

—Ah, ya —la voz de Marc-Ange denotaba una comprensión absoluta—. Pues claro; mis colegas estarán disponibles con toda seguridad. Y, por supuesto, alguien saldrá a recibirte. Bien, ¡buenas noches, hijo mío!

Y colgó bruscamente.

«¡El viejo zorro!», pensó Bond. «¿Temerá acaso que yo hable demasiado por teléfono?».

En el avión, que volaba con un ligero silbido, Bond fue dando cabezadas hasta que el aparato aterrizó en Marsella. Salió a recibirlo un taxista con facha de auténtico pirata y lo llevó a una casa de apartamentos —un edificio de mal gusto, aunque nuevo y flamante— de la calle de St. Ferréol. En un escaparate de la planta baja había un rótulo cuyas letras, de una cruda luz de neón, formaban esta inscripción: APPAREILS ELECTRIQUES DRACO. El chófer cogió la maleta y la llevó al interior de un vestíbulo alfombrado. Un portero rechoncho y atezado, bajo cuya axila marcábase un bulto sospechoso, se hizo cargo del equipaje y escoltó a Bond en el ascensor hasta el último piso. Al llegar allí, otro tipo de la misma catadura lo introdujo en un confortable dormitorio con cuarto de baño. Después de haberse lavado, Bond siguió al hombre, entrando con él en una gran habitación situada al final del pasillo. Allí le estaba esperando Marc-Ange. Una sonrisa radiante de alegría, toda de dientes de oro, iluminó aquella cara arrugada como una nuez. Marc-Ange salió a su encuentro, lo abrazó instintivamente y, del modo más natural, lo besó en ambas mejillas. Bond reprimió un movimiento de retroceso y dio a Marc-Ange una palmadita tranquilizadora. Marc-Ange se apartó y se echó a reír.

—Está bien, está bien —dijo—. ¡Te juro que no volveré a besarte! Lo hice espontáneamente, sin pensar... ¡Cosa de nuestro temperamento latino! Bueno, venga, vamos a tomar un trago.

Bond aceptó esta invitación de muy buena gana.

—Siéntate y dime qué es lo que puedo hacer por ti —continuó Marc-Ange—. Te juro

que no diré ni una palabra a Teresa hasta que hayamos terminado y liquidado definitivamente este asunto. Pero, al menos, dime una cosa —en sus ojos se leía una muda súplica— ¿no has cambiado de idea?

Bond sonrió.

—¡Pues claro que no, Marc-Ange! Dentro de esta misma semana nos casaremos. Concretamente en el Consulado General de Munich. Tengo quince días de permiso. He pensado que podríamos pasar nuestra luna de miel en Kitzbühel. Me gusta Kitzbühel. Y a Tracy también le encanta. ¿Vendrás a la boda?

—¿Cómo que si iré a la boda? ¡Eso ni se pregunta! —estalló Marc-Ange—. Más aún: te va a resultar difícil impedir que haga una escapadita a Kitzbühel mientras vosotros estáis allí... Pero ahora es preciso que deje a un lado esta enorme alegría que siento y vuelva a portarme como un hombre inteligente. Mis dos hombres, mis «organizadores», si prefieres esta expresión, nos están esperando. Pero antes quería hablar un rato a solas contigo.

Bond echó otro trago y tomó asiento al lado de la mesa, frente al Capu.

—También yo deseaba mucho esta entrevista, Marc-Ange, pues tengo que hablarte de ciertos asuntos que conciernen a mi país. Ahora bien, todo esto tienes que guardarlo, como sueles decir, detrás de tu *herkos odonton*. ¿Me lo prometes?

Marc-Ange levantó la mano derecha y con el índice hizo la señal de la cruz sobre su corazón.

—Prometido. ¡Adelante!

Bond le refirió la historia de punta a cabo. Había llegado a cobrar gran afecto a este hombre y sentía por él profunda admiración y respeto, si bien no sabría decir exactamente por qué. Acaso se debiera en parte a la atracción magnética que irradiaba su personalidad, y en parte al hecho de que Marc-Ange le había abierto de par en par su corazón, depositando en él su confianza hasta el extremo de revelarle sus secretos más íntimos.

Cuando Bond hubo concluido el relato, Marc-Ange se recostó en su asiento, echó mano a un paquete de Gauloises y, poniéndose un cigarrillo en la comisura de los labios, dijo:

—Sí, francamente, es una historia asquerosa e indignante. Hay que acabar con todo eso; es preciso destruir ese tinglado y al hombre que lo dirige. Escucha, mi querido James —su voz tenía ahora un tono sombrío y un poco ronco—: yo soy un gran delincuente. Hago contrabando, practico la extorsión cuando la ocasión se me presenta, robo a los grandes ricachones, infrinjo numerosas leyes. Y en estas andanzas más de una vez me he visto obligado a matar. Es posible que algún día

cambie de conducta, tal vez muy pronto..., aunque reconozco que me resultará difícil renunciar al cargo de Capu de la Union Corse. Sin la protección de mis hombres, mi vida no valdría gran cosa. De todos modos, ya veremos... Pero este Blofeld es demasiado malvado; lo que pretende hacer es una bestialidad. Ahora tú vienes aquí a pedir a la Union Corse que haga la guerra a ese hombre y lo aniquile. Ya comprenderás que esto es algo que no puede hacerse oficialmente. Tiene razón tu jefe. Con los suizos no conseguirás nada. Tú quieres que mis hombres y yo realicemos ese trabajo... —rió de pronto—. Es ése el regalo de boda que querías pedirme, ¿a que sí?

—¡Exacto! Pero escucha: yo quiero tener mi parte en ese trabajo. He de participar personalmente en la operación. Quiero reservarme a ese hombre para mí solo.

Marc-Ange contempló un instante a Bond con aire pensativo.

—Eso no me gusta. Y tú sabes por qué.

En seguida añadió con voz suave:

—¡Eres un idiota de marca, James! Deberías dar gracias al Cielo por estar vivo todavía —se encogió de hombros—. Pero ya sé que gasto saliva en balde. Hace ya demasiado tiempo que andas detrás de ese hombre, y quieres ser tú mismo quien lo cace; ¿no es así?

—Eso mismo. No quiero que mate otro la liebre que he levantado yo.

—Está bien, está bien. Y ahora ¿te parece bien que hagamos entrar a mis colaboradores? No tienen por qué saber la razón por la que les hemos llamado. Les basta saber que es una orden mía, y nada más.

Marc-Ange descolgó el receptor y dio una orden. Un minuto después se abrió la puerta y entraron dos hombres en el despacho. Sin hacer caso de la presencia de Bond, tomaron asiento en las dos sillas desocupadas que había en la habitación.

Con un movimiento de cabeza, Marc-Ange señaló al hombre que estaba sentado al lado de Bond, un corpulento tipo atlético con las orejas combadas hacia afuera y una nariz partida de boxeador.

—Te presento a Ché-Ché *le Persuadeur*; como puedes figurarte, posee especiales dotes de persuasión —explicó Marc-Ange con una sonrisa feroz—. Y este otro caballero es Toussaint, conocido por el sobrenombre de *le Pouff*. Es nuestro experto en materias plásticas. Vamos a necesitar una gran cantidad de este material.

—¡Vaya que si vamos a necesitar! —repuso Bond.

Toussaint, hombre delgado y de tez grisácea, se inclinó ligeramente hacia delante,

diciendo.

—¿*Plastique*?

—Este señor —prosiguió Marc-Ange señalando a Bond— es un gran amigo mío en todos los aspectos. Para vosotros será simplemente *le Comandant*. Y ahora, pongámonos a trabajar.

Hasta aquel momento había hablado con los dos hombres en francés, pero luego cambió bruscamente de idioma, poniéndose a hablar rápidamente en corso, del que Bond no entendía una sola palabra. Mientras seguía hablando, sacó del cajón un mapa muy detallado de Suiza, lo desplegó sobre la mesa y, después de rebuscar rápidamente con el dedo, señaló un punto situado en el centro de la comarca de Engadina. Los dos hombres estudiaron atentamente el mapa.

Ché-Ché dijo algo relacionado con «Estrasburgo», y Marc-Ange asintió entusiasmado con un movimiento de cabeza. Luego se volvió hacia Bond y le tendió una gran hoja de papel y un lápiz.

—Sé buen chico y ponte a trabajar en esto, ¿quieres? Necesitamos un plano del Piz Gloria, indicando la posición de los edificios, sus dimensiones aproximadas a escala y las distancias que los separan entre sí. Luego, más tarde, haremos una maqueta completa en plastilina, para que no haya la menor confusión. A cada hombre se le asignará una tarea específica —sonrió— lo mismo que en la guerra de comandos.

Bond se puso a hacer rayas, mientras los otros discutían. Sonó el teléfono. Marc-Ange descolgó el aparato, anotó algunas palabras y colgó de nuevo. Se volvió hacia Bond con un momentáneo aire de sospecha.

—Acaba de llegar de Londres un telegrama dirigido a mi nombre y firmado «Universal». Dice así: «Los pájaros se han reunido en la ciudad y volarán mañana». ¿Qué significa esto, *mon ami*?

«Diablos, ¿cómo he podido olvidarme de esto?», pensó Bond.

—Te pido mil perdones, Marc-Ange —contestó—; hace rato que tenía la intención de avisarte que ibas a recibir este mensaje cifrado. Eso quiere decir sencillamente que las muchachas han llegado ya a Zurich y que mañana saldrán en avión para Inglaterra. Es una noticia estupenda, pues era muy importante sacarlas de allí y ponerlas en lugar seguro.

—Buena idea. ¡Realmente, una magnífica idea! Has hecho muy bien en no mandar dirigir el telegrama a tu nombre. «Oficialmente» tú no puedes encontrarte aquí, ni siquiera conocerme a mí.

Marc-Ange examinó el croquis hecho por Bond y se lo pasó a Toussaint. Este echó

una rápida ojeada al dibujo y luego lo plegó con el máximo cuidado, como si fuera un precioso título al portador. Haciendo una leve reverencia a Bond, los dos hombres abandonaron el despacho.

Marc-Ange se recostó en su butaca con un suspiro de satisfacción.

—La cosa marcha —dijo—. Me llevaré a cinco de mis mejores hombres. Contándote a ti y a mí, seremos siete. ¿Cuántos has dicho que hay en esa montaña alpina?

—Unos ocho, aparte del pez gordo.

—Ah, sí, el pez gordo —dijo Marc-Ange, pensativo—. Ese no debe escapársenos. — Se puso en pie—. Y ahora, *mon ami*, vamos a cenar. He encargado una cena... una cena lo que se dice buena, y he dado orden de que nos la sirvan aquí mismo. Luego nos iremos a la cama oliendo a ajo y tal vez un poquitín achispados. ¿Qué te parece?

Bond contestó a esto con toda la sinceridad de su corazón:

—¡Estupendo! No se me hubiera ocurrido nada mejor.

Al día siguiente salió Bond para Estrasburgo, haciendo el viaje en avión y por ferrocarril. Iba satisfecho y lleno de euforia, debido en parte a la buena cocina de Marsella.

Habían pasado la mañana estudiando y concretando detalles alrededor de la maqueta del Piz Gloria, con sus edificios, construida durante la noche. Bond quedó profundamente impresionado por la autoridad, previsión y meticulosidad con que Marc-Ange trataba cada problema, desde la forma de agenciarse un helicóptero hasta el pago de pensiones a los familiares de los miembros de su organización que pudieran morir en tan arriesgada empresa. Marc-Ange había pedido prestado el helicóptero a personas que le debían favores. Estas personas habían robado el aparato al ejército francés y lo tenían escondido en un lugar próximo a Estrasburgo.

En esta ciudad habían reservado a Bond una magnífica habitación en el hotel Maison Rouge. Allí lo acogieron con una cortesía casi exagerada, pero al mismo tiempo con cierta reserva. Por lo visto, la masonería de la Union Corse conseguía que le abrieran todas las puertas... A la hora de cenar, Bond siguió estrictamente las tradiciones culinarias de aquella famosa e histórica ciudad, contentándose con un menú a base de canapés de riquísimo *foie-gias* y media botella de champán. Después de esta sobria cena, se retiró satisfecho a su habitación para dormir. La mañana del día siguiente la pasó en su cuarto. Se puso un traje de esquí, pagó la cuenta del hotel y ordenó que enviaran su equipaje al Vier Jahreszeiten de Munich, facturado a nombre de Tracy.

A las doce de la mañana recibió una llamada telefónica, e inmediatamente bajó las escaleras y salió a la calle, dirigiéndose al gran Peugeot 403, que —según le habían anunciado— le esperaba frente al hotel. Al volante estaba Ché-Ché, que correspondió

al saludo de Bond con un gesto casi imperceptible y no despegó los labios durante todo el recorrido que hicieron en coche. Rodaron por la carretera principal a través del insulso paisaje de los alrededores de Estrasburgo y luego torcieron a la izquierda, internándose por un fangoso camino vecinal. Después de atravesar un tupido bosque, apareció por último ante sus ojos un gran pajar, al borde de un extenso campo de labranza. Allí Ché-Ché detuvo el coche y dio tres rápidos bocinazos. En el gran portalón de doble hoja del pajar se abrió inmediatamente un postigo por el que salió Marc-Ange en persona. Con rostro radiante y expresión divertida, saludó a Bond:

—Ven, vamos adentro, *mon ami*. Este es precisamente el momento indicado para tomar una estupenda salchicha de Estrasburgo y un buen trago de Riquewihr.

El interior del edificio parecía casi un estudio cinematográfico. Las luces de unos proyectores iluminaban la forma maciza de un gran helicóptero militar y el local estaba lleno de miembros de la Union Corse y de mecánicos. Dos hombres subidos en sendas escaleras pintaban en el fuselaje cruces rojas sobre fondo blanco, así como las siglas de identificación FL-BGS, destinadas a camuflar el aparato, disfrazándolo de helicóptero civil. Estas siglas eran, naturalmente, falsas. El brillo de la pintura denotaba que estaba todavía fresca. A Bond le presentaron al piloto, un muchacho rubio llamado Georges.

—Tú irás sentado a su lado —dijo Marc-Ange—. El chico es un magnífico navegante, pero no conoce la última parte del valle, y mucho menos el Piz Gloria. Una vez que hayáis tomado algo, no estará de más que deis juntos un último repaso al mapa.

De forma metódica, serena, sin vacilaciones, Marc-Ange supervisó la operación de carga de las «provisiones»: metralletas Schmeisser y paquetes cuadrados de quince centímetros de lado, forrados de hule de color rojo. Luego mandó formar a toda la tripulación —incluido Bond— e inspeccionó las armas portátiles. Todos los hombres, hasta el propio Marc-Ange, llevaban unos flamantes trajes de esquiar de color gris. Marc-Ange entregó a cada hombre un brazalete de tela negra con la palabra BUNDESALPENPOLIZEI nítidamente bordada. Al entregarle a Bond el suyo, le dijo:

—No existe en Suiza tal Policía Alpina; pero seguro que nuestros amigos de ESPECTRA no saben nada de esto. Al menos en el primer momento, estos brazaletes causarán impresión...

Marc-Ange consultó su reloj. Se volvió hacia sus hombres y, con voz potente, dijo en francés:

—¡Las dos cuarenta y cinco! ¿Estamos todos listos? ¿Sí? Pues... ¡a despegar!

Unos minutos más tarde volaban sobre el Rhin. Ante ellos apareció Basilea, medio oculta bajo una densa capa de humo procedente de las fábricas. El helicóptero se

elevó a 700 metros y se mantuvo a esta altura hasta que hubo dejado atrás la ciudad, después de rodearla por el norte. De pronto Bond comenzó a oír unos chasquidos en sus auriculares, y en seguida el Servicio Suizo de Control Aéreo pidió cortésmente, en alemán, la identificación del helicóptero. El piloto no contestó. Repitieron la pregunta, esta vez en un tono más enérgico. Entonces el piloto contestó en francés:

—*Je ne comprends pas.*

Siguió un momento de silencio. Luego una voz repitió la orden, pero en francés. El piloto replicó:

—¡Hagan el favor de repetir la pregunta con más claridad!

Lo hicieron así una vez más. Entonces el piloto declaró:

—Helicóptero de la Cruz Roja, transportando plasma sanguíneo a Italia.

La radio enmudeció.

Luego, una voz distante, en tono más autoritario, preguntó también en francés:

—¿Hacia qué punto se dirige concretamente?

—¡Un momento, por favor!

Al cabo de unos minutos, el piloto contestó:

—Aquí FL-BGS. Mi punto de destino es el Hospital de Santa Mónica, de Bellinzona.

La emisora volvió a enmudecer; pero cinco minutos después transmitió de nuevo:

—¡Atención, FL-BGS! No hemos recibido ningún aviso anunciando ese vuelo. Está usted violando el espacio aéreo suizo. Aterrice en Zurich y preséntese en el Servicio de Control de Vuelos.

El piloto replicó con voz fingidamente indignada:

—¡Oiga! ¿Qué significa eso de «aterrice y preséntese en el Servicio de Control»? Esta es una operación de socorro; transportamos plasma sanguíneo de una clase especial que no se encuentra en la zona a la que nos dirigimos. Se trata de salvar la vida de un famoso hombre de ciencia italiano, en Bellinzona. ¿Es que no tienen ustedes corazón? ¿Quieren hacerse responsables de un crimen?

Este arrebató de ira típicamente galo sirvió para que no los volvieran a molestar hasta después de haber dejado atrás el Lago de Zurich. Pero entonces entró en contacto con ellos el Servicio Federal de Control Aéreo de Berna, y se oyó una voz estruendosa:

—¡FL-BGS! ¡FL-BGS! ¡Atención! ¿Quién le ha dado autorización para realizar este vuelo?

—¡Ustedes!

Bond no pudo contener una sonrisa. ¡Qué mentira más colosal y descarada! Pero era lo mejor que podía hacerse. En aquel instante aparecieron ante su vista los Alpes, que con el sol del atardecer cobraban un aspecto tan hermoso como amenazador. Un momento después, volaban al abrigo de los valles, fuera del alcance de las pantallas de radar. Las doradas cimas de las montañas resplandecientes de nieve parecían abalanzarse sobre ellos, acorralándolos por la derecha y por la izquierda. Bond buscó con la mirada el elevado pico de aquella montaña que él aborrecía y temía a un tiempo.

## Capítulo XVI

### «PLACER INFERNAL» Y OTRAS DELICIAS

¡Allí estaba la maldita montaña! Todavía doraba su cumbre el tenue resplandor del sol poniente. El alto rellano y los edificios del Piz Gloria estaban ya sumidos en sombras de un color oscuro violáceo, y pronto aparecerían bañados por la claridad de la luna.

En el momento en que el piloto giraba ligeramente para dirigir el helicóptero hacia la cumbre de la montaña, comenzó a percibirse un agudo sonido crepitante en la radio de a bordo, y una voz bronca dijo, primero en alemán y luego en francés:

—Prohibido aterrizar. Propiedad privada. Repito: ¡Prohibido aterrizar!

El piloto extendió el brazo hacia el techo de la cabina y desconectó la radio. Realizó unas cuantas evoluciones sobre el punto de aterrizaje previsto y empezó a descender con precaución. Los flotadores de goma, con un rebote, amortiguaron el choque del pesado aparato al posarse en el suelo. Ocho hombres les aguardaban allí mismo. Bond reconoció a algunos de ellos. Todos tenían las manos metidas en los bolsillos. Bond oyó abrirse a su espalda la puerta de la cabina y el bullir de los hombres de Marc-Ange que descendían por la escala. Los dos grupos se alinearon frente a frente. Con la voz autoritaria de un hombre acostumbrado a mandar, Marc-Ange dijo:

—Servicio de inspección de la Policía Federal Alpina. El día de Nochebuena ha habido aquí disturbios. Venimos a hacer una investigación.

Fritz, el camarero jefe, replicó irritado:

—La policía local ya ha estado aquí. La situación es completamente normal. Háganme el favor de marcharse inmediatamente. Además, en mi vida he oído hablar de esa Policía Federal Alpina.

El piloto dio un codazo a Bond, indicando con un gesto hacia la izquierda el edificio donde se alojaba el Conde y estaban instalados los laboratorios. En aquel preciso instante, una figura borrosa, tocada con casco y vestida con un traje protector acolchado, corría por la senda hacia la estación del teleférico; había salido ya del campo visual de los hombres que se hallaban en tierra. Lanzando una maldición, Bond saltó de su asiento y, asomándose a la portezuela, gritó:

—¡El pez gordo! ¡Se escapa!

En el momento en que él saltaba del helicóptero, uno de los hombres de ESPECTRA chilló:

—¡Der Engländer! ¡Der Spion! (¡El inglés! ¡El espía!).

Bond se lanzó a la carrera hacia la derecha, y entonces se desató el infierno. El agente, sin hacer caso, avanzaba a todo correr, zigzagueando y agachándose una y otra vez para hurtar el cuerpo, mientras atronaban sus oídos los disparos de los hombres de ESPECTRA; tiraban con pistolas automáticas de grueso calibre y las balas pasaban silbando por encima de Bond. A este tiroteo siguió inmediatamente el tableteo de las metralletas Schmeisser. Bond, que en aquel momento doblaba ya la esquina del Club, vio que allá abajo, a unos cien metros de distancia, el hombre del casco estaba derribando la puerta del garaje de bobsleigh y que un segundo después salía empujando un bob monoplaza. Resguardándose detrás del trineo, hizo fuego sobre Bond con su pistola de grueso calibre. Bond hizo también tres disparos con su Walther, pero tampoco dio en el blanco, porque el hombre huía a toda prisa, faltándole sólo pocos metros para llegar a la pista de bob del «Gloria Express». A la luz de la luna, Bond vislumbró fugazmente el perfil del fugitivo. Sí, no cabía duda: ¡era Blofeld en persona! Mientras corría Bond pendiente abajo, el jefe de ESPECTRA había saltado sobre el trineo, desapareciendo por la pendiente recta. Bond entró como una tromba en el garaje, sacó a rastras otro trineo del mismo tipo, corrió con él hasta el start y saltó sobre la delgada superficie de sustentación del bob, que era de aluminio. El ligero vehículo se lanzó inmediatamente por la calle de hielo de color azul oscuro, a una velocidad tal que todos los intentos de Bond para frenar con las puntas de las botas resultaban fallidos, pues éstas no se agarraban a la pulida superficie de hielo. ¿Qué variación de la pista se le presentaría ahora en aquella carrera infernal? No tardó en averiguarlo: una curva en peralte... El ligero trineo fue a topar peligrosamente con el borde superior del talud antes de que Bond lograra hundirse de nuevo en el cauce de la pista sumida en las tinieblas. Y, ¿cómo se llamaba la siguiente «atracción» marcada en el mapa sinóptico de la pista? ¿Por qué diablos no se había grabado mejor este plano en la memoria? Pronto obtuvo respuesta a esta pregunta: era la «Recta de la Bala de Cañón»... En seguida lo pudo comprobar, para su desgracia; durante un trayecto de doscientos metros se vio lanzado a una velocidad de casi cien kilómetros por hora. Esto le permitía sin duda ir acortando distancias; a sus pies pudo distinguir las huellas marcadas en el hielo por los clavos de las botas de Blofeld.

Y entonces, como un relámpago, en color negro y plata, surgió ante él una doble curva en S: ¡La «S Implacable» del mapa! Trató de dominar su rumbo lo mejor que pudo, inclinando hacia un lado el peso del cuerpo, pero dio violentamente con el codo contra el talud de la pista y luego saltó de rebote hacia la pared opuesta antes de entrar de nuevo en la recta. Sintió un dolor ardiente en ambos codos... Este dolor no podía deberse sólo al viento helado que silbaba a través de sus mangas hechas jirones... En efecto, tenía también desgarrones en la piel. Bond apretó los dientes con rabia. No llevaría recorrida más de la mitad de la pista, si es que había llegado a tanto. Pero en aquel momento vio delante al otro, que corría lanzado por un trecho iluminado por la luna. Lo reconoció perfectamente. ¡Era Blofeld! Bond, corriendo un grave riesgo, se apoyó en una sola mano; con la otra buscó a tientas la pistola y consiguió empuñarla. Pero el perseguido ya había vuelto a desaparecer entre las sombras, y Bond se encontró de repente con un enorme talud que se alzaba frente a él

como una muralla. Este debía de ser sin duda el punto designado en el mapa con el nombre de «Placer Infernal». Bond subió como una flecha el empinadísimo declive. Luego torció su cuerpo hacia la derecha y volvió a entrar en la recta, también iluminada por la luna. Había ganado terreno; estaba ya a unos cincuenta metros de su enemigo. Conteniendo la respiración, Bond hizo dos disparos. Por un momento creyó que había dado en el blanco, pero aquel demonio volvió a desaparecer en la sombra de un nuevo talud. Bond seguía acortando la distancia, se acercaba más y más. Apretó los labios instintivamente, de un modo maquinal. «¡Ah, perro maldito!», pensó. «No tienes escapatoria. Ya no puedes pararte y volverte hacia atrás para disparar... ¡Ahora mismo voy sobre ti!».

Pero ya en las sombras de la traidora pista le acechaba otra peligrosa sorpresa: unos largos surcos transversales practicados en el hielo formaban una serie de lomos o caballones... ¡Claro! ¡Aquél era el tramo denominado «Dislocador de Huesos»! Bond sintió el ruido trepidante de su trineo al pasar, entre sacudidas, de surco en surco; estuvo a punto de perder la pistola y tuvo la sensación de que la caja torácica iba a hacérsele pedazos. Al fin, el tramo peligroso quedó atrás, y Bond sorbió una bocanada de aire entre los dientes apretados. Pero de pronto divisó algo extraño allá delante... ¿Qué era aquello que se movía cuesta abajo por la pista? Era un objeto negro, como un limón de gran tamaño, y bajaba botando alegremente lo mismo que una pelota. ¿Acaso Blofeld, que en aquel momento avanzaba delante de él a unos treinta metros de distancia, había perdido alguna pieza de su equipo de alpinista? Al comprender de repente de lo que se trataba, Bond sintió un escalofrío. Clavó en el hielo las punteras de sus botas, pero ¡esfuerzo inútil!, pues se acercaba a mayor velocidad que nunca a aquella cosa redonda que bajaba dando botes: ¡una bomba de mano!

Un instante después (y esto fue lo primero que recordó más tarde) se produjo una explosión que lo lanzó con trineo y todo por los aires en una trayectoria parabólica. Aterrizó en la nieve blanda, fuera de la pista; quedó enterrado bajo el trineo y perdió instantáneamente el conocimiento.

Pero no habían pasado más de dos minutos cuando vino a despertarlo de su desvanecimiento una tremenda explosión que se produjo allá arriba en la montaña. Bond se puso en pie tambaleándose y quedó enterrado en la nieve hasta la cintura. El Club debía de haber volado por los aires, pues en el sitio donde antes se encontraba este edificio sólo se veía ahora un resplandor de llamas y una columna de humo. Luego una segunda explosión, que retumbó como un trueno, hizo pedazos el edificio donde se alojaba Blofeld, lanzando hacia abajo, por la ladera de la montaña, bloques enormes de hormigón. «¡Dios mío!», pensó Bond, «¡va a desencadenarse otro alud de nieve!». Pero no: inmediatamente se dio cuenta de que esta vez no tenía motivos para temer la avalancha, pues ahora se encontraba muy a la derecha, casi debajo del teleférico. No tuvo tiempo, sin embargo, de seguir reflexionando, porque en aquel momento vio volar por el aire la estación terminal del teleférico. Bond miró fascinado los grandes cables que, liberados de su tirantez, bajaban velozmente por la ladera,

silbando y culebreando. ¡Y se dirigían precisamente hacia él! Ya no podía hacer nada sino quedarse quieto donde estaba y esperar. Si los cables llegaran a alcanzarlo, lo segarían como una guadaña... Pero, a Dios gracias, pasaron a su lado, fustigando la nieve, se enrollaron con la velocidad de un relámpago alrededor de la esbelta torre metálica situada cerca de la barrera de árboles del fondo, la derribaron con un chasquido metálico y siguieron adelante hasta desaparecer.

A la vista de este espectáculo, Bond soltó una risita de satisfacción, palpándose para ver si había sufrido nuevas heridas. Notó que la frente le sangraba y le quemaba como fuego. Le dolía todo el cuerpo, pero al parecer no tenía nada roto. Todavía completamente aturdido, examinó los restos del trineo. Los dos patines del vehículo estaban torcidos, pero ¿no serviría aun el maltrecho trineo? ¡Qué diablos, tenía que valerse de él como fuera! No tenía otro medio para bajar la montaña. ¿Y la pistola? ¡Se había ido al infierno, naturalmente! Cansado, Bond bajó por el talud que formaba la pared de la pista, arrastró hasta allí el trineo y lo dejó deslizarse de nuevo por la calzada de hielo. ¡Se sintió hasta contento! Ahora era una suerte que los patines estuvieran torcidos... Raspando y arañando el suelo, el pequeño vehículo fue dejando atrás las últimas curvas y puntos de peligro a una velocidad de apenas quince kilómetros por hora. Traspasó la barrera de los árboles y finalmente entró en la «Calle del Paraíso», la recta final de la pista de bob. Con una lentitud bienhechora y reconfortante, Bond se detuvo al fin, abandonó el trineo y, con un gran esfuerzo, trepó por el bajo talud de la pista. Al borde de ésta, las pisadas de los espectadores habían endurecido la nieve y Bond podía deslizarse con facilidad. Pero ¿qué le esperaba allá en el fondo, junto a la estación de partida del teleférico? Si se encontraba con Blofeld, estaba perdido. Pero no: la estación se hallaba a oscuras y completamente desierta. Los cables yacían inmóviles en el suelo, sueltos y laxos... ¡Realmente el golpe contra las instalaciones del Piz Gloria había resultado una operación costosa! ¿Qué habría sido de Marc-Ange, de sus hombres y del helicóptero?

Como contestación a esta pregunta tácita, Bond oyó instantes después el zumbido del helicóptero, allá por encima de las montañas, y en seguida vio la negra silueta del aparato que cruzaba el plateado disco de la luna y desaparecía en dirección al valle. Esbozó una sonrisa, pensando: «Mientras no hayan pasado la frontera, ¡se van a ver negros para justificar su presencia en el espacio aéreo suizo!». Pero si un marsellés no conseguía, con sus astutas artimañas, salvar los 350 kilómetros que le faltaban para trasponer la frontera, ningún otro mortal sería capaz de hacerlo.

En la carretera que venía de Samaden, y que Bond conocía muy bien, sonó de pronto la sirena de un coche del servicio local de bomberos. Bond preparó rápidamente la historia que tenía que contar. Trepó al muro de la estación del teleférico y miró con precaución a su alrededor. ¡Nadie! Sólo allá, frente a la puerta de entrada, se advertían huellas recientes de neumáticos. Sin duda Blofeld, al oír el helicóptero, había telefoneado al hombre que tenía de guardia en el valle, y luego se había valido de este hombre y de su automóvil para escapar. Por tanto, a aquellas horas Blofeld

podía muy bien encontrarse en el desfiladero de Bernina, o acaso lo había pasado y estaba ya camino de Italia.

El reluciente vehículo rojo se detuvo delante de la estación, de modo que Bond quedó enfocado por la luz de sus faros. Los ocupantes saltaron a tierra. Unos se dirigieron al interior de la estación; Otros se quedaron allí fuera mirando hacia lo alto del Piz Gloria, en el que aún se distinguía un tenue resplandor de incendio. Un hombre con casco de bombero se dirigió a Bond y lo saludó con un torrente de palabrería en dialecto suizo-alemán. Bond hizo un movimiento negativo con la cabeza indicando que no entendía nada. Entonces el hombre trató de decirle lo mismo en francés. Al ver que Bond seguía sin comprenderlo, fue en busca de otro hombre, que poseía ligeros conocimientos de inglés.

—¿Qué ocurre? —le preguntó éste.

Pero Bond movió negativamente la cabeza, medio aturdido.

—No lo sé. Bajaba a pie de Pontresina camino de Samaden; vine de Zurich, de excursión, y perdí el autobús. Iba a tomar el tren en Samaden. Entonces vi las explosiones allá en la montaña —señaló el pico con un gesto— y pasé un poco más allá de la estación para ver mejor lo que ocurría. Después de esto, lo único que recuerdo es que recibí un golpe en la cabeza y que algo me hizo rodar por el suelo...

Señaló su cabeza ensangrentada y sus codos despellejados, que sobresalían por los desgarrones de las mangas.

—Estas heridas me las debe de haber hecho el cable, que me alcanzó y me arrastró cuesta abajo. ¿Llevan ustedes botiquín?

—Sí, naturalmente.

El hombre dio una voz a los componentes del grupo, y uno de sus compañeros, que llevaba un brazalete de la Cruz Roja, pidió a Bond que le siguiera hacia los lavabos de la estación. Allí, a la luz de una linterna de bolsillo, el hombre le lavó las heridas, le aplicó unos toques de tintura de yodo, que le quemaban como hierro candente, y le pegó encima unas cuantas tiras de esparadrapo. Bond se miró al espejo, esforzándose por sonreír. «¡Vaya facha!», pensó. «¡Bonito novio voy a hacer yo ahora!». El hombre de la Cruz Roja le sonrió con simpatía y sacó de su botiquín una botella de brandy. Bond, con una expresión de sincero agradecimiento, tomó un largo trago. Se presentó el intérprete y le dijo a Bond:

—Aquí no podemos hacer más. Tendrá que venir un helicóptero del servicio de socorro de montaña. Nosotros nos volvemos a Samaden, a informar. ¿Se viene?

—Oh, acepto encantado, gracias —contestó Bond con entusiasmo.

De este modo pudo llegar cómoda y confortablemente a Samaden; los bomberos lo dejaron en la estación del ferrocarril después de expresarle su simpatía y desearle un feliz viaje.

Un renqueante tren correo llevó a Bond hasta Coira. Allí tomó un expreso que lo condujo a Zurich. A las dos de la madrugada estaba a la puerta de casa de Muir, en la calle de la Estación. Rendido de cansancio, pulsó varias veces el timbre hasta que al fin un hombre en pijama y con el pelo alborotado entreabrió la puerta.

—Siento de veras molestarle. Soy otra vez yo: 007 —dijo Bond.

—¡Dios santo, hombre! ¡Entre, entre usted!

Muir abrió la puerta de par en par, echando a la vez una ojeada rápida a ambos lados de la calle.

—¿Le sigue alguien?

—No creo —repuso Bond con voz opaca.

El Jefe del Puesto Z lo miró de arriba abajo.

—¡Dios del cielo, amigo mío! Parece que le ha atacado a usted una manada de lobos... Vamos, venga y tómese un trago.

Le introdujo en un confortable cuarto de estar y, señalando al aparador, dijo:

—Sírvase usted. Ahora mismo le voy a decir a Phyllis que no se inquiete por esta visita a semejantes horas..., bueno, a menos que quiera usted que le eche un vistazo a sus heridas. Se da muy buena maña para estas cosas.

—No, no, muchas gracias, ya me encuentro bastante bien. La bebida me dejará como nuevo. Aquí se está maravillosamente; hace un calorcillo muy agradable. De la nieve no quiero saber nada, nunca más en mi vida. Puede creerme.

Muir salió un momento; al volver, dijo:

—Phyllis le está preparando la cama en el cuarto de los huéspedes.

Se sirvió un whisky con soda, muy rebajado, para acompañar a Bond, y se sentó a su lado.

—Y ahora, cuénteme. Todo lo que pueda contarme, claro.

—Bueno —repuso Bond—, no puedo decirle gran cosa. Se trata de la misma historia del otro día: el capítulo siguiente. Mejor que no sepa usted nada de todo esto. Hubiera preferido no tener que venir a su casa sólo para enviar un mensaje a M, un mensaje

estrictamente personal, cifrado según el código de Claves XXX, que debe descifrar el destinatario en persona. ¿Sería tan amable de transmitirlo por teletipo?

—¡Naturalmente!

Muir se dirigió a la estantería-librería de la pared, sacó un libro y manipuló dentro del hueco que ocupaba dicho volumen. Se oyó un chasquido y se abrió una puertecita, por la que pasó Muir.

—Cuidado, baje la cabeza —dijo—. Este es un antiguo excusado, que ahora no se utiliza.

Se inclinó sobre una caja fuerte que había en el suelo y sacó de ella una especie de máquina de escribir portátil, la colocó sobre un estante al lado del voluminoso teletipo y se sentó frente a ella.

—¡Listos! Empiece usted.

Durante el viaje de Samaden a Zurich, Bond había pensado diferentes fórmulas para su mensaje. Debía estar redactado de tal forma que pusiera en antecedentes a M y, al mismo tiempo, dejara a Muir completamente a oscuras. En consecuencia, dictó el siguiente texto:

REDUCTO PERFECTAMENTE BARRIDO STOP FALTAN DETALLES PUES ENVIADO SIGUIÓ SOLO PROPIETARIO QUE DESGRACIADAMENTE VOLÓ Y AHORA PROBABLEMENTE CALZADO STOP SEGUIRÁ INFORME DESDE PUESTO M LUEGO TOMARÉ AGRADECIDO DIEZ DÍAS PERMISO FIRMADO 007.

Muir releyó el mensaje y luego comenzó a transmitirlo por teletipo en los grupos de cinco cifras suministrados por la máquina cifradora de triple X.

Bond supervisó la transmisión de, aquel mensaje, que venía a cerrar un capítulo más de sus misiones al servicio secreto de Su Majestad. ¿Qué pensaría Su Majestad de toda aquella serie de crímenes cometidos en su nombre? ¡Dios, que sensación de asfixia le producía aquella pequeña habitación! Bond sintió la frente bañada en sudor frío. Se llevó la mano a la cara, murmuró algo referente a una «montaña maldita» y, elegantemente, se desplomó.

## Capítulo XVII

¿FELICIDAD SIN NUBES?

Tracy miró a Bond con grandes ojos asustados al encontrarse con él en el aeropuerto de Riem, en Munich. La muchacha sintió unas ganas tremendas de llorar, pero logró contenerse hasta que ambos se acomodaron en el pequeño Lancia blanco. Entonces rompió en inconsolable llanto.

—Pero ¿qué te han hecho, Dios mío? —exclamó entre sollozos—. ¿Qué te han hecho esta vez?

Bond la estrechó entre sus brazos.

—Estoy bien, Tracy. No es nada, te lo aseguro.

Le acarició el pelo y, sacando un pañuelo, le enjugó las lágrimas. Ella le arrebató el pañuelo de la mano y le sonrió.

—¿Qué has hecho? ¡Me has estropeado el maquillaje de los ojos! Hoy me había arreglado con mucha ilusión y me había puesto especialmente guapa para... ti —sacó un espejo del bolso y se limpió con cuidado las manchas de rimel—. Cuando me dijiste que ibas a estar fuera unos días más para arreglar cierto asunto, ya sabía yo que ibas a meterte en nuevos líos. Hace un rato, Marc-Ange me llamó por teléfono, preguntándome si te había visto. Le noté un no sé qué de misterioso y parecía muy preocupado... Y ahora sale en todos los periódicos esa historia del Piz Gloria. Por otra parte, cuando esta mañana telefoneaste (desde Zurich, por si fuera poco) expresándote en unos términos tan... cautelosos, sabía con certeza que todo aquello estaba relacionado. —Se guardó el espejo en el bolso y puso el motor en marcha—. Está bien, está bien. No voy a hacerte más preguntas... Y siento haber llorado de esta manera. —No obstante, su temperamento apasionado estalló en un arrebato de cólera—. ¡Pero también eres idiota! Por lo visto, ni te se ha ocurrido pensar que tu vida o tu muerte puedan importarles a otra persona. Eso es ya... es ya... ¡egoísmo! Sí, ésa es la palabra.

Bond puso la mano suavemente sobre la de ella, en el volante, y se la apretó. Detestaba las escenas. No obstante, tuvo que reconocer en su fuero interno que lo que ella acababa de decirle también era verdad. Durante aquellos días sólo había pensado en su misión. No se le había pasado por las mientes la idea de que otra persona pudiera sentirse angustiada por él. Siempre había pensado que, cuando él cayera, sus amigos moverían a lo sumo la cabeza con aire entristecido y en la crónica necrológica del Times se publicaría una nota anodina, unas breves líneas indiferentes que no dirían nada. Y tal vez unas cuantas muchachas sentirían un ramalazo de pena, y a eso se reduciría todo. Pero ahora, tres días antes de la boda, se daba cuenta de que ya nunca volvería a estar solo. Si hubiera muerto en aquella empresa, también habría

muerto con él una parte de Tracy, por decirlo así.

El automóvil maniobraba ágilmente, sorteando el tráfico.

—Lo siento de veras, Tracy —dijo Bond—. Pero, comprende, era un asunto que había que liquidar a toda costa. Una vez comenzada la empresa, no podía abandonarla. De hecho, si me hubiera rajado, no sería ahora tan feliz. Te haces cargo, ¿verdad?

—Sí. Es más: no te querría si no fueras un pirata. Creo que es algo que llevo en la sangre. Sigue siendo así, tal como eres. No quiero de ninguna manera arrancarte los dientes y las uñas, como otras mujeres hacen con sus maridos. Quiero vivir contigo, y con nadie más. Pero no me hagas caso si de vez en cuando lloriqueo un poco. Al fin y al cabo soy mujer... —sonrió fugazmente, y cambió de tema—: Ahí detrás tienes Die Welt con el relato de toda la historia. Ya te habías fijado en él ¿no?

Bond sonrió al ver cómo ella adivinaba sus pensamientos. Llevaba ya un rato resistiendo la tentación de leer el periódico y comprobar cuánta información había publicado la prensa sobre aquel asunto.

En la columna central de la plana aparecían los siguientes titulares: «De nuestro corresponsal en St. Moritz: MISTERIOSAS EXPLOSIONES EN EL PIZ GLORIA. El teleférico de una estación alpina para millonarios, destruido». Algunas líneas más abajo se anunciaba que la policía, valiéndose de helicópteros, realizaría indagaciones en cuanto amaneciera. Luego la mirada de Bond tropezó con los siguientes titulares: «TEMORES ANTE EL PELIGRO DE UNA EPIDEMIA DE POLIOMIELITIS EN INGLATERRA». Y, a continuación, una breve crónica telegráfica de la Agencia Reuter, fechada en Londres el día anterior: «Las nueve muchachas detenidas en diferentes aeropuertos británicos están ya en cuarentena. Se sospecha que en el aeropuerto de Zurich tuvieron contacto con otra joven inglesa posible portadora de gérmenes de polio. Un representante del Ministerio británico de Sanidad ha explicado que se trata sólo de una medida preventiva de rutina. La señorita Violet O'Neill, que se sospecha pueda estar infectada de polio, se encuentra en observación en el Hospital Shannon. Esta joven es irlandesa de nacimiento...».

Bond no pudo por menos de sonreír. Cuando los ingleses se enfrentan con una situación apurada, suelen hacer las cosas maravillosamente. ¿Cuántos contactos, cuántos trabajos de colaboración y coordinación no habrían sido precisos para elaborar aquella sencilla información? Bond plegó el periódico y lo arrojó por encima del hombro. Bien, el caso estaba concluido y su misión cumplida.

Pero, pese a todo, quedaba en pie este hecho: ¡el pez gordo se les había escabullido de las manos!

A eso de las tres, llegaron al hotel. Encontraron un mensaje para Tracy, pidiéndole que llamase al hotel Maison Rouge. Se dirigieron a la habitación de Tracy y pidieron

comunicación con Estrasburgo.

—Aquí lo tienes, papá —explicó Tracy—. Y... casi ileso.

Luego pasó el auricular a Bond.

—¿Lo has atrapado? —preguntó Marc-Ange.

—¡No, maldita sea! En estos momentos ya estará en Italia. Al menos así lo supongo, dada la dirección que tomó. Bien, ¿qué tal te las compusiste? ¿Ha salido bien la cosa? Visto desde allá abajo, el espectáculo resultaba impresionante.

—Resultado satisfactorio. Todos liquidados.

—¿Has tenido bajas?

—Sí, he perdido a dos hombres. Nuestro «amigo» había dejado una desagradable sorpresa dentro de su archivador. Allí cayó Ché-Ché. Otro de mis hombres no actuó con la suficiente rapidez y... Los detalles de nuestro vuelo de regreso te los daré a conocer mañana. Esta noche viajaré en mi coche-cama. Ya me entiendes, ¿no?

—A propósito, ¿qué fue de nuestra amiga Irma?

—Ni rastro de ella. No importa. Casi es mejor así.

—Bien. Tengo que darte las gracias por todo lo que has hecho, Marc-Ange. Una magnífica hazaña. Ah, y las noticias de Inglaterra también son buenas. Hasta mañana —dijo Bond, y colgó.

Durante esta conferencia telefónica, Tracy se había retirado discretamente al cuarto de baño. Ahora le llamaba desde dentro:

—¿Puedo salir ya?

—Espera dos minutos más, tesoro, ¿quieres?

Acto seguido, Bond pidió comunicación con el Puesto M y anunció al Jefe de aquel departamento que, pasada una hora, se entrevistaría con él en la Plaza del Odeón.

Avisó a Tracy que ya podía salir y se pusieron a hacer planes para aquella noche.

Cuando Bond entró en su habitación observó que su maleta estaba ya deshecha y que en la mesilla de noche había un jarroncito con flores de azafrán. Bond sonrió, cogió el florero y lo colocó en el antepecho de la ventana. Se dio una ducha rápida, aunque esto le creó una complicación, pues tenía que mantener los apósitos secos. Luego se puso un traje azul oscuro y una gabardina del mismo color. A continuación hizo un rápido guión del mensaje que iba a dirigir por teletipo a M y salió para la Plaza del

Odeón.

No se dio cuenta de que, en la acera de enfrente, una mujer se quedaba como sobrecogida de sorpresa al verle cruzar. Con la habilidad de un detective profesional, la mujer lo siguió hasta la Plaza del Odeón; allí lo esperó hasta que volvió a salir y luego lo siguió furtivamente hasta el hotel Vier Jahreszeiten. La mujer se encaminó después a la oficina central de Correos, situada cerca del hotel, y sostuvo una conferencia telefónica con cierto huésped de otro hotel, a orillas del Lago Como.

Sobre la mesa escritorio de su habitación encontró Bond un importante surtido de apósitos y medicamentos. Pidió comunicación con la habitación de Tracy y le dijo:

—Pero ¿qué significa esto? ¿Tienes una ganzúa para abrir las puertas?

Tracy se echó a reír.

—Es que me he hecho amiga de la camarera de este piso. Pero también yo tengo que preguntarte: ¿cómo es que has quitado las flores de la mesilla?

—¿Las flores? Oh, son preciosas por cierto; pero pensé que en la ventana harían más bonito y les daría el sol. Escucha, voy a proponerte una cosa: si vienes a cambiarme los apósitos, te llevaré luego al bar y pediré para ti un vaso de lo que sea. Sólo uno. Para mí pediré tres. Esa es la proporción justa entre hombre y mujer, ¿no es así?

—¡Ahora mismo voy! —contestó ella, y colgó.

La muchacha llegó en seguida. Le hizo tanto daño al curarle que a Bond se le saltaron las lágrimas. Tracy palideció al ver las heridas.

—¿Estás seguro de que no necesitas un médico?

—¡Pero si ya tengo uno: tú! Lo has hecho maravillosamente... Y ahora, a beber.

—¿No te da vergüenza? —gritó ella con aire indignado—. Con tantas cosas que tenemos que hablar... ¡y tú sólo piensas en beber!

Bond soltó una carcajada. Le echó delicadamente el brazo al cuello y la besó con intensa pasión. Luego se desprendió de ella y le dijo:

—¿Ves? Este es el comienzo de nuestra conversación. Ahora en el bar discutiremos los puntos menos importantes. Luego tomaremos una opípara cena en el Walterspiel, y hablaremos de sortijas, decidiremos si hemos de dormir en dos camas gemelas o en una sola, y si tenemos bastantes sábanas y almohadas para los dos; en fin, todas esas cuestiones que hay que aclarar cuando uno se casa.

Y así pasaron la tarde y parte de la noche dedicados al estudio y discusión de estos

temas. Bond terminó mareado con todos los problemas femeninos que Tracy le puso sobre el tapete, pero comprobó sorprendido que todos aquellos preparativos para la «construcción del nido» le proporcionaban un placer insospechado, dándole la sensación de que al fin iba a encontrar la paz y el descanso y de que su vida iba a ser ahora más plena, más significativa, al tener a alguien con quien compartirla.

Al día siguiente lo pasaron en grande. Marc-Ange había llegado durante la noche en su gran coche-vivienda, que ahora ocupaba casi todo el aparcamiento del hotel. Desayunaron y almorzaron en su compañía, en un ambiente de risas y de buen humor, y luego se dedicaron a buscar un anillo de compromiso y una alianza. La elección de esta última no presentó ningún problema, ya que se decidieron por el clásico anillo liso de oro; en cambio el de compromiso (en esto insistió Tracy) había de ser a gusto de Bond. Así pues, la muchacha confió la compra a James, mientras ella iba a la modista a probarse por última vez su vestido de novia. Bond tomó un taxi y, en compañía del taxista (un hombre que durante la guerra había sido piloto de la Luftwaffe, de lo que se sentía muy orgulloso), se dedicó a recorrer la ciudad, hasta que al fin, cerca del Palacio de Nymphenburg, descubrió una tienda de antigüedades donde encontró lo que buscaba: un anillo barroco de oro blanco, con un dibujo de brillantes que representaba dos manos enlazadas. La compra fue también muy del gusto del taxista, así que se cerró el trato. Luego se dirigieron al Donisl, a celebrar el acontecimiento con *Weisswurst*<sup>[14]</sup> y cerveza, jurando que nunca más volverían a hacerse la guerra. Satisfecho de haber celebrado esta pequeña despedida de soltero, Bond —un poco achispado— regresó al hotel y, eludiendo el abrazo entusiasta del taxista, subió derecho a la habitación de Tracy a colocarle el anillo en el dedo.

Tracy rompió a llorar de alegría, declarando, entre sollozos, que era el anillo más maravilloso del mundo. Pero cuando Bond iba a estrecharla entre sus brazos, ella le dijo con una risita:

—¡James! ¡Si hueles a chorizo y a cerveza! ¿Dónde has estado? ¡Confiésate!

Le contó la historia. La muchacha se echó a reír; radiante de felicidad, empezó a dar vueltas por la habitación, haciendo brillar su anillo con graciosos y exagerados gestos. De pronto sonó el teléfono. Tracy se puso al aparato. Era Marc-Ange; dijo que quería hablar con Bond en el bar y rogó a su hija que los dejara solos media hora.

Bond bajó al bar. Tras madura reflexión, decidió que un aguardiente no le caería mal con la cerveza; en consecuencia, pidió que le sirvieran una copa de Steinhäger. Marc-Ange lo miró muy serio.

—¡Escucha, James! Todavía no hemos hablado los dos como Dios manda. Ten en cuenta que voy a ser tu suegro. Hace tiempo te hice una proposición muy importante y muy en serio. En aquella ocasión rechazaste mi oferta. Pero ahora la has aceptado. Dime, ¿en qué banco tienes tu cuenta corriente?

Bond saltó indignado:

—¡Calla, no sigas, Marc-Ange! Si crees que voy a aceptar de ti, o de cualquier otra persona de este mundo, un millón de libras esterlinas, estás completamente equivocado. El tener demasiado dinero es una maldición. Yo tengo bastante. Tracy tiene bastante. Y, en mi opinión, resulta un deleite hacer economías para comprar cosas que a uno le gustan, pero que de momento no puede adquirir. El único aliciente del dinero está en no tener todo lo que uno necesita.

Marc-Ange estaba furioso:

—¡Tú has bebido! ¡Estás medio borracho! No tienes ni idea de lo que dices. Tracy está acostumbrada a tener todo lo que desea. Y yo quiero que continúe como hasta ahora. Es mi única hija.

—Si tú me das dinero, sea el que sea, te juro que lo destinaré a obras de caridad o a la Beneficencia.

—¡Pero, James! —Marc-Ange adoptó ahora un tono suplicante—. ¿Es que no quieres aceptar nada de mí? ¿Ni siquiera unos fondos en depósito para vuestros hijos?

—Oh, eso sería todavía peor. Si tenemos niños, no quiero que vivan continuamente supeditados a esa tentación del dinero. Si yo hubiera heredado un cuantioso capital, probablemente habría emprendido el mismo camino que todos esos playboys amigos de Tracy, de los que tanto te has quejado. No, no, Marc-Ange —con un gesto de enérgica resolución se echó al colete su copa de Steinhäger—, no insistas, no hay nada que hacer.

Marc-Ange parecía a punto de llorar. Bond se ablandó.

—Es un gesto magnífico el tuyo, Marc-Ange —siguió diciendo Bond—, y yo, sinceramente, te lo agradezco en el alma. Voy a decirte una cosa: si yo te juro recurrir a ti en caso de que alguno de nosotros necesite ayuda..., ¿te bastará con esto?

Marc-Ange miró a Bond con ojos llenos de duda: unos ojos tiernos y suplicantes como los de un perro.

—¿Me prometes hacerlo así? ¿No tratarás de engañarme fingiendo que no necesitas ayuda para que yo no pueda prestártela?

Bond se inclinó, tendió el brazo por encima de la mesa y estrechó fuertemente la mano de Marc-Ange.

—Te doy mi palabra. Y ahora tranquilízate y alegra esa cara. Ahí viene Tracy. No vaya a creer que nos hemos peleado.

—¡Pues eso es lo que hemos hecho precisamente! —repuso Marc-Ange, con cara de vencido—. Y ¿sabes una cosa? Esta es la primera vez que pierdo una batalla.

## Capítulo XVIII

### UNA ETERNIDAD POR DELANTE

—Sí quiero.

Bond pronunciaba resueltamente estas palabras decisivas a las diez y media de una espléndida mañana de Año Nuevo, en el salón del Cónsul General británico.

Y las pronunciaba con toda la seriedad y sinceridad de su alma.

El Cónsul General demostró ser hombre eficiente y de gran corazón. Había puesto su propia casa a disposición de los novios para la celebración de la boda. Y en virtud de una dispensa especial recabada del Ministerio de Asuntos Exteriores, había conseguido abreviar en varios días el plazo prescrito para las proclamas.

Una vez firmados los documentos correspondientes, el Jefe del Puesto M, que se había ofrecido para actuar como testigo, sacó un puñado de confeti y lo lanzó al aire. Y dio la casualidad de que casi todo el puñado cayó sobre Marc-Ange, que acababa de entrar con su chistera y su frac típicamente francés. Bond observó, con enorme sorpresa, que su suegro lucía dos hileras de condecoraciones, la última de las cuales (¡increíble!) era la Medalla de Honor concedida por el Rey de Inglaterra en atención a los méritos contraídos como combatiente de la Resistencia Extranjera.

—Algún día te lo contaré todo —le susurró Marc-Ange al oído, guiñando un ojo—. Divertidísimo, querido James. Pero... ¡herkos odonton! Muchas veces las condecoraciones son un premio a la suerte que ha tenido uno. Si yo soy un héroe, se debe a otras cosas por las que jamás se otorgan condecoraciones...

Llegó el momento de las despedidas y Bond se sometió (jurándose a sí mismo que por última vez) a los efusivos abrazos de Marc-Ange. La pareja descendió por la escalinata hacia el coche, donde alguien (Bond sospechó que la esposa del Cónsul) había colocado blancas cintas de seda desde los ángulos del parabrisa hasta la rejilla del radiador.

Tracy, que había elegido para el viaje de novios un vestido tirolés gris oscuro, arrojó en el asiento del vehículo su sombrero de alpinista —muy gracioso y coquetón, adornado con una brocha de barba de gamuza—, subió al coche y apretó el botón de arranque.

El motor zumbó suavemente y el coche emprendió la marcha, mientras sus ocupantes, cada cual a través de su ventanilla, agitaban la mano en el aire en señal de despedida. Bond miró por última vez hacia atrás: Marc-Ange hacía molinetes en el aire con la chistera. En seguida doblaron una esquina y se perdieron de vista.

Cuando llegaron a la autopista de Salzburgo y Kufstein, dijo Bond:

—Párate aquí, Tracy. Tengo que hacer dos cosas importante\1...

Ella desvió el coche hacia el césped lateral de la pista y se detuvo. Bond la estrechó entre sus brazos, la besó con ternura y le dijo:

—Esto era lo primero que deseaba hacer. Y luego quería decirte que de verdad tengo el propósito de ser una especie de ángel custodio para ti. ¿No te importa que te cuide y te proteja?

La muchacha se apartó un momento de él y le miró a la cara. Luego sonrió:

—Eso es lo que se da a entender con la fórmula «el señor y la señora X», ¿verdad? Nunca se dice: «La señora y el señor X». Pero tú también necesitas que yo vele por ti. Así que, si te parece bien, nos cuidaremos el uno al otro.

—De acuerdo. Pero prefiero mi papel al tuyo. Y ahora voy a quitar esas cintas del coche. ¿No te importa que lo haga?

La muchacha sonrió.

—Tú prefieres el anonimato. Te gusta pasar inadvertido a los ojos de la gente. Pero a mí nada me impedirá exhibirte con orgullo como una bandera. ¿No te importará a ti presentarme también algunas veces como tu bandera?

—Lo haré todos los domingos y días festivos.

Bond se apeó y quitó las cintas. Luego bajó la capota, porque el sol era sofocante. Escrutó la pista, hacia delante y hacia atrás había un tráfico muy intenso. Junto al surtidor de gasolina de la Shell que acababan de pasar estaba repostando un Maserati descapotable de color rojo chillón. En el asiento delantero veíase una pareja de aspecto muy deportivo: guardapolvos blancos, gorras blancas de hilo y gafas de sol verde oscuro. Pero estaban demasiado lejos para que Bond pudiera apreciar si la pareja citada «correspondía» a un coche tan elegante como aquél. Bond se sentó de nuevo junto a Tracy y prosiguieron la marcha en dirección a Kitzbühel.

Tracy mantuvo una velocidad de 120 kilómetros por hora. Pasada la ciudad de Rosenheim, el tráfico disminuyó considerablemente. En algunos momentos, su coche era el único que se veía en la carretera. Esta avanzaba entre prados, recta como una flecha, hacia los deslumbrantes picos de las montañas. Bond echó una mirada atrás. A una distancia de varios kilómetros a su espalda, apareció un punto rojo sobre la carretera. ¿Sería el Maserati? Si lo era, podía alcanzar tranquilamente al Lancia, que se mantenía a 120. Pero tal vez sus ocupantes no tuvieran prisa y quisieran disfrutar la belleza de aquel hermoso día.

—Se nos acerca por detrás un coche rojo a toda velocidad. ¿Nos lo quitamos de encima? —dijo Tracy, diez minutos después.

—No —repuso Bond—. Déjalo pasar. Nosotros tenemos una eternidad por delante.

James oía ya el rugir desafiante del ocho cilindros. Se inclinó un poco hacia la izquierda e hizo una rápida señal con el pulgar invitando al otro a que adelantara.

Pero de pronto el rugido del Maserati se convirtió en un trueno ensordecedor y el parabrisa del Lancia quedó pulverizado como si le hubieran descargado un mazazo. Bond tuvo el tiempo justo de vislumbrar una boca desdeñosa con los labios apretados, una nariz medio carcomida y una mano que quitaba el silenciador a una pistola automática. Ya había pasado delante el Maserati cuando el Lancia se lanzó como loco por una franja de nieve, metiéndose en un bosquecillo de alerces. Bond se dio un cabezazo contra el marco del parabrisa y perdió el conocimiento.

Volvió en sí al sentir que alguien le sacudía suavemente. Era un policía de tráfico. El rostro de aquel joven, coronado por un casco de protección, estaba como paralizado de horror.

—*¿Was ist denn passiert? ¡Sie! ¿Was ist denn passiert?* (¿Qué ha ocurrido? ¡Oiga! ¿Qué ha ocurrido?).

Bond se volvió hacia Tracy. Estaba medio caída hacia adelante, con la cabeza entre los restos del volante destrozado. Su dorada cabellera en forma de campana le caía sobre el rostro, ocultando sus facciones. Bond le echó el brazo por encima de los hombros, en los que comenzaban a aparecer unas manchas de color oscuro.

La apretó contra su cuerpo y luego miró al joven policía, dirigiéndole una sonrisa tranquilizadora.

—No ha pasado nada. Absolutamente nada —dijo con voz clara, como quien habla a un niño. Y luego, señalando a la mujer, añadió—: Está descansando un rato. No tenemos ninguna prisa. Ya sabes... —le susurró a Tracy al oído—. Ya sabes... tenemos toda una eternidad por delante...

El joven agente volvió a contemplar un instante a la pareja inmóvil. Luego corrió hacia su motocicleta, levantó el micrófono de su radioteléfono y llamó urgentemente al primer puesto de socorro.



IAN LANCASTER FLEMING nació en 1908 hijo de padre escocés, millonario y Miembro del Parlamento británico. Después de acabar sus estudios en Eton, cursó Psicología, se hizo periodista, fue empleado de Banca, corredor de Bolsa y, al principio de la segunda guerra mundial, ayudante personal del Jefe del Servicio Secreto de la Marina Británica, hasta que por último eligió un quinto oficio: el de escritor. En 1951 creó, para su primera novela, *Casino Royale*, el personaje de James Bond, agente secreto, hombre cínico y duro de treinta y tantos años de edad que arriesga la vida en cada misión y sale airoso e indemne de todas sus empresas.

En este libro, Fleming revive impresiones y hechos de su época de agente secreto. Su jefe, el Almirante Godfrey, le sirvió de modelo para la figura del jefe del Servicio Secreto, que en todas las novelas de James Bond aparece con el nombre de «M».

A este libro siguieron otras doce novelas de Bond. Mencionaremos entre otras *La fiebre de los Diamantes*, *007 contra Goldfinger*, *007 contra el Dr. No* y *Operación Trueno*. Las obras de Fleming se han traducido a once idiomas, algunas se adaptaron al cine con resonante éxito y su tirada global alcanza la cifra de casi 50 millones de ejemplares.

La figura novelesca de Bond tiene mucho en común con Fleming, su creador: ambos hablan —además del inglés— el francés y el alemán; llevan trajes ligeros de color azul y camisas de algodón del mismo color; los dos tienen una loca afición a los coches veloces y detestan los puños de camisa sucios; tanto uno como otro frecuentan los restaurantes más famosos del mundo... Fleming murió en 1964, pero James Bond, el personaje que él creó, sigue más vivo que nunca entre sus millones de lectores.



# Notas

[1] SPECTRE, en inglés. Siglas que significan: «Special Executive for Counter Intelligence, Revenge and Extortion». <<

[2] Juego de naipes, una variedad del bacarrá. <<

[3] Es decir: en depósito para formar una reserva con las ganancias ahorradas. <<

[4] Ultrasecreto. [≤≤](#)

[5] Muchacha de vida regalada, que frecuenta los ambientes de lujo. <<

[6]En inglés, buenas noches. <<

[7]>Caballo que tiene muy pocas probabilidades de ganar la carrera. <<

[8] «Prohibido el paso excepto a los propietarios y personal de servicio de aviones particulares». <<

[9] CLUB GLORIA - PIZ GLORIA - ALTITUD: 3205 METROS - PARTICULAR -  
RESERVADO EXCLUSIVAMENTE PARA SOCIOS. <<

[10] *Abfahrts* significa bajada o pista en declive. «Pista de esquí de Gloria». [≤≤](#)

[11] El deporte del *bobsleigh*, en el que se utilizan toboganes o trineos de bob sobre pistas heladas. [≤](#)

[12] Piotr es el equivalente ruso de Peter (Pedro). <<

[13] *Schuss*: bajada en línea recta con los pies juntos y los esquís en dirección paralela, y también el tramo de pista que se baja de este modo. <<

[14] Chorizo blanco. [↵](#)